

Lecturas

N.º 7

En este número

EL HOMBRE DE KABUL

Cuento por

Rabindranath Tagore



Lecturas
CRÍTICA
SECCIÓN
DIARIOS, PERIODICOS
REVISTAS, OLEAS Y
OTROS



FITINOL

FUERZA Y VIDA

Potente regenerador de la vida, refuerza el organismo,
produce un rápido aumento de peso, debido a la
espléndida acción tonificante del fósforo orgánico.

LABORATORIO GEKA S. A. - SANTIAGO

Fórmula: Compuesto de fósforo orgánico.

V. 7-0. 219.

Revista

PROXIMO NUMERO:
JUEVES 19 DE
ENERO DE 1933

HISTORIAS DE
ESPIONAJE
por
WILLIAM C. WITHE

LA TRÁGICA META DE LOS
ARTISTAS: VALLE INCLAN
EN LA MISERIA
por



ROSA ARCINIEGA

AZUL
cuento por
MARIANO TOMAS

TENEMOS PARA LEER

CUENTOS:

EL HOMBRE DE KABUL, por Rabindranath Tagore.—ALBINO ROCUANT, por González Verra.—NAUFRAGIO EN AUTOMOVIL, por Juan Carlos Dávalos.—UN BARCO EN LA SELVA, por Lawrence Green.—BELATRIX, LA NIÑA QUE MURIÓ DE AMOR, por Alberto Franco.

NOVELA:

POR CAUSA DE LOS DOLARES, por José Conrad (II parte).

ARTICULOS:

LA INGENUIDAD, por Ernesto Montenegro.—LOS ESCRITORES EN RUSIA, por Frédéric Le fevre.—HORIZONTES DE VIAJE, por Georges R. Manne. — LA RISA HA DESAPARECIDO DEL MUNDO. — LOS HEMOFILICOS DE TENNA.

VARIEDADES:

ENCUESTA SOBRE LA ENSEÑANZA DE LAS BELLAS ARTES EN CHILE.—LOS PESCADORES DE PERLAS.—POESIAS DE JORGE GONZALEZ B.—EL DESENCANTO DE CLARA BOW.—HOLLYWOOD EN GOTAS.—DOS GENIOS RIVALES.—LEYENDO PARA EL LECTOR.—ALGUNOS DE LOS QUE ESCRIBEN EN ESTE NUMERO. — LA RISA HA DESAPARECIDO DEL MUNDO, SEGUN GROCK.

Revista quincenal de literatura.—Aparece
los jueves.

AÑO I.

N.º 7

Santiago, jueves 5 de enero de 1933

Subscripciones: Anual (26 N.os), \$ 22
Semestral (13 N.os), \$ 12

Editada por

“Empresa Letras”.—Huérfanos 1041.—

Casilla 3327.—Teléfono 82028

Santiago de Chile.

Directora: Amanda Labarca H.

Secretario de Redacción: Luis E. Délano.

ALGUNOS DE LOS QUE ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

RABINDRANATH TAGORE

Pocos desconocerán la figura ya universal de Tagore, el filósofo y literato hindú. Surgió al mundo de las letras, después de obtener el Premio Nobel, hace varios años. Contribuyó a darle más nombradía el hecho de que fuera el primer hindú que obtenía la célebre recompensa literaria europea; y no poco su figura serena y patriarcal, su larga y hermosa barba; sus vestiduras exóticas que no ha abandonado nunca — como Gandhi — para vestir los trajes occidentales.

Ha escrito libros de una belleza reposada, tranquila, serena como su corazón. Cientos de poemas que sobre todo, penetran en el corazón de los niños. El advenimiento de las nuevas formas poéticas, dejó un poco olvidado al autor de La Luna Nueva. Las piedras hambrientas, El cartero del rey y tantos otros libros.

De entre sus cuentos, ninguno tiene tal ambiente exótico como El hombre de Kabul, ninguno mayor ternura y simpatía como el que presentamos hoy a los lectores.

GONZALEZ VERA

Escasos escritores chilenos tienen una obra tan escasa pero al mismo tiempo tan pura como José Santos González Vera. Ha escrito dos libros, Vidas Mínimas y Alhué. Ambos han sentado el precedente de que González Vera escribe sólo cuando tiene cosas muy interesantes que decir y las dice, además, en un estilo correctísimo. Es un estilista, un estilista como hay pocos en Chile.

En Vidas Mínimas, González Vera hacía, en novela, crítica en favor de los de abajo. Libro hermoso, la "Empresa Letras", estimando que debe alcanzar una difusión grande — la que merece — editará en breve su segunda y definitiva edición.

Desde Vidas Mínimas hasta Alhué, 1928, González Vera estuvo acariciándose una barba negrísima y haciendo estudios literarios y sociales de evidente valor. Su cuento Albino Rocuant es lo más reciente de toda su obra.



González Vera

FREDERIC LEFEVRE

El autor de una entrevista con Zamiatin, el gran escritor e ingeniero ruso, que aparece en este número de "Lecturas", es un destacado periodista y escritor francés, más escritor acaso que periodista. Para hacer interview es posible que no tenga rival en Francia.

Algunos de sus reportajes más interesantes han sido publicados en volúmenes como aquel titulado "Une heure avec . . .", en el que aparecen libres de su envoltura material, las almas de varios grandes escritores y artistas europeos.

LAWRENCE G. GREEN

Lawrence G. Green es un joven escritor británico cuya obra se encuentra difundida en las principales revistas literarias de su país. Sus cuentos se caracterizan todos por la atmósfera misteriosa que los rodea. Tiene en preparación un libro donde ha reunido los mejores de sus cuentos, producto de su experiencia en el Congo y otros lugares del África, donde ha servido algunos años como funcionario del Gobierno británico.

Reinaldo Lombroy ha traducido especialmente para "Lecturas" "Un Barco en la Selva".

JORGE GONZALEZ BASTIAS

El autor de "El Cántico", que publicamos en este número, es uno de los poetas más sencillos, rurales y puros de este país. Campesino de nacimiento y de corazón, pasa su vida frente al Maule, viendo correr las aguas, a la sombra de los grandes árboles.

Jamás ha sido amigo de cenáculos literarios ni ha participado en concursos poéticos. El único contacto con los movimientos literarios lo tiene cuando suele venir a la capital o cuando los escritos van a verlo, en su campo, junto a su río.

Publicó hace 20 años su libro "Misas de Primavera". En 1924 entregó "El Poema de las tierras pobres" y desde entonces su producción pertenece sólo a las revistas o a los diarios.

MEDITACIONES

BREVES

LA INGENUIDAD

AS gentes bien equilibradas miran a ese poeta o a ese novelista con una sonrisilla de tolerancia, como a un niño. Y tienen razón, hasta cierto punto. El novelista y el poeta a que aludo, son unos niños por el candor del sentimiento y la espontaneidad del pensar. A menudo, al tratar conocimiento con ellos, las personas del mundo se asombran de su falta de ponderación, de su brusquedad de gesto y de palabra. Recordando algunos de sus poemas más bellos, o la penetración de análisis del novelista, llegan a pensar que haya una sustitución de individuos.

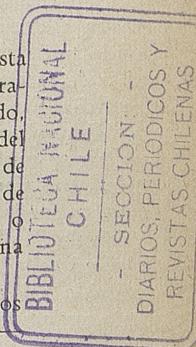
Mucho más se admirarían si fuesen capaces de adivinar que esos dos sujetos — que no nombre, porque tienen muchos nombres — están en esos mismos momentos aplicándose reflexiones muy semejantes:

—Eh, se dicen. Mucho cuidado ahora, que te observan. Paso a paso. Nada de esos saltos de una idea a otra, de un tema a otro. Compostura, que ya no eres un niño. ¿Cuántas veces te he dicho que el entusiasmo está bueno para aquellos Bohemios de un siglo atrás? Calma y seriedad. El artista debe hablar ahora como un hombre de negocios, por lo menos mientras se mezcle con el mundo de los negocios... Pero, ya veo que te desbocas. ¿A qué venía eso de citar la escena del libro tal o la finura de aquel verso, tan suave y tan lívano como la plumilla de un polluelo recién nacido? (Tus palabras desentonaron con la victrola de la salita moderna). Reprímete, todavía es tiempo; ya asoma la sonrisa a los labios de tu interlocutor. Tú, que tienes cierta pericia en desarmar el mecanismo de las almas o en armar tus propias imitaciones de aquellas, puedes darte cuenta perfectamente de que comienzas a hacer el ridículo.

Pero el "otro" no se detiene, no puede detenerse. Para hacerlo, tendría que dejar de ser el artista que es. Porque su fuerza está precisamente en esa sensibilidad libre y fresca como el viento, que es su debilidad aparente, pero sin la cual sería como un barco sin antena, y no podría captar las cosas sutiles y fugaces que escapan a los dedos más burdos del hombre normal. En realidad, esa misma actitud desarmada, esa guardia abierta que presenta a la vida, es el dón por medio del cual la vida se le entrega en sus secretos más esquivos. Es su flaqueza y su fuerza. Esas almas sin coraza de los artistas podrían llevar a su manera el emblema del Evangelio: "En verdad os digo, que aquel que no sea como un niño no ha de entrar en el reino del Arte".

Excitables como Miguel Angel, tímidos como Beethoven, de una sensibilidad femenina como Shelley, o impresionables con la hipératesis de un desollado vivo, los poetas y los artistas dejarían de serlo al revestirse la capa de sentido común y de tacto social que son las armas de bolsillo del hombre de negocios y de la gente de sociedad.

ERNESTO MONTENEGRO.



EL HOMBRE DE KABUL

Cuento por RABINDRANATH TAGORE

Ilustraciones de Honorio

CUANDO mi hijita Mimí tenía cinco años le era imposible vivir sin charlar.

No creo en realidad que en aquel tiempo pasara nunca un minuto entero en silencio. Su madre se molestaba a menudo por esta cháchara sin fin y hubiera querido detenerla, pero a mi turno, no podía consentirlo. Era tan contrario a la naturaleza ver a Mimí silenciosa, que me era imposible soportar su mutismo. Mis conversaciones con ella rebosaban siempre de viveza y animación.

Una mañana, mientras estaba atareado en el capítulo XVII de mi nueva novela, Mimí se deslizó calladamente en mi escritorio, se aproximó a mi silla y poniendo su manita en la mía exclamó:

—Papá: Ramdajal, el portero, llama gallo al pollo. No sabe nada ¡no es cierto?

Antes de que yo pudiera explicarle las diferencias biológicas entre las diversas edades de estos volátiles empecé a formular otras preguntas.

—Oye, papá: Bhola dice que hay un elefante en las nubes que sopla el agua por las nárrices y hace la lluvia.

Y en el mismo instante cambiando de tema, añadió:

—¿Qué parentesco tienes tú con mamá?

—Uno muy estrecho, queridita, — me esforcé por responder con gravedad. Ahora corre a jugar con Bhora, Mimí.

Por la ventana de mi escritorio podía ver la calle. Mi hijita se sentó a mis pies cerca de la mesa y empecé a jugar, palmoteando sus rodillas mientras canturreaba.

Entre tanto yo trabajaba en el capítulo diez y siete, el capítulo en el cual Pratap Singh, el héroe, coge en sus brazos a la heroína Kanchanlatan y están a punto de arrojarse por la ventana del tercer piso del castillo, cuando súbitamente, Mimí dejó de jugar y corriendo a la ventana, gritó:

—¡Kabulano! ¡Kabulano!

En efecto, un kabulano pasaba por la calle. Vestía el suelto ropaje y el enorme turbante de su tierra nativa: Kabul. Llevaba a la espalda un gran saco y en la mano algunas cajas de pasas.

No puedo explicarme qué sentimiento se apoderó de mi hijita a la vista de este hombre que la indujo a llamarle con tales voces.

—¡Oh!, me dije, sin duda va a venir y mi capítulo diez y siete no se concluirá nunca.

En ese preciso momento el kabulano se daba vueltas para mirar a la niña, pero cuando ella le vió la cara fué presa de verdadero temor y voló en busca de la protección de su madre. Sin duda, había creído que el gigante llevaba dos o tres niñitos como ella dentro de su gran saco.

Mientras tanto el buhonero había entrado y me saludaba sonriendo.

Aunque mi héroe y la heroína estaban en ese momento en muy crítica situación, mi primer impulso fué de interrumpir mi trabajo y mercarle alguna cosa al buhonero, ya que se le había llamado. Le compré, en efecto, algunas baratijas y pronto empezamos a hablar sobre el Amir Abd-ur-Rahman y sobre los rusos, los ingleses, la cuestión de límites.

—A punto ya de irse, me interrogó:

—Pero ¿dónde está la niñita, señor?

Creí que Mimí debería ahuyentar su infundado temor y la llamé. Entró pero se estuvo muy arrimadita a mi silla mirando curiosamente al kabulano y su saco. El le ofreció nueces y algunas pasas pero ella no se dejó tentar, sino que se aproximaba a mí más y más, con todas sus dudas y temores aumentados.

Tal fué su primer encuentro.

Pero una mañana, no muchos días después, en el momento de salir de casa, fuí gratamente sorprendido de encontrar a Mimí sentada en un banco, cerca de la puerta, riendo y charlando, con el gigante kabulano a sus pies. De seguro le parecía a ella que jamás había tenido interlocutor más paciente — excepto, naturalmente, su padre! El delantal estaba lleno de almendras y pasas, obsequios de su visitante.

—No se las regale, dije, y tomando una moneda de mi bolsa la puse en sus manos. La aceptó sin una palabra y la dejó caer en su bolsillo.

—Más, ¡vela! que al regresar a casa una hora más tarde, encontré que la moneda era la causa de un conflicto sin precedentes, porque el kabulano se la había dado a Mimí y su madre al vislumbrar el reluciente disco de plata cogido, a la niñita le preguntaba:

—¿De dónde sacaste esto okoma?

—El kabulano me la dió, replicó Mimí alegramente.

—¡El kabulano te la dió!, gritó la madre horrorizada. ¡Oh!, Mimi, cómo te atreviste a recibírsela?

En tal momento entré a la habitación y al punto empecé a escuchar a mi hija contra la gran desgracia que le amenazaba.

En seguida traté de averiguar el asunto y descubrí que no era esta la primera ni la segunda vez que se veían. El kabulano había desvanecido los primeros temores de Mimi por medio de sabios obsequios de almendras y pasas. ¡Ahora eran grandes amigos!

Tenían una cantidad de curiosas bromas que parecían darles el mayor placer. Sentada cerca de él y mirando hacia abajo su figura gigantesca, Mimi gorgojeaba de risa antes de preguntar:

—¡Oh, Kabulano! ¡Oh, Kabulano!, ¿qué llevas en tu gran saco?

Entonces el kabulano replicaba con el acento nasal de un montañés:

—¡Un elefante!

Realmente, no había en esto gran motivo de risa, pero los dos parecían deleitarse con la broma. Para mí había siempre algo comovedor en este parloteo de la niñita con aquel gigante en la plenitud de su desarrollo.

Luego el kabulano, con la evidente intención de no ser sobrepujado, inquiría a su vez:

—Mi señorita, ¿cuándo vas a ver a tu suegro?

La mayoría de las niñas hindúes conocen



Realmente no había en esto gran motivo de risa, pero los dos parecían deleitarse con la broma.

todo cuanto se refiere al suegro a una edad muy temprana, pero nosotros somos algo modernos y habíamos ocultado esta materia a nuestra hija, de manera que Mimí se confundía un poco con la pregunta: mas, ocultando su confusión, contestaba espiritualmente:

—¡Qué! ¿Tienes ganas de ir allá?

Ahora bien, entre los Kabulanos "ir donde el suegro" tiene un doble significado, porque en dialecto esta expresión se refiere a la cárcel; el lugar donde se les acoge y se les presta gratuitamente una esmerada atención. Fué en este último sentido que el gigantesco y errante buhonero entendió la pregunta de mi hija.

—¡Ah!, exclamó, amenazando con el puño a algún invisible policial, he de reventar a mi suegro!

Al oír esto y viendo en su imaginación al infeliz y aporreado pariente. Mimí explotaba de risa, chillido tras chillido, mientras su inmenso y aterrizable amigo reía a parejas con ella.

Era entonces el otoño — la estación del año cuando los monarcas de otra edad partían a combatir y a conquistar — y aunque yo nunca salí de mi pequeño rincón de Calcuta, acariciaba complacido la idea de viajar por todo el mundo. La sola mención de una tierra extraña hacía palpitar mi corazón rápidamente y a la vista de un extranjero en la calle empezaba al punto a tejer un tapiz de ensueños con las montañas, los valles y los bosques de los hogares distantes. Veía las pequeñas chozas e imaginaba la vida del hombre libre e indiferente en un país lejano y salvaje. A medida que más claras aparecían de relieve en mi visión espiritual estas pinturas de viajes pasando y repasando en mi mente más me sobreocogía la idea sola de una inmediata excursión, de tal modo era vegetativo mi vivir.

La presencia del kabulano, transportábame inmediatamente a Kabul, al pie de las montañas desprovistas de árboles, cuyas gargantas donde sopla el viento culebrean entre sus altísimas cumbres. Con los ojos del espíritu veía desfilar allá las caravanas de camellos cargados de productos comerciales, dirigidos por mercaderes de turbantes, armados con viejos fusiles de chispa o sólo con lanzas, que se encaminan hacia los llanos. Yo creía... pero en ese mismo instante la madre de Mimí me interrumpió para prevenirmé con lágrimas en los ojos:

—¡Ten cuidado con esos hombres!

Es lástima que la madre de Mimí sea una mujer tan timorata. Cada vez que oye un ruido en la calle o divisa un hombre y avanza hacia la casa, concluye al punto que una ca-

tástrofe se avecina; o son bandidos o borrachos, ya serpientes, tigres, la malarín, langostas, gusanos o marineros ingleses, y no ha bastado la experiencia de los años para hacerla desistir de sus temores. Así, pues, ella estaba llena de dudas concernientes al kabulano y a menudo me rogaba que lo observase cuidadosamente a cada instante.

Traté en balde de aligerar sus inquietudes y a mis tranquilas observaciones respondía interrogándome con seriedad:

—¿Acaso no se roban los niños?, ¿no es cierto que existe la esclavitud en Kabul?, ¿es una exageración pensar que este gigante pueda llevarse los niños?

A mi vez replicaba que tales casos no eran imposibles a la verdad; pero eran absolutamente improbables, lo cual no la satisfacía, sin embargo, ni aminoraba su miedo.

Era tan infundado que no me pareció correcto negar el permiso para que el hombre penetrara a la cerca y, en consecuencia, la intimidad no fué interrumpida.

Una vez al año a mediados de enero, Rahmud, el kabulano, acostumbraba regresar a su país, y al aproximarse la época iba de casa en casa, colectando sus deudas. No obstante sus muchas diligencias, jamás dejaba de encontrar tiempo para venir cada día a charlar con Mimí.

Algunas veces sentía una cierta inquietud al encontrarme de repente aquel gigante tan pobemente vestido en algún oscuro rincón, pero cuando Mimí llegaba a la carrera, riendo y gritando: ¡oh, kabulano! ¡oh, kabulano! y cuando los dos amigos tan diferentes en edad se sentaban juntos para recomenzar sus risas y habituales bromas, me tranquilizaba inmediatamente.

Una mañana, varios días antes de la fecha fijada para la partida del kabulano, yo estaba en mi estudio corrigiendo pruebas. Hacía frío y benditos rayos del sol pasaban a través de la ventana, caían sobre mi cuerpo.

Era cerca de las ocho y muy pocos transeúntes se veían aún en las calles. De pronto sentí afuera un gran bullicio y al mirar distinguí a Rahmud conducido entre dos policiales y seguido por una turba de curiosos. En la túnica del kabulano había manchas de sangre y uno de los policiales llevaba en la mano un cuchillo.

Corré hacia afuera para inquirir el significado de todo aquello. Parte de uno, parte del otro, supe que un vecino debía al kabulano algún dinero por unos chales de Rampur, pero había negado la deuda, sosteniendo que jamás había comprado tales chales. Sobre vino una disputa y Rahmud lo hirió.



— 32 —

En efecto, un kabulano pasaba por la calle

En el paroxismo de la rabia el kabulano aplicaba a sus enemigos todos los nombres imaginables, cuando súbitamente apareció mi hija gritando su acostumbrada expresión:

—¡Oh, kabulano!, ¡oh kabulano!

La cara de Rahmud se iluminó de júbilo al volverse hacia ella. Ahora no llevaba su gran saco bajo el brazo y ella no pudo hablarle del elefante, y por lo tanto empezó de una vez con la segunda pregunta:

—¿Qué te vas donde tu suegro?

Rahmud reía al replicar:

—Sí, mi señorita, allá voy — pero notando que la respuesta no divertía a la niña alzó en alto sus manos encadenadas y exclamó:

—¡Oh! cómo me gustaría zurrarle a mi suegro!... Pero tengo las manos amarradas!

Por el sangriento ataque a su deudor Rahmud fué sentenciado a varios años de prisión.

Pasó el tiempo y ya nadie se acordaba de Rahmud. Mi acostumbrado trabajo me amarraba a mi acostumbrado rincón y ya nunca pensé en el montañés ávido de libertad cuyos años transcurrían en la cárcel. Aún Mimí, me avergüenzo de decirlo, olvidó a su amigo. Nuevas amistades ocupaban su existencia. A medida que iba creciendo empleaba su tiempo más y más con niñas de su edad. Y tanto gastaba con ellas que ya no vino más al escritorio de su padre como antes acostumbraba hacerlo. Ahora rara vez charlaban con ella.

Años pasaron. Otra vez era el otoño y nosotros nos aprestábamos para el matrimonio de nuestra Mimí. Los espousales debían verificarse durante el festival de Puja. Al mismo tiempo que Durga (1) regresase a su hogar en Kailasha la luz de mi casa se iría, se iría a la de su esposo, dejando el hogar paterno en la obscuridad.

Era una hermosa y radiante mañana. Había una sensación de limpidez en el aire después de la lluvia y los rayos del sol chispeaban como oro puro. Tan brillantemente resplandecía el sol, que hasta los sombríos muros de ladrillos de las calles de Calcuta reverbaban hermosamente, desde temprano la orquesta nupcial había estado tocando y con cada compás de la música batía al unísono mi corazón. Cada nota me producía una nueva angustia. Mimí se casaría aquella noche.

Desde las primeras horas de la mañana el ruido y la baraunda habían llenado la casa, El dosel se había extendido sobre el patio en su soporte de bambú. Tintineantes candelabros ha-

bíase colgado en cada sala y en la verandah. La excitación y entusiasmo no tenían límites.

Estaba sentado en mi estudio revisando mis cuentas, cuando alguien entró, saludándome respetuosamente, avanzó y se detuvo frente a mí. ¡Era Rahmud el kabulano! A primera vista no lo había reconocido, no portaba ya su gran saco, ni tenía el pelo largo ni sus vestuarios eran los mismos. Pero cuando sonrió lo reconocí en el acto.

—¿Cuándo has llegado, Rahmud? — pregunté.

—Anoche he sido puesto en libertad, respondí.

Las palabras resonaron desagradablemente en mis oídos. Sin duda que el día podría haber comenzado bajo mejores auspicios si él no hubiera venido.

—Hoy tenemos una ceremonia en casa, expuse. ¿No podría venir otro día?

Giró sobre sí mismo para marcharse en el acto, pero al llegar a la puerta titubeó y dijo por fin:

—¿No podría ver a mi señorita, señor? Sólo por un momento.

El creía todavía que Mimí era la misma pequeña a quien había conocido años antes. La imaginaba corriendo hacia él y gritando según su costumbre: ¡Oh, kabulano! ¡oh, kabulano! Imaginaba que aún podrían reír y charlar juntos como lo habían hecho en los viejos días. Sin duda, como un recuerdo de aquellos días, también traía cuidadosamente envueltos en un pedazo de papel algunas almendras y pasas, que habría obtenido quién sabe cómo de algún compatriota, porque su propia mercancía había sido desparramada hacia ya mucho tiempo.

Repetí de nuevo:

—Hay una fiesta hoy en casa.

Su rostro se anUBLÓ de dolor, me miró un instante y salió entonces murmurando:

—Adiós, señor.

Yo sentí la tristeza de su desconsuelo y estaba a punto de llamarlo cuando lo vi volver. Llegó hasta mí y entregándome el obsequio, dijo:

—Lo he traído para mi señorita. ¿Querría tener la bondad de dárselo?

Lo cogí e iba a pagarle cuando me detuvo la mano.

—Usted es muy bueno señor. Acuérdese de mí y no me ofrezca su dinero. Usted tiene una hijita... Yo también tengo una como la suya, allá en mi hogar, en Kabul. Pienso en ella y no he traído estas frutas por el interés del dinero.

Mientras hablaba introdujo la mano bajo

(1) Durga, diosa de las festividades de Puja. Después de las fiestas, ella vuelve a su hogar en Kailasha, una montaña de los Himalayas.

su amplio chal y extrajo un pedacito de papel más. Con gran cuidado lo desdobló, suavizándolo sobre la mesa con la mano. Contenía la imagen de una manita, no una fotografía, ni un trazo, sino la impresión de una mano que había sido cubierta con tinta y cuya palma se había oprimido contra el papel. La impresión de la mano de su hijita estaba siempre sobre su corazón, mientras él vagabundea año tras año al través de las calles de Calcuta, vendiendo sus mercancías.

Las lágrimas subieron a mis ojos. Olvidé que él era sólo un miserable buhonero de frutas de Kabul, mientras que yo — ¿pero quién era yo, en verdad? — alguien más importante que él? El también... ¿no era acaso un padre?

Esa impresión de la manecita de su Barbati... hecha en su distante hogar montañoso, me recordó mi propia Mimí. La fui a llamar inmediatamente al departamento de las mujeres. No querían dejarla venir, pero no quise oír sus argumentos. Cubierta con la reste de seda roja de su día de espousales, con el signo de sándalo en la frente y adornada como una que va a ser esposa, apareció Mimí.

El kabulano la miró maravillado. Ya no podría nunca deleitarse con ella en su vieja amistad.

Por último sonrió:

—Mi señorita, ¿es que va usted a ver a su suegro?

Pero Mimí entendía ahora el significado de esta frase y no pudo, por consiguiente, contestarle como lo había hecho otras veces. La pregunta la hizo sonrojarse y apartar la vista de él.

Recordé el día cuando Mimí y el kabulano se conocieron y me entristecí.

Después que ella había salido de la habitación, Rahmud suspiró y se sentó en el suelo. Súbitamente se le había ocurrido que su hija debería también haber crecido durante los largos años de su ausencia y que el ya no podría intimar con ella nunca más. ¿Qué le habría ocurrido en todos aquellos años?

La orquesta empezó a tocar y el dulce sol de otoño refulgía brillantemente sobre nosotros. Rahmud permanecía sentado en una pequeña calle de Calcuta, mientras contemplaba en su visión las montañas sin árboles de Kabulistan.

Le di un billete de banco y le dije:

—Vuelve a tu niña, Rahmud! Vuelve a tu nativa tierra, mi amigo, y pueda la reunión con tu hija traer buena suerte a la mía!

Habiendo hecho esto, yo me encontré incapaz de realizar por falta de dinero todos los detalles de la fiesta nupcial, razón por la cual las mujeres de la casa se molestaron mucho. Pero para mí fué más brillante la ceremonia con la idea de que en la distante tierra de Kabul un padre largamente perdido se reuniría muy pronto con su hija única.

PENSION DE VEJEZ

Muchos años pasaron antes que alguien se pereocupara de un modo especial de la suerte que corren millares de seres que—precisamente cuando les corresponde un justo descanso, como fruto del esfuerzo y el trabajo de toda una vida—se debaten en la miseria y en la penumbra del olvido.

Hombres y mujeres derraman en la juventud sus energías y su dinero, olvidándose que la vejez ha de llegar con su cortejo de calamidades.

Pero una Sociedad de PREVISION—con legítimo orgullo exhibe sus 25 años de existencia—Obtuvo entre otras enmiendas a sus Estatutos Sociales el AUMENTO DEL CINCUENTA POR CIENTO sobre la renta corriente a TODO pensionado que tenga 60 años o más de edad, beneficio del que están empezando a disfrutar más de 100 asociados de

LA COOPERATIVA VITALICIA

Sociedad de Renta, fundada en Valparaíso en 1907.

52.000 suscriptores han ingresado en sus registros desde su fundación, entre los cuales más de 5.000 pensionados han recibido hasta la fecha alrededor de DIEZ MILLONES DE PESOS EN RENTAS.

Una pequeña cantidad mensual economizada, de acuerdo con sus medios y deseos, le dará derecho, después de 10 años de pago,

A UNA RENTA PARA TODA LA VIDA

Consultenos, pida folletos e instrucciones, sin compromiso, en nuestras oficinas, que tendrán sumo agrado en atenderlo.

VALPARAISO

O'Higgins 1281

Teléf. 2347. Casilla 1627

AGENCIAS

locales en todo

el país

SANTIAGO

Agustinas 1460

Teléf. 84748. Casilla 1703

Epifanio Arancibia Molina, Agente General, Santiago.

Ganan dinero, pero carecen de libertad

Zamiatiu, el célebre novelista y dramaturgo ruso, que une a sus talentos literarios el prestigio científico adquirido, no obstante su juventud, como ingeniero naval, descansa actualmente en Francia algunas semanas de las fatigas de su doble profesión de hombre de letras y de números.

El distinguido periodista parisén M. Frederic Lefevre ha aprovechado dicha circunstancia para visitar al famoso constructor de los buques rompehielos y maestro indiscutido del grupo de escritores jóvenes que vienen floreciendo bajo el régimen soviético. Sus declaraciones acerca del estado actual de la literatura en Rusia serán leídas, sin duda, con gran interés por nuestro público habitual.

ENCONTRAMOS a Zamiatiu justamente cuando se disponía a marchar a la Costa Azul. Parecía satisfechísimo. Su primera declaración es que Francia es un país encantador.

—Vivir aquí es una pura delicia — nos dice.

Luego, sin más preámbulo, nos cuenta su vida:

—Si yo le declarase que vine al mundo en Rusia, sería como si no le dijese nada. Nací y pasé mi infancia en las mismas entrañas de Rusia, en la región llamada de las "Tierras Negras". Allí, en el Gobierno de Tambow, hay una pequeña ciudad, Lebedian, célebre en tiempos por sus ferias, sus zínganos, sus trampas en el juego y su lengua rusa, sabrosa como las manzanas frescas. No fué puro azar que Turgueneff y Tolstoi mencionasen esa ciudad en sus obras.

Como usted sabe, los anfibios poseen doble respiración, viven en el agua y en el aire. En 1909 presenté un proyecto de buque al término de mi carrera de ingeniero naval, y ese mismo año escribí mi primera novela. Desde entonces vivo en esos dos elementos tan dispares. Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre los anfibios y yo. Y es que jamás pude arrastrarme ante nadie. Ni me privo nunca de escribir lo que considero como una verdad.

Sin duda para curarme de esa mala costumbre, el Gobierno del Zar me metió en la cárcel en 1906. El mismo tratamiento volvieron a aplicarme en 1922. He llegado a creer que soy un hereje incurable. Veo en sus manos un ejemplar de mi novela *Nosotros*. Representa ese libro uno de los ataques de mi dolencia. Algunos críticos míopes han considerado esta novela como un simple libelo político. Ello es injusto en absoluto. Mi libro es una señal de

alarma contra el doble peligro que amenaza a la Humanidad: la fuerza hipertrofiada de las máquinas y el poder hipertrofiado del Estado.

—Mi obra total?... Seis volúmenes en prosa, otras tantas producciones teatrales y... seis barcos rompe-hielos.

He construído rompe-hielos en Inglaterra, durante el pasado conflicto mundial. Entre esos buques, mi obra favorita, la más perfecta es el *Lenin*. Cuando lo estaba armando en Newcastle, hace diez y seis años, no se me ocurrió que pudiera llevar tan célebre nombre. Se llamaba entonces *San Alejandro Nevsky*. Pero llegó la revolución, se arrepintió y cambió de nombre. Es uno de nuestros mayores rompe-hielos; algo más pequeño que el *Krassin*, pero de una construcción más sólida.

Al presente, mis relaciones con la técnica son puramente platónicas. Ya no me ocupo de barcos. Me dedico por entero a dar mis clases en la Escuela de Construcciones Navales de Leningrado.

Durante estos últimos años me he consagrado especialmente al teatro. Mis obras más afortunadas son *La sociedad de campaneros* y *La pulga*. En realidad, la primera es una sátira de las costumbres inglesas contemporáneas. Se asegura que es una sátira bastante mordaz. La obra se puso por primera vez en escena en el antiguo teatro Michel, de Petersburgo; pero fué mejor presentada luego en el Teatro Dramático Russo, de Riga, donde se sostuvo en el cartel varias temporadas. En cuanto a *La pulga*, es una obra que corresponde, por su traza y estilo, a las del antiguo teatro popular ruso, o bien al de la *Commedia dell' Arte* italiana.

Rusia reconstruye actualmente su vida sobre los cimientos del marxismo. De ello no se exceptúa ni la misma literatura. Los autores proletarios, que en su mayoría pertenecen al

partido comunista, tienen ciertamente una mayor autoridad en el marxismo que los escritores de otros matices ideológicos. Se titulan entre ellos *los profesores*, mientras los restantes son aun *alumnos aventajados* nada más.

Hace ya tres o cuatro años que desaparecieron de Rusia todas las ediciones particulares. Hoy, aparte de la Edición del Estado, no circulan sino algunas ediciones cooperativas de los escritores. ¿Las más importantes? La de la Federación, de Moscú, y la Edición de Escritores, de Leningrado. Pero el 80 por ciento de los libros que se publican pertenecen a la Edición del Estado.

Inútil me parece decir que cualquier libro, sea de la Edición del Estado o pertenezca a las ediciones cooperativas, tiene que llevar el "imprimarse" de la censura antes de ponerse a la venta. Aunque aun hay otro medio más eficaz de intervenir en el comercio de libros. A este propósito he de decirle que en Rusia no se venden más libros que los del Estado. Las Ediciones Cooperativas no tienen establecimientos de venta, lo que quiere decir que no pueden enviar a la imprenta otros libros que aquellos que son encargados con anterioridad por la organización comercial de los libros del Estado. De modo que hasta ahora las Cooperativas no son sino una especie de mecanismo auxiliar de las Ediciones del Estado.

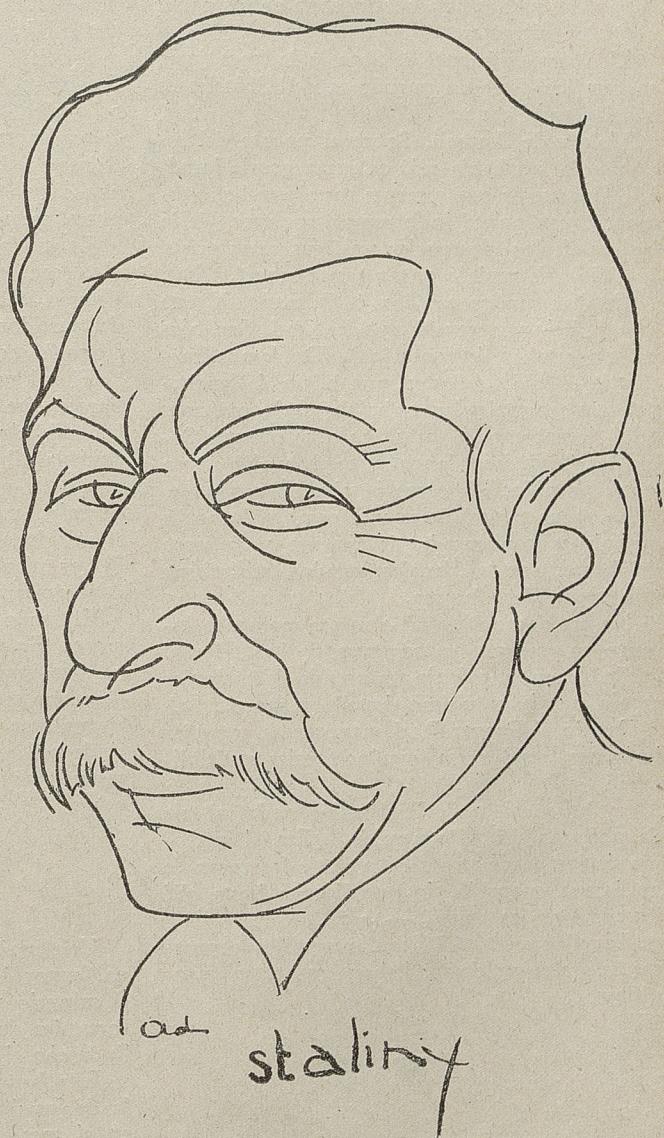
Los honorarios de los autores son satisfechos con la mayor escrupulosidad. Recuerdo el caso de un empleado en las Ediciones del Estado, que estuvo buscando bastante tiempo al *camarada Aristófanes* para entregarle el precio señalado a su libro de comedias. De haberse conseguido encontrar al tal camarada, habría recibido honorarios más altos que otro autor más joven y menos conocido.

Al presente hay establecidas varias tarifas de retribución literaria. Tratándose, por ejemplo, de revistas, se paga de 200 a 500 rublos las 16 páginas. En cuanto a los libros, los ho-

norarios dependen de la tirada. Estas varían mucho; pero en los casos de edición popular oscilan entre los 30.000 y los 50.000 ejemplares. Cuando el ejemplar se vende a 50 *ko-pecks* (poco más de seis francos), el autor percibe aproximadamente un 10 por ciento líquido.

En cuanto a la forma literaria, hay un grupo de escritores, los llamados *poputchikis* (compañeros de camino), que vienen realizando mayores progresos que los autores proletarios,

(Termina en la pág. 58)



Stalin, dictador de Rusia, bajo cuyo gobierno los escritores tienen dinero, pero carecen de libertad.

HORIZONTES DE

Por GEORGES R. MANNE

Junto a la visión de París, de un hombre que llega, aparece como un remolino, el recuerdo de muchas ciudades lejanas y puertos apenas entrevistos, en lejanos litorales de ensueño.

PARIS me ofreció la semana pasada todos los climas, las luces más sutiles y hasta esa cualidad de la atmósfera de los países de ultramar.

Una tarde remonté el Sena, a la hora justa en que los destellos purpúreos del Châtelet se reflejan en el agua.

Volvía de Auteuil. Sobre el puente del escañavía, no había más que una pareja inmóvil: Forasteros seguramente, que gozaban, como tal vez nunca lo haremos nosotros, de la belleza de los ríos parisienses, sus casas grises, su cielo gris-azulejo y sus aguas muaré.

Estaban ambos cogidos de la mano. Y este solo indicio me reveló su identidad. Sus ojos no se apartaban del espectáculo. Doblamos frente a la estación d'Orsay, una hilera de lanchones, cuyo remolcador trabajaba fatigosamente. Silbó largamente al pasar bajo el puente. Sobre el duodécimo lanchón, una mujer joven mecía un niño. Un perro jugaba a sus pies.

La sirena mugió de nuevo, como si la noche se hubiese condensado de repente y la proa del barco, con su fanales cegados, se hubiese tallado en plena bruma.

No era de noche aún, sino ese momento incierto en que un postre rayo de luz celestial vacila, busca su refugio, se prende de cualquier espejo, arroja su último destello y muere.

Pasado el Puente Real, navegamos entre las imágenes temblorosas que los faroles multiplicaban.

La brisa era sutil. Rizaba las ondas al pie de un gran árbol sumergido. ¿Era el perfume de los acacios en flor o el de las rosas de un lejano suburbio, lo que llegaba hasta allí llevado por las aguas?

Aquella noche soñé con maravillosos pueblos, en que se desarrollaban aventuras magníficas.

La mezquita de París ha recuperado su paz, porque los "snobs" que la habían descubierto se han cansado de ella. Ha sido restituída a

sus fervientes adoradores. A menudo me encuentro con ellos. El color del cielo y el sol me indican la hora exacta en que los encontraré. Hay un viejo que gira lentamente alrededor de los espejos de agua; un joven árabe, hermoso como los príncipes de los cuentos orientales, que dedica su ensueño sin límite al vacilante surtidor; los soldados indígenas se pasean de un patio a otro, con esa graciosa negligencia de la gente que no se ve apremiada por el tiempo.

La ciudad se detiene en sus murallas blancas. Aquí se nos restituye el don precioso del silencio, del silencio que proporcionan el canto del surtidor y el retornelo sinuoso de un marroquín acuclillado.

El sol vertical se refleja sobre los azulejos. Parece que hubiésemos dejado, a la entrada, los cuidados de nuestra vida cotidiana. He aquí la liberación: las horas se deslizan sin que nada nos la recuerde. Despues, en el crepúsculo, cuando los pabellones blancos hayan adquirido el suave tono muaré de la garganta de los pichones, un discreto llamado nos sumirá dulcemente en un sueño milagroso.

El sueño que entorpece y amodorra nuestra mente. En ese ensueño que imprime a vuestro pensamiento esa curva blanda, como una cabellera que se trenza y desanuda sin cesar, como las volutas de humo que se ciernen sobre las ciudades mudas cuando los chacales salen a rastrear su presa, mientras las gacelas van a beber.

VIAJE

pérfido oculto por nubes de plomo. La avenida estaba vacía. Los paseantes matinales se habían reunido a la sombra falaz de los cafés.

Durante diez minutos no pasó ningún carruaje a destruir el sortilegio. Pues este era un sortilegio. Sólo faltaba que un papagayo gritara desde un árbol. Se presentó al mono colgado de las ramas bajas. Mi oído volvía a adquirir esa agudeza que permite percibir a lo lejos el deslizarse del reptil y el movimiento imperceptible de alguna bestia en acecho.

París ha perdido pues sus encantos más legítimos. Los que están obligados a quedarse repiten, con fingida convicción: el verano en París es admirable. Los que van a partir sufren de esa agradable excitación infantil producida por la expectación de poner por fondo nuevas decoraciones para su vida.

Georges R. Manne.

"LECTURAS"





Por GONZALEZ VERA

Ilustraciones de Alvarez.

LE conocí en un mitin. Albino Rocuant peroraba desde la estatua de los Amunátegui. Su auditorio componíase de un centenar de personas ansiosas de recibir un rumbo. Gesticulaba con arrebato y decía frases de lejano alcance. Era feísimo, muy negro, con la piel llena de accidentes, muy turñio, de voz opaca, chillona a ratos. Vestía harapos inverosímiles. En esa ocasión había suplido, en su ráido vestón, los botones por una traba de alambre.

Solían oírsele frases inapropiadísimas para ser dichas al aire libre: "cuando cada hombre sea una personalidad", "los mármoles de Grecia", "la divina mano de Fidias".

Alguien del vasto auditorio, que sólo anhelaba conocer el camino del pan, dió su impresión:

—Bueno con el patilludo grande!

Durante meses dejé de ver al magnífico patilludo. Pero un día le ví en lo alto de una escalera. Estaba pintando un horroroso letrero y lo miraba con decidida preocupación. En ese momento debía creer que en su mano habíase reencarnado la divina mano de Fidias.

Tartamudeaba. Esto hacía restallantes sus palabras y comunicaba a su hablar cierta trascendencia. Todo lo expresaba a gran temperatura. A menudo decía: ¡La idea creatriz es tal o cual!

Más tarde trabamos amistad. Era su mejor auditor. Me agradaban su frenetismo y el sublime acento con que modulaba las cosas habituales. ¡Todo resultábale oro puro! Sus majestuosos pensamientos contrastaban con su ves-

timenta miserable, con su cabellera híspera, su frente estrecha, su mirada desigual, sus mejillas historiadas y su boca grande y gruesa de labios. ¡Qué hacinamiento de oposiciones había en él! Su cuerpo enteco, algo cargado de espaldas, con las rodillas salientes, y su calzado roto y desmesurado eran una protesta viva contra su vocabulario reluciente.

Cuando reía era un tercer hombre. Reía con risa hipante, aflautada, espasmódica.

Vivía con una tía vieja, flacucha, a menudo irritada.

—Esos malditos libros te tienen así...! —decía constantemente.

Los malditos eran los de Vargas Vila. El cuarto de Albino Rocuant, aparte del camastro y tres o cuatro cajones vacíos, conteníalos en buen número. Estaban ya desencuadrados, con manchas cepias, azulejas, coloradas. Sus pulgares de brochista habíanle impreso su huella profesional. Debió leerlos en lo alto de las escalas, en su mísero lecho, en los bancos públicos. De ellos cogía la verba relampagueante y vesánica con que pasmaba a unos y hacía reír a otros.

En el Centro de Estudios Sociales, donde nos reuníamos un domingo y otro, más de algún chusco le preguntaba:

—¿Y cómo van esos mármoles de Grecia?

—No hablo con imbéciles e ignaros de m... —replicaba Rocuant. Volvía en el acto la espalda, se enfurecía y enfurruñado quedábase en cualquier rincón hasta que un compañero le proponía una discusión grave y vaga.

Cuando caminaba dentro de sus harapos,

con significativo paso, apretando entre las costillas y el brazo un libraco del ígneo Vargas Vila, y mirando bisojamente, uno lo remiraba porque, a pesar de su negligente presentación, tenía cierta importancia.

Aunque vegetaba en un ambiente de miseria y fealdad terribles, y por más que él mismo era feísimo y en su exterioridad calzaba con justicia en dicho medio, estaba en espíritu encumbrado.

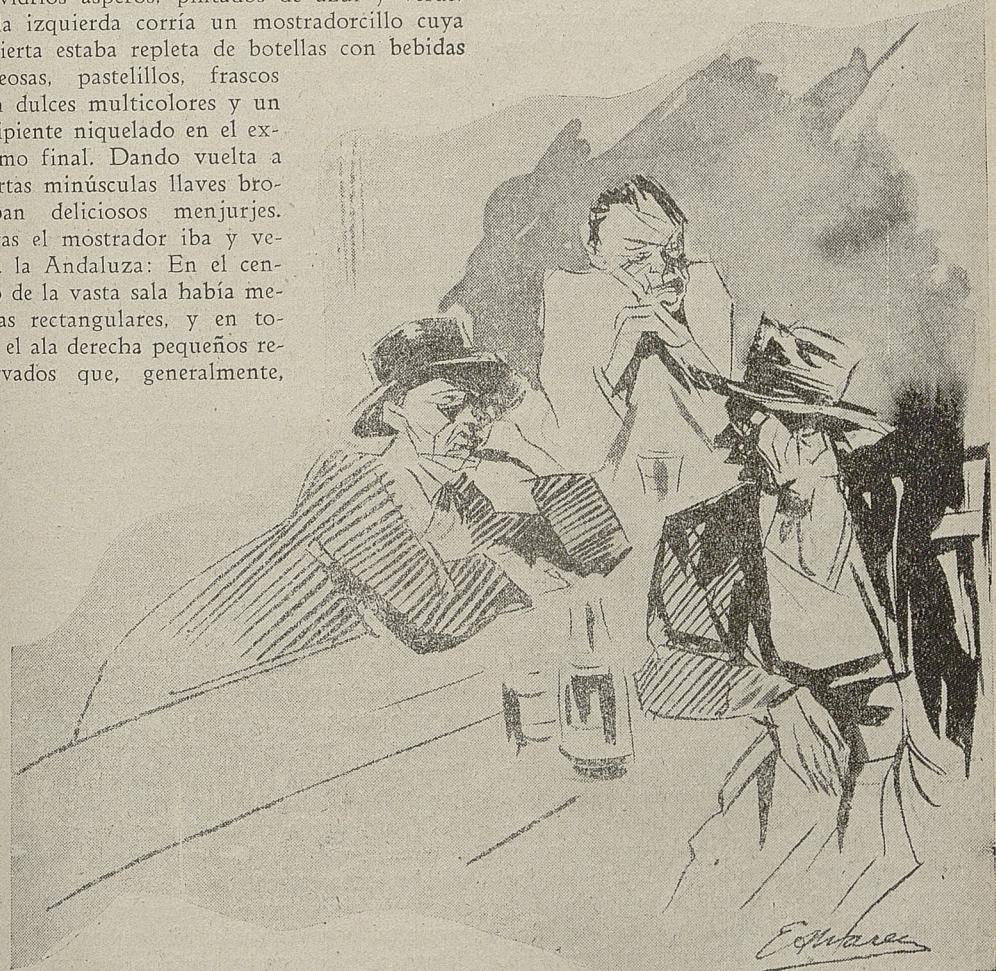
—Tú eres mi hermano de alma — solía decirme con frecuencia. — Eres joven. ¡El mundo te pertenece! ¡Te queda un cigarrillo? ¡Gracias camarada! ¡Hay que ser como los espartanos! ¡En ellos está la idea creatriz...

En esa parte su lenguaje hervía y sus manos pintorreadas trazaban en el aire humoso fugaces paráboles. Digo aire humoso porque sus monólogos solían producirse en el Café de la Andaluza. ¡Era ese Café la atracción del barrio Matadero! Se entraba por una mampara de vidrios ásperos, pintados de azul y verde. A la izquierda corría un mostradorcillo cuya cubierta estaba repleta de botellas con bebidas gaseosas, pastelillos, frascos con dulces multicolores y un recipiente niquelado en el extremo final. Dando vuelta a ciertas minúsculas llaves brotaban deliciosos menjurjes. Tras el mostrador iba y venía la Andaluza: En el centro de la vasta sala había mesitas rectangulares, y en toda el ala derecha pequeños reservados que, generalmente,

ocupaban las familias del contorno. Desde el fondo del salón copiaba el movimiento un inmenso espejo dorado, de luna biselada, con profusa y confusa agrupación de guirnaldas y amorcillos rollizos. Un espejo recargado y magnífico de los muchos que el pueblo robó en la revolución del 91.

Filas de oleografías decoraban lo alto de las paredes con cazadores de sombrero pequeño; damas immaculadas y galanes con una roldilla en tierra y el espadín entrambas manos; trineos que se deslizan sobre nevadas estepas y manadas de lobos hambrientos cercándolos; reyes petíos y reinas de porte real; turcas de atractivas caderas envueltas en velos diáfanos; naturalezas muertas; góndolas que se deslizan por canales azulados y comprimidos entre palacetes de fastuosa arquitectura.

De noche el Café bullía. Un piano automático babelizaba el ámbito. Las muchachas circulaban por entre las mesas con sus bandejas



—Tú eres mi hermano de alma, solía decirme

plateadas, trayendo y llevando tazas, botellas, platos con picarones, frutas, cafeteras. Con sus pantorrillas macizas y sus pechos bailantes iban y volvían dejando en el gentío un aliento vitalizador. Los parroquianos se conmovían y no había boca silenciosa ni mano quieta.

Pero el dueño del Café, don Jeromo, que era un viejecito vestido de invierno y verado con ropa de borlón café, contenía a los imponentes. Paseábase todo el tiempo en torno de las mesas, golpeando con levedad las espaldas de sus clientes y diciendo "no puee ser" cuando algo le desagradaba y "tiee gracia" en todas las demás circunstancias. Era muy derecho, muy calmoso, bajito, con el labio inferior surcado por la huella de la pipa. Comenzaba en una boina, también de borlón café, y terminaba en unos zapatos de grueso cuero. Llevaba siempre la mano izquierda dentro del bosillo.

Cuando algún jovenzuelo se extralimitaba en las palpaciones, lo que no ocurría a menudo, se le encaraba, erguíase y mostrando con la pipa donde estaba la puerta, lo increpaba:

—¡Salga usté! ¡Esta es una casa mū honrá...!

Y el pelafustán tenía que irse inmediatamente.

Mas, el Café, el viejo, las servidoras, los contertulios, no eran sino el marco de la Andaluza, de la joven que iba y venía tras el mostrador. Esa Andaluza que recibía el dinero y hacía girar la manivela de la caja registradora era la única hija del anciano fumador de pipa. Era hermosa y sagrada como esas doncellas de los cuadros antiguos.

Su cabellera de tono castaño oscurísimo, apenas ondeada, partía de la frente, en una masa, hasta la nuca, la nuca blanca y dorada, donde se bifurcaba en moños ovalados. Su frente de arco perfecto, blanca y marfileña, bajaba hasta las cejas finas y alargadas. Y velados por éstas abriáse los ojos sonrientes de un color a la vez negro y azul. ¡Las pestañas! Largas, encrespadas, sombrías. Luego la nariz recta de suave dibujo. Y las mejillas deliciosamente sonrosadas. Después su boca roja, roja, con sutiles comisuras henchidas de confidencias, que acaso tuvo la intención de musitar en la oreja de algún varón, pero que no llegó nunca a verter en palabras.

Esa Andaluza de tan noble faz, se perdía hacia abajo en un delantal oscuro, suelto, que nosotros veíamos desaparecer en la cintura cortada por el mostrador. Hablaba poquísimo y lo hacía con infantil seriedad. Con todos los parroquianos tenía la misma actitud respetuosa y expectante. Rocuant era una excepción. Rocuant solía hablarle cuando no había mucho público, con esa verba heroica y resplandecien-

te que él captaba de los libros demenciales de Vargas Vila.

—Hoy desperté al amanecer — así comenzaba su monólogo preferido — y ví cómo la aurora batía las sombras. Y la aurora me miraba desde la lejanía tal como Ud. me está mirando!

—Ya está con sus fantasías... — replicaba ella entre grave y sonriente. Y entre abría sus labios frescos y rojos y mostraba su dentadura igual y blanquíssima. Era un honor verla iluminada por la sonrisa.

Aunque sin asomo de sentimiento amoroso, le distinguía. ¿Simpatizábale su estafalario lenguaje? ¿Teníale commiseración? Cualquiera que fuese la causa lo cierto es que Albino Rocuant encontraba en ella una razón de felicidad.

Estábase en el Café horas y horas, ya sea leyendo el *Ibis* o dibujando letreros para el mismo establecimiento en los que anunciable: Hoy picarones o Chocolate, taza chica, 0.60 centavos; Albino hacía eso y mucho más porque le tenía a la Andaluza un amor extrangulado, sordo, que le permitía mirarla sin estafalismo. Pero se conocía y no sustentaba esperanza alguna. Era algo dulce y lejano.

A veces, mientras bebíamos café, sacaba de la cartera grasienda unas láminas resquebrajadas y grasiendas también.

—Mira bien — decía alargándome el fajo de papeles. Eran reproducciones de retratos antiguos. Despues de examinar las caras de las doncellas, todas muy hermosas e irreales, se las devolvía.

—¿No es verdad que ninguna puede comparársele? ¡No le llegan al talón! ¿Qué dices?

—Es así — le contestaba. Y él, que no aguardaba sino la confirmación de su juicio invariable, quedaba contento y sonreía para sí mismo durante un lapso.

Su pasión estaba un poco soterrada y procedía como esos maridos que aman a su mujer y admirán prácticamente a las demás. En las noches de los sábados hacía número ante la puerta del biógrafo, en un haz con la mocsería y las mujeres que allí concurren, atraídas por la luz y la banda. Era amistoso. A fuerza de palabra se conquistaba a las sirvientas cuarentonas y se perdía con alguna por las callejas penumbrosas. ¡El no era ningún vegetariano! Pero satisfecho ese afán volvía al Café. Y allí seguía rumiando su interna pasión.

Gran parte de la concurrencia masculina miraba amorosamente a la Andaluza. Iba más por verla vivir tras el mostrador que por consumir tal o cual bebida. Sin embargo, la Andaluza no demostraba preferencia alguna. Así producía la ilusión de ser la amada de todos.

Una noche la Andaluza no vino al Café. Este, por ese hecho único, parecía desierto. ¿Por qué no ha venido? ¿Acaso está enferma? Don Jeromo tampoco estaba allí. ¿Qué les pasaba? Ya tarde circuló de mesa en mesa la sorprendente nueva: ¡La Andaluza habíase matrimoniado en la mañana!

Rocuant que hablaba ardorosamente, quizás si para ahogar la inquietud que la ausencia de la Andaluza le producía, se calló de manera eléctrica. Y quedose un momento como hombre acabado.

En la mesa había varios obreros que se sorprendieron un tanto de ver al parlanchín Albino Rocuant así tan sin habla.

a risa. Resultaba imprevista, incomprensible. ¿Estaría loco?

Yo sabía que no lo estaba. Pero no quise comentarla. En ese momento Rocuant era tan desgraciado como todos los hombres en su respectiva hora.

No volvió

al Café al siguiente día
ni después.

El aprecio
que le tenía
me llevó a su
casa. No le
encontré . . .



Su tía que nunca me recibió sin gesto agrio, esta vez me ofreció asiento. Comprendí que deseaba hablar de su sobrino con alguien que le quisiese.

—Salió al trabajo muy temprano —díjome; — pero hasta ayer pasó encerrado en su cuarto. Creo que está más loco que nunca. El primer día no se levantó, no quiso almorzar ni me hizo caso. Se movía en la cama como un quirquincho y me parece haberlo oído llorar. Más tarde estuvo dejándose de lo lindo. ¿Serán los libros quienes le ponen así? Le tengo dicho que con esos papeles perderá el juicio . . . pero es contra nada. Le hablo y parece que le habla a un burro. Ya no sé qué hacerme . . . ¿Por qué no lo aconseja usted? El le tiene mucho cariño. Con esas palabras de que tiene llena la cabeza ¡tan rudas no? dice que Ud. es su hermano de . . . ¿cómo es? Es una palabra canuta. ¡Leseras de él! Casi no se le entiende . . . Cuando lee me da risa . . . Parece que las letras estuvieran en gringo . . . A mí no me importaría que tomara . . . y tuviera por ahí su entretenimiento . . . pero así como es no lo entiendo. A veces me dice unas palabras muy bonitas y como pone cara enojada pienso que deben ser retos . . . Para cura sólo le falta la sotana . . . Debe ser canuto . . . habla contra la religión. Le tengo dicho que con Dios no se puede jugar . . . El castiga sin dar palos. ¡Aconséjelo usted! ¡A quién habrá salido,

Mientras tanto el piano eléctrico invadía el silencio con el sonsonete de una pieza romántica. Las conversaciones se iban muriendo, y los acordes no contrastaban sino con el ruido áspero de las tazas y botellas que las servidoras depositaban en las mesas.

Mas, de repente Albino Rocuant se alzó de su asiento y vociferó:

—¡Qué estúpida es la humanidad!

Y sin otro agregado salió tranqueando del Café.

Esa frase de sentido general a varios movió

Dios mío! Su padre, mi hermano, era un buen carpintero... Tomaba sus copas. ¡Por qué no decir lo que es? ¡A mí no me gusta andar con santos tapados! Pero no le faltaba nunca el trabajo. ¡Y cumplía muy bien todas sus obligaciones! ¡Eso sí que nó! Caballeros de lo mejorcito andaban tras él para que les fueran a componer los muebles. En cambio... la madre... cuando le daba la zambada... era hasta de mala índole... La entregó muy luego... Ahora debe estar allá.—Y con su dedo de garabato la vieja mostraba el firmamento.

Fué en vano que buscarse a Rocuant porque no dí con él en parte alguna. Talvez lo cohíbia cierto sentido del ridículo y la certeza de que yo había adivinado su pasión.

Muchos días más tarde le hallé impensadamente en un café de la calle San Diego. Conversaba con el dueño, un judío inmenso venido de Rusia. El judío aunque parezca increíble, era un hombronazo ingenuo que oía con gusto las conversaciones, incluso las que no trataban de dinero.

Albino me recibió un poco receloso: parecía más flaco, su traje tenía mayor número de manchas y piquetes, y su cabellera quiscosa habíale crecido en exceso. Tenía delante de sí una taza vacía, en donde iba echando la ceniza del cigarrillo, el Zarathustra de Nietzsche y un cartón. Estaba bosquejando un lettero: *Té y Café a Toda Hora*.

Pedí una botella de cerveza y cuando estuve servido comenzamos a conversar. No le hice ninguna pregunta indiscreta. El me fué devolviendo su confianza.

—La idea creatriz está aquí — y dejó caer una mano sobre el libro. — El hombre solo, fuerte, sin prejuicios, que se va a la montaña... La ciudad queda a sus pies. El vive junto a las águilas!... — Y bizqueaba gravemente.

Entonces por una especie de inspiración, le propuse que nos fuésemos a vivir en un molino solitario, ubicado en la proximidad del ferrocarril de circunvalación.

—¡Gran idea! — exclamó con entusiasmo. En esa época yo era un joven desocupado. Pasaba mis horas leyendo novelas, andando por la ciudad y conversando en los cafées de la Avenida Matta. En realidad, escuchando.

Partimos en la mañana siguiente llevando un lío de cocaví.

¿Cómo supe la existencia del molino, quién me dijo que estaba abandonado? Nunca he podido recordarlo... Pero cuando pienso en él veo su impresionante fachada pintada de verde y las grandes y negras ventanas del piso segundo. En torno suyo un cerco de maleza aisláballo de la vía.

Anduvimos varias horas. El sol pegaba fuerte y el aire sin olor llenaba nuestros pulmones. Bajaba el terreno rodeado por la más árida soledad. Sólo escasos cardales interrumpían la gris y quebrada superficie.

Más tarde, hacia la izquierda, lejos, vimos deslizarse un canal bajo la sombra de unos sauces.

Cuando el sol comenzó a herirnos verticalmente ganamos la orilla del canal y, protegidos por la umbría, almorzamos como dos filósofos, es decir, bastante mal. Pero estábamos alegres y nos sentíamos ya ricos...

¿Por qué ese molino era el Molino del Diablo?

Los chacareros de la vecindad quisieron quemarlo una y otra vez para acabar con los terrors nocturnos que ellos mismos experimentaban. Más, los detuvo siempre un vago temor. Aunque el molino yacía abandonado, sentíanse de noche, fuera invierno o verano, gritos angustiosos. Veíanse luces fugitivas, sonaban los bastidores de las abiertas ventanas. Y tan sólo cuando el alba iluminaba las sombras volvía el silencio letal.

En víperas de la república perteneció el molino a un tal Illan de Javalquinto, español voluntarioso, realista ciego y católico empedernido. Vivía con tres ideas: la idea de la harina, la idea de Dios y la idea del Rey.

Apenas fué depuesto García Carrasco, abandonó por completo la idea de la harina. Circulábale la sangre a muchos kilómetros por hora. Iba sintiendo el frenético Illan de Javalquinto, con más premura cada vez, el maloso deseo de acabar con Bernardo O'Higgins, pero la casualidad no le permitió abrir su navaja. José Miguel Carrera se adueñó del gobierno, y su compañero de Junta, el clérigo Julián Uribe, hombre que sabía dar una bofetada cuando era preciso, que entendía la política y que leía en los corazones como en su propio breviario, hacínó a los españoles más irascibles y los echó al Perú.

Allí el molinero ingresó en las milicias del Virrey con el grado de capitán. Y volvió a Chile bajo la enteca sombra de don Casimiro Marcó del Pont, ese Marcó tan cruel, tan amante de sus trajes y tan poco viril en el minuto supremo.

Javalquinto durante dos años estuvo entre el cuartel y su molino. Y cuando San Martín cayó en avalancha sobre el llano, comprendió que Chile no volvería a ser tierra de reyes, y decidió salvarse.

Hizo cavar un hoyo profundo en el patio de su molino, enterró su caudal y dió muerte al sirviente que le ayudó, talvez para evitarle una tentación irresistible.

Todo fué inútil, porque, cuando estaba dando la última mano a su bagaje de fuga, una banda de republicanos voluntarios, de esos voluntarios que creen legítimo saquear a los vencidos, entró en su molino y lo despachó de un solo tiro.

Desde entonces es el Molino del Diablo, y, por más que ha tenido sucesivos e innumerables dueños, sus grandes aspas de palo apenas han girado. Animas sensibles pero invisibles lo han enmarañado. El vecindario lo evita y los vagabundos solamente traspasan su desquiciado portalón.

Ibamos dispuestos a quedarnos allí. Nos impulsaba cierto apetito de misterio. Viviríamos según la naturaleza y podríamos, circundados por la reconfortante soledad entregarnos a labores de pura índole espiritual.

—Iré pronto a traer mis chimilicos — decía Rocuant mientras caminaba con su paso heroico. — ¡Claro es que mi tía no querrá vernos! ¡Es tan ignara la pobre!

También estaba en nuestros cálculos remover la tierra del patio. Si encontrábamos la cajuela con onzas de oro, realizaríamos el ideal más amado por los economistas de todos los tiempos: hacer circular los capitales empozados y muertos.

El terreno reseco y dorado por el sol, desde que comenzamos a separarnos de la ferrovía, se fué animando con mil verdes reventones: pequeños prados, reuniones de árboles, manchas de musgo, paredes de zarzamora.

La verdura es el mensaje del agua.

Arriba, en donde los árboles son puro cielo, las diucas cantaban.

Nos esperaba el molino más allá del bosquecillo de eucaliptus. Pero nos solicitó la melodía de un raro instrumento. ¿Quién podía tocarlo si el contorno estaba solitario?

Esta nueva sensación del molino nos hubiese parecido lógica en cualquiera de las horas nocturnas, dada su fama fantasmagórica, pero a plena luz nos indicaba que tras el sonido había un hombre. Y aquí cabe preguntarse: ¿Qué hombre podía estar entregado a tan emotiva función? Porque un chileno, aunque sea pastor, es demasiado seco para recrear su soledad con melodías de flauta.

Era ese nuestro pensamiento. Y mientras así pensábamos se nos apareció el molino.

El molino legendario, adusto y verde, a pesar de su leyenda fatídica, lo comprobamos cuando estuvimos junto a él, estaba a merced de una tribu gitana. Las mujeres, esbeltas, cobrizas, vestidas de carnaval, realizaban sus mestezos hablando alto y en un idioma de puras consonantes.

Y los muy canallas de gitanos, elásticos y bigotudos, trenzaban esteras, forjaban braseros y educaban perros. Uno de esos badulaques, sentado entre unas matas, era quién hacía sonar una flauta de caña.

Mi desconcierto fué grande. Sentí un abatimiento profundo que relajó mi ánimo y me dejó en un estado de absoluta laxitud. Parecíame que hasta ese minuto había sido rico y que inesperada y súbitamente caía en la pobreza. Así pensando habíame desentendido de mi compañero de aventura.

Rocuant miraba con los ojos encendidos la insondable y verde fachada del molino. Me le acerqué. Entonces volvióse a mí. Había en sus pupilas desesperación y tristeza. Luego dejó caer su cabeza sobre el pecho y profirió esta frase:

—¡Ah, raza de perros!

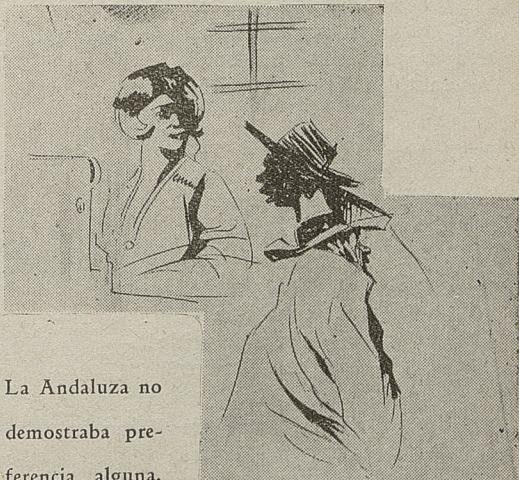
Y con paso abatido echó a andar rumbo al este. Esta determinación me alarmó porque lo natural era que desandásemos el camino para regresar a Santiago.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? — le grité, tratando al mismo tiempo de asirlo por un brazo.

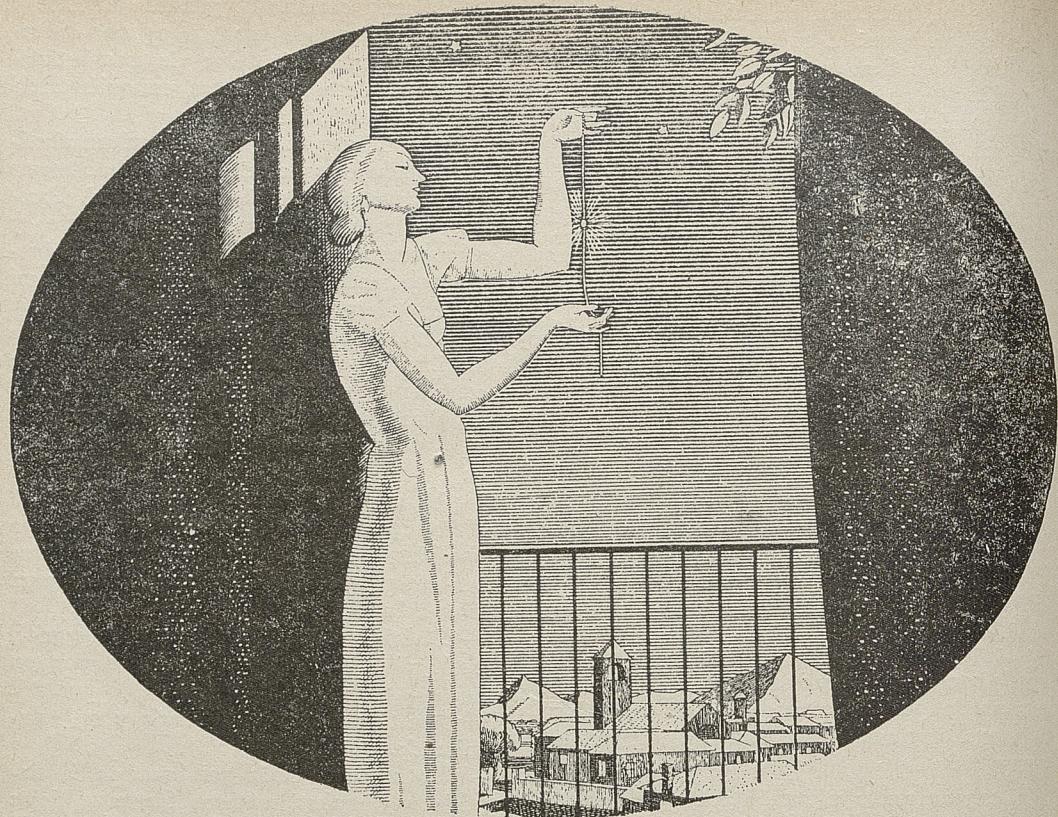
Me apartó con alguna violencia y me estuvo mirando.

—¡Yo no tengo nada que hacer en Santiago! Me voy, quiero sentirme fuerte... lejos del bullicio y de la gente ig... estúpida. El hombre solo... mi sitio está allá. — Su allá era la línea lejana y azulada de la montaña. Y quiso irse, pero volvió, hurgó en sus bolsillos y sacando unos papeles impresos me los dió, con este agregado:

(Termina Pág. 28)



La Andaluza no demostraba preferencia alguna.



EL CANTICO

Poema de JORGE GONZALEZ B.

Tu adolescencia perfumada
de gracia, es una canción
en la que yerra aprisionada
la santidad de una oración.

En ella va la pura esencia
de lo más puro de la luz;
va rediviva la influencia
de las palabras de Jesús.

Se piensa en las alas en vuelo
en el viento fecundador,
en la espiga — hija del cielo! —
en el sol — padre del amor!

En el vellón blanco de la oveja,
en la yema virgen del rosal,
en las rosas blancas de la reja,
en las mieles rubias del panal.

En el ansia eterna de la sierra,
— novia de perenne juventud! —
en el llamamiento de la tierra
recogida en santa beatitud!

Lirio de los valles de la vida
llama inextinguible de pasión,
agua de milagros florecida,
óleo de suprema redención.

Sombra que se ofrece en el camino,
báculo que ayuda en el andar,
cántaro que cumple su destino,
seno providente como el mar!

Vienes en el tiempo caminando,
vienes en la angustia y el placer,
dándote — muriendo o adorando —
sin que se mitigue tu poder.

Los más viejos bosques milenarios
guardan el recuerdo de tu aduar,
y tus incansables dromedarios
cruzan el desierto sin cesar.

Tus más viejas, frágiles quimeras
rondan en los sones de un violín...
Por los mares llevan las galeras
oro y mirra para tu festín.

En la noche de la vida fuiste
sobre sus colinas claridad;
y ante los altares te ofreciste
con el ansia de la eternidad.

Bajo los follajes argentinos
dabas leche al hijo de tu amor:
tus cabellos eran ya divinos
como las estrellas y el dolor!

Eran ya tus ojos las ventanas
de donde partían al zafir
encendidas flechas meridianas
con el mal bendito de vivir.

Era ya tu boca la fragante
fuente de ambrosías y de miel:
el deseo triste y ululante
era el mismo trágico lebrel.

Vas por la campiña florecida
con las manos blancas de virtud,
como un signo eterno de la vida
pleno de armoniosa juventud.

En cada corola te renuevas,
brillas en cada onda de cristal;
las Hepatías vírgenes, las Evas
pecadoras, sufren de tu mal.

Y cuando el recuerdo te obsesiona
en la subconciencia de tu ser,
como un prodigo te corona
la luz del más viejo amanecer.

Y surge en tu espíritu el paisaje
de la vida, lenta en caminar:
labrador o reina vas de viaje
y no se ve término a tu andar.

Pero te detienes, te detienes,
agitada de íntimo temblor;
sobre la aureola de tus sienes
pasa, lacerándote, un dolor...

Tiendes insegura la mirada,
ávida escrutando el porvenir.
A tus plantas llega una cansada
caravana, triste de vivir.

Te trae su ofrenda de ternura.
te pide que alientes su anhelar:
que seas alivio en la amargura,
faro luminoso sobre el mar.

Yérguete, divina y penserosa,
cíñete tu rama de laurel,
rige con tu mano poderosa
entre las mareas, su bajel.

Rige las tormentas, las angustias,
alza en grandes llamas tu oración!
y las frentes lívidas y mustias
purifica con tu corazón!

Jorge González B.



¿COMO ORIENTAR LA ENSEÑANZA

Como no es posible recoger en estas páginas todas las opiniones que deberían aparecer hoy sobre encuesta tan interesante, "Lecturas" invita a todos los artistas chilenos a que envíen sus ideas y hagan luz sobre el viejo y discutido problema de la mejor orientación de la enseñanza de Bellas Artes en nuestro país.

OPINA EL MAESTRO DON JUAN FRANCISCO GONZALEZ

Me pregunta "Lecturas" ¿cómo debe orientarse la enseñanza de Bellas Artes?

—Ya van muchas veces que he escrito y hablado sobre ese tema y nada por eso, se ha conseguido.

Crean Uds. que sería oportuno o eficaz didactizar otra vez sobre esa materia?

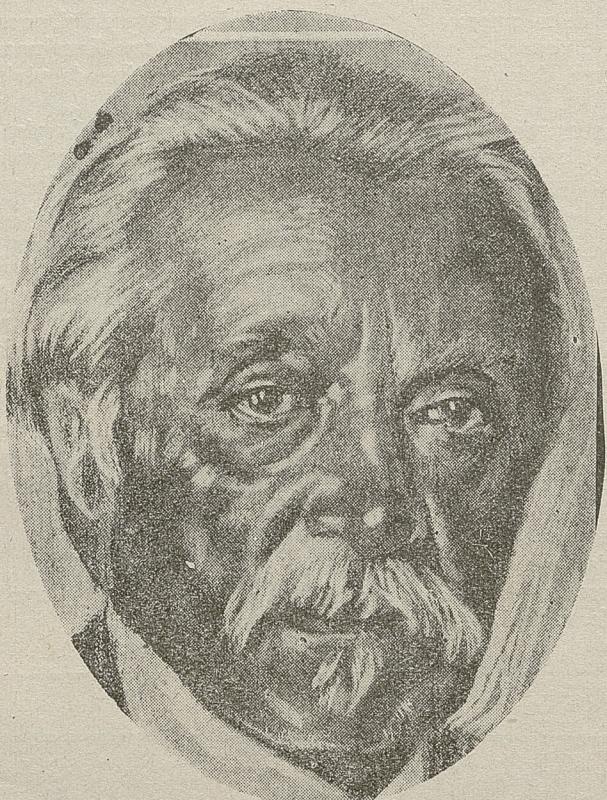
Pues yo estimo que nada mejor se hará, porque nunca se toma en cuenta a los que saben de los problemas de las cosas sino a los que las ignoran.

Los dirigentes se inspiran siempre en consejo de comadres para legislar en toda materia.

A qué, pues, pedir opiniones que nadie sigue?

No hace mucho se me hizo el honor de tomar parte en un conflicto de Bellas Artes; dí honradamente un informe que ni siquiera se leyó, resolviéndose muy otra cosa al pie de tal informe.

La Escuela de Bellas Artes es una enferma de nacimiento, y sobran facultativos que desean curarla, pero siempre obtienen resultados negativos porque no conocen los hondos males de la enferma.



JUAN FRANCISCO GONZALEZ

con lo que se produce al otro lado del Atlántico, hemos llegado, salvo raras excepciones, a ser imitadores y malos imitadores.

El arte no se enseña, viene con el individuo y da sus frutos ineluctablemente bajo cualquier circunstancia. Un artista no se improvisa ni se le forja en determinados moldes. Las técnicas no se enseñan; son el producto de una larga vida, son la propia experiencia del artista.

DE BELLAS ARTES EN CHILE?

Creo que para orientar mejor la enseñanza de Bellas Artes tendrá que basarse el nuevo rumbo en principios de comunidad. Los talleres libres y la cooperación honrada podrían dar mejores frutos. No creo que el arte admite disciplinas docentes. Nunca florecieron bajo el imperio de normas determinadas los grandes artistas. Por eso fueron maestros. Y como el arte es una sublime aspiración espiritual, una honda inconformidad y no una fuerza especulativa, de ahí que, cualquier sistema de enseñanza que trate de aprisionarlo, fracasará. No creo en los temperamentos aislados y sólo concibo el desarrollo del arte mediante el trabajo común.

Creo que las Bellas Artes no prosperan a quiénes, además de las razones anotadas, por el problema económico, pues los que poseen sensibilidad artística, generalmente se ven compelidos a desempeñar otras actividades que son incompatibles a la concentración creadora.

LO QUE PIENSA ARMANDO LIRA

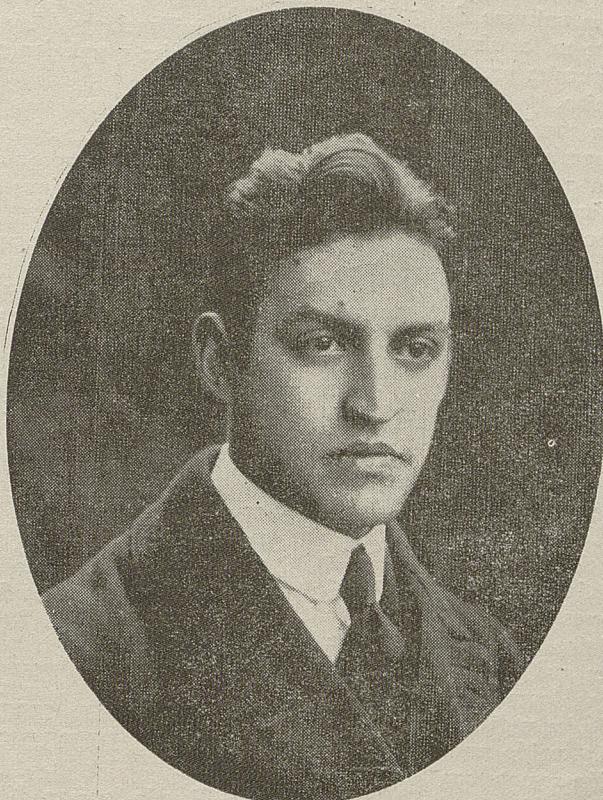
— A esta encuesta voy a contestar haciendo previas reflexiones a fin de fundamentar los principios constructivos que a mi juicio deben contener los estudios de las artes plásticas en toda nación culta.

En ciertos períodos pictóricos se ha creído que el arte plástico es aquella habilidad manual que permite con paciencia y en forma servil y sistemática reproducir con fidelidad todo lo que nos rodea. Las escuelas y los artistas que han trabajado al amparo de esta tendencia no han alcanzado más allá de la impresión personal frente al mundo objetivo y para ellos creó alguien esta definición, que no alcanza, por cierto, al contenido y significación del arte universal: "arte es la naturaleza vista a través de un temperamento".

Esta tendencia que analizo, con definición y todo, reconozco que tiene la ventaja de ser muy popular; y lo es por su mismo contenido de vulgaridad que la anima. Ella halaga al público, y en general, a todo espectador que prefiere la descripción y la escena al lirismo y a la autenticidad patética del mundo y las cosas cuando son transmutadas en elementos plásticos puros.

Ahora bien, frente a esta tendencia que acabamos de perfilar, ajena a toda acción creadora y desnuda de toda intención filosófica, la historia del arte nos muestra otras épocas en las que se debaten problemas mucho más complejos y que llegan sólo al espectador culto o al que vive dentro de los dominios de la creación artística.

Se señalan como tales: el arte clásico en general, el arte del Renacimiento, de los impresionistas y neo-impresionistas y en épocas más remotas el arte egipcio, el arte bizantino y el gótico. Esta misma tendencia es la que anima al arte contemporáneo; porque si bien es cierto que quien mire una tela de Utrillo, de Cezanne, de Matisse, etc., se da cuenta inmediatamente de que está en presencia de un nuevo estilo, no es menos cierto que reconoce en la parte estructural de este estilo los mismos principios clásicos y las mismas elementales equivalencias del arte egipcio, del arte bizantino, del arte gótico. Naturalmente



ARMANDO LIRA

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

que en el arte de hoy el espectador puede constatar un vigor nuevo que nace de la dinámica y que concuerda con el deseo de expresión de la época.

¿Cuál debe ser entonces la orientación de los estudios de bellas artes? Después de estas reflexiones necesarias para fundamentar mi juicio, afirmo que esa orientación no debe ser otra que la de regresar a las fuentes artísticas que nos han legado las culturas del pasado, sin detenerse únicamente en los símbolos de la Mitología Griega a los cuales presta único interés el estudio académico.

Hay que despojar la enseñanza artística de las fórmulas trilladas por los artistas académicos, quienes no aceptan otro arte que el de la representación fotográfica de las cosas, un arte desnudo de toda revelación y desvinculado del ambiente.

La actividad en cualquiera escuela de arte de una nación culta comprende una comprensión amplia de la obra de arte y del método para producirla, sea como producto individual del hombre creador o como conjunto de aspiraciones de un grupo selecto de artistas para afirmar una escuela; en los dos casos esta actividad debe partir de los elementos plásticos universales que aparecen subordinados por una ciencia constructiva.

La reacción contra el estudio de "estilo académico", se ha iniciado en Chile con vigor por los jóvenes maestros. Ellos en cada plantel de educación artística activan con sinceridad la pasión creadora que restituye las virtudes plásticas y así han logrado expulsar victoriamente de la cátedra y del salón el estilo "pompier" que no ha tenido nunca justificación posible ni relación remota con los verdaderos basamentos del arte.

DICE ENRIQUE MOSELLA

No se forma artistas enseñándoles la manera de hacer arte por medio de fórmulas o recetas. El artista nace y es producto de una cultura.

Nuestro país no posee una cultura propia; aquí no se ha creado ni inventado ni las agujas. No tenemos tradición ni vestigios de antiguas civilizaciones como otros pueblos de indo-américa, nuestro núcleo es apéndice de razas de Europa, y naturalmente estamos más cerca y vibrámos con su evolución.

El desarrollo de las artes plásticas en Chile depende del grado de cultura de nuestros gobernantes. Si el medio es estrecho, si se posterga a los verdaderos artistas, se les colocan en un nivel inferior y no se les estimula, desaparecerán.

Necesitamos ambiente, aquí no lo hay. Sólo la Escuela de Artes Plásticas con sus Talleres Libres de Investigación Artística, donde se especula colectivamente y en forma individual. Estos Talleres están en embrión, falta la ayuda efectiva de las autoridades educacionales.

Los Cursos de Iniciación de la Sección Academia, donde los alumnos se compenetran en la misión grandiosa del arte en todas sus manifestaciones, el aporte inmenso a través de todas las civilizaciones. Asimilan los alumnos cultura artística y trabajan guiados por el profesor.

Influencias?

Naturalmente. Pero el que lleva dentro un verdadero artista las aprovecha, poniéndolas al servicio de su propia investigación. Así siempre serán beneficiosas.

La cultura ayuda y complementa el criterio artístico, y éste a la obra que realizará maduro. El arte no se improvisa, ni es producto individual. No habría habido Renacimiento sin los primitivos.

Tenemos la Escuela de Artes Decorativas o aplicadas; se desenvuelve bien, hay ambiente de colmena, dinamismo y camaradería. Sus resultados han sido una sorpresa para el público culto, y en especial para las propias autoridades.

Problemas?

Desgraciadamente, pero tendrá que resolverse la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile.

¿CONOCE USTED 20, 50 PERSONAS?

Puede ganar fácilmente de \$ 6 a \$ 20 diarios.

Estudiantes en vacaciones, jóvenes, señoritas, empleados, pueden aprovechar sus horas desocupadas y ganar una buena cantidad de

DINERO EXTRA

Pida detalles de esta oferta, adjuntando \$ 1.— en estampillas de correo a:

EMPRESA LETRAS
Casilla 3327 -:- Santiago

NAUFRAGIO EN AUTOMOVIL

CUENTO POR

JUAN CARLOS DAVALOS

EL 21 de abril a la cinco de la tarde partía para Salta, desde su casa de San Lorenzo, el profesor Pangalos, director de cierto Liceo incorporado al Nacional. Su esposa, doña Lina Colonna, lo despidió, como todas las tardes con las palabras cariñosas que las mujeres de corazón hallan siempre para los maridos ejemplares en las partidas cotidianas. Cuandos ambos cónyuges, como en este caso, se aman de veras y son personas sencillas — no mimadas por la fortuna o el éxito, — las separaciones diarias a que obliga el trabajo suelen estar exentas de la sentimental inquietud con que los simples mortales temen las contingencias del vivir:

—¡Vuelve pronto, vuelve temprano! —había dicho al profesor la señora, mientras él besaba al nene que la madre sostenía en brazos. Junto a las polleras de doña Lina otros tres párvulos escalonados en edad desde los tres a los seis años, presenciaban la partida. El viejo auto arrancó sonando con rezongo de tostadora, pronto corrió en tercera y antes de doblar la curva que iba a ocultarlo, el profesor volvió la cabeza y con la mano hizo señas de “hasta luego”.

Prometíase volver pronto, con los tres hijos suyos que cada tarde lo esperaban en el colegio de la ciudad. Tres cachafaces llenos de inconsciente osadía, tres otros peldaños de la escala doméstica medio pupilos en los grados segundo, cuarto y quinto; en fin, ocho, diez y doce años y en este orden llamados Jaime, Baica y Arturo.

En una época en que la poltronería y el lujo se generalizan hasta volverse endémicos, el profesor Pangalos hace propuesto con la aquiescencia de Lina Colonna, vivir en el cam-

po y educar a sus hijos, todos varones, según cánones rústicos para que la simplicidad de corazón y la fortaleza física los escuden contra el pernicioso urbanismo de las actuales generaciones. Consecuente con estos principios de pedagogía brava, piensa Pangalos que no es poca cosa haber conseguido que sus chicos asistan al colegio pobemente vestidos calzados con alpargatas, cuandos los hijos de las familias más humildes creen indecoroso usar zapatos ordinarios. Un día, Jaime, el más pequeño habiéndose lastimado un pie, quiso ir descalzo al colegio y así lo llevó su padre, satisfecho de la eficacia de su sistema. “Sólo una cosa es necesaria, hijos míos, — suele repetir en tono dogmático el profesor: — la rectitud de conducta”.

Muchas comodidades superfluas afeminan, aflojan la voluntad, debilitan la salud y por lo tanto, la familia Pangalos duerme en tarimas, se levanta con el sol, se lava la cara en la acequia — no en lavatorio — y se maneja diariamente en casa como un pelotón de soldados en campaña. Fuera del colegio, una libertad selvática es la norma de estas felices criaturas que a fuerza de vagar por los campos, en las horas vacantes, aprendieron a nadar y zambullir, subir a los árboles, jinetear caballos en pelo, acertar certeras pedradas, luchar a puñetazos, caminar cabeza abajo, sobre las manos, escalar precipicios y volantejar automóviles.

Aquella tarde, mientras la carrandanga del profesor salva a través de las lomas, los catorce kilómetros que separan San Lorenzo de Salta, sobre las montañas del Noroeste, se prepara una tormenta. Sumido en cavilaciones de orden económico — ¡y qué modesto pe-

dagogo no las tiene? — Pangalos no ha podido ver los nublados que a sus espaldas van rápidamente tapando los cerros y se interna en la ciudad, donde varios menudos y urgentes encargos de su señora le distraen el resto de la tarde. Llega al colegio en momentos en que las luces de las calles comienzan a encenderse. Caen ya gruesas gotas, sopla fuerte viento y truena a lo lejos.. A la puerta están desde hace rato los chicos, en compañía de un invitado, el pequeño Dick Pangalos, que irá a pasar la noche en San Lorenzo, en compañía de sus primos.

—¡Hola, papá! Dick va con nosotros.

—Pero tiene permiso de sus padres?

Los padres de Dick viven lejos, a una hora de tren, pero el último convoy ha partido; y el niño advierte, con su vocecita tierna:

—No tío. El tren me dejó y no puedo quedarme a dormir en el colegio, porque no hay cama.

—Bueno, atriba muchachos. Ahí tienen un poncho y tápense, que llueve.

En el asiento trasero del doble faetón se apeñusan los cuatro barrabases y el profesor parte a toda máquina. No bien salen a las afueras de la ciudad y suben el camino de las lomas advierten que en los cerros de San Lorenzo arrecia la tormenta. Hacia ella se aproximan velozmente y a medida que avanzan, ya entrada la noche, la lívida luz de los relámpagos los deslumbra, el viento contrario brama y los chubascos intermitentes los envuelven en remolinos de lluvia. Los chicos se contagian del loco dinamismo de los elementos y acogen con desbordante alegría la aventura. Despues de cada fogonazo, sacan las cabezas de bajo del poncho y prorrumpen en carcajadas.

—Papá — grita el mayor, mientras retumba el trueno, — ¡y si cayera un rayo sobre el automóvil!

—Nos mataría de golpe y no sabríamos que hemos muerto.

—Claro, no nos daría tiempo, ¿verdad?

—¡Cómo llueve, papá! Mira, los arroyos están creciendo. ¡Cuánta agua en las alcantarillas del camino!

—Papá, ¡el río de San Lorenzo habrá crecido también?

—Eso es posible — murmura el profesor, y los muchachos en plena chacota, se apelotonan, se hacen cosquillas, se dan de mojicones bajo el poncho, y se demandan:

—¡Papá, Jaime me está pegando!

—No soy yo, papá, es Dick.

—¡Papá, velo al fiato! ¡Me pegó una patada en la barriga!

—¡Quietos, demonios o los dejo en el camino!

Entre tanto, Pangalos acelera la marcha cuanto puede. Esta maldita tormenta — piensa — resabio tardío de los chubascos del verano, acaso provoque una súbita creciente del río San Lorenzo. ¡Hay que llegar antes que ella!

Ese río San Lorenzo, seco la mayor parte del año, suele dar serios disgustos a los veraneantes, pues en la estación de las lluvias vuélvese bramador torrente, que arrastra valle abajo increíbles caudales de agua, lodo y piedras.

Y ya están nuestros viajeros en la margen izquierda del río, a pocos pasos de un campamento de peones que en esos días ocúpase de arreglar el camino. A tal hora los obreros reposan, después de la merienda, las carpas fueron cerradas a causa de la lluvia y con los truenos y el ruido de la creciente llega el automóvil sin ser notado por alma viviente. Detiéñese a pocos metros del vado. El profesor desciende y a favor de los relámpagos se hace cargo de la situación: el río está a todo crecer. No hay menos de una cuadra de aguas turbias, inundando la playa poco antes seca. ¿Qué hacer? Preciso es decidirse al punto, Pangalos no conoce la prudencia, esa parsimonia del salteño viejo que al llegar a un torrente y encontrarlo "mucho", exclamó:

*Río formidable,
cuán crecido vas,
tírote una piedra,
vuélvome p'atrás!*

Más discreto fuera volverse a la ciudad, pero más humano ahorrarle a doña Lina Colonna una mala noche, pue la pobre señora, que esperaba a sus hijos aquella tarde, a estas horas estaría divisando con angustia, en medio de la tormenta, los faros del automóvil ridículamente atajado por una creciente intempestiva y a lo mejor no tan importante.

—Habrá a lo sumo medio metro de agua en la parte más honda — dijo el profesor.

—¡Vas a pasar, papacito?

—Vamos a pasar muchachos.

Un murmullo de aprobación salió del infantil corrillo que ya pregustaba el sabroso cariz de una atropellada victoriosa.

—¡Se largó no más! — exclamó Arturo, batiendo palmas. — El rey del camino!

Y se zamparon. No bien las ruedas delanteras tocaron el agua un relámpago permitió ver, a unos cien metros adelante sobre el vado mismo, la capota de un Ford que sobre-

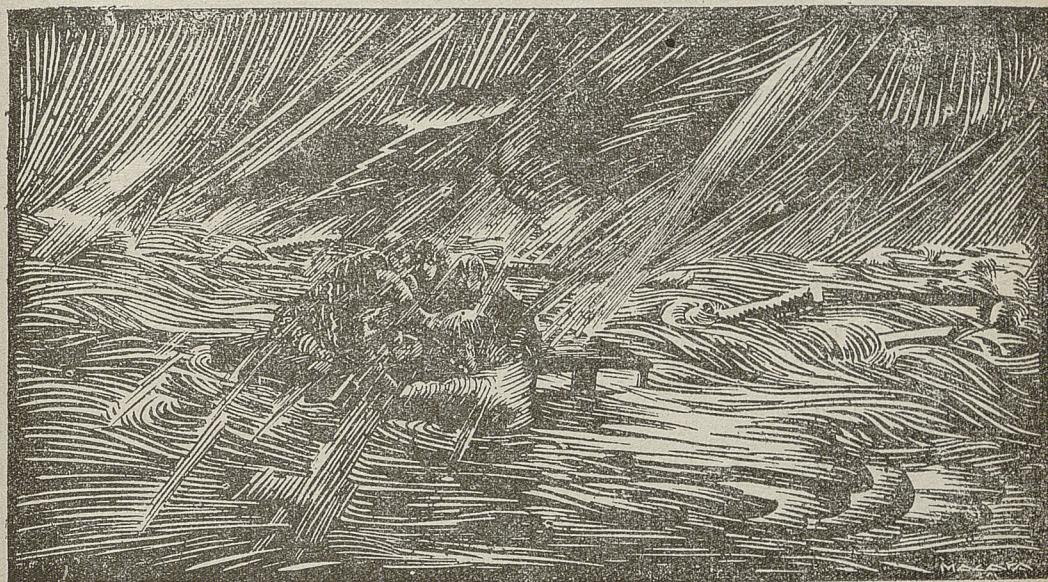
salía dos palmos de agua. En ese instante aún había tiempo de dar marcha atrás; pero Pangalos, en su insensato optimismo, supuso que el "chofer" de aquel coche, por inexperiencia o torpeza, hubiese errado los pasos que el profesor prometía sortear volando. Su temeraria confianza en sí mismo lo empujó hacia el arroyo. "¡El rey del camino", puesto en primera, bramó acelerado, avanzó unos metros y se hundió en la corriente! Callóse el motor, cegaronse los faros, la dirección se entorpeció y Pangalos, sentado en su puesto, sintió como un baño medicinal, que el agua maloliente le

los muchachos, aturdidos por el percance no cayesen al río. Del lado de Salta diez o doce metros de correntada furiosa los separaban de la orilla; del lado de S. Lorenzo, a cinco o seis metros, distinguió la barranca de un islote sobresaliendo del nivel no más de un palmo; y más allá, cientos y tantos metros de aguas revueltas y bramadoras.

—Tengo frío, papacito — decía el pequeño Jaime sollozando y dando diente con diente.

—Yo también tengo frío, papá — murmuró Baica.

En realidad, los cuatro muchachos estaban



Asidos a la capota del automóvil veían crecer el temporal

llegaba al pescuezo. Mientras se incorporaba y se lanzaba afuera:

—¡Las puertas! ¡Abrir las puertas! — gritó.

Los muchachos obedecieron, abrieron las puertas y el torrente pasó a través del coche naufragio. Aquella maniobra lo estabilizó un tanto, pues en el primer momento la tremenda presión lateral del agua sobre la carrocería estuvo a punto de darlo vuelta. Los chicos se pararon por instinto sobre el asiento, pero no bastó. El agua subía, subía y el profesor tuvo que sacar a los chicos uno por uno y treparlos encima de la capota. En medio de las tinieblas a cada nuevo relámpago, Pangalos veía que la creciente aumentaba en forma peligrosa. Manteníase de pie con el agua al pecho, cuan alto era: tenía un metro ochenta de estatura. Parado en el lecho del torrente y con los brazos abiertos en actitud protectora, cuidaba de que

hechos sopa, y con el frío de la noche sentíanse ateridos. Arturo, el mayorcito, callaba pero parecía resignado a su suerte.

—Tú, Arturo, encárgate de Dick, ten cuidado; no vaya a llevárselo la corriente. Si alguno de ustedes cae y se aturde, se ahogará sin remedio. No hay que abatatarse, amigos. Si el río sigue creciendo, si el agua sube por encima de la capota, si el auto se vuelca estamos perdidos, ¡y habrá que prepararse a nadar o a morir! En todo caso, hay que dejarse llevar por el agua para que no los golpeen las piedras y poco a poco tratar de salir a la orilla. Por uno y otro flanco del reparo formado por el coche, pasan a cada rato arbustos a la deriva... A lo lejos tronaba en las montañas y los relámpagos alumbraban los árboles azotados por la borrasca.

—¡Sólo Dios puede salvarnos! — dijo el profesor Pangalos quitándose el sombrero. Los

cuatro chiquillos, descubiertas las inocentes cabezas con las caras pálidas, se persignaron en silencio. Ya entonces ninguno lloraba.

En esto, el profesor notó que el auto temblaba entero, a punto de volcarse:

—Bueno, muchachos — dijo, — intentaré salvar primero a dos, y si logro salir a la orilla, volveré por los otros. Arturo, quédate tú con Dick y esperáme. Si después que nosotros nos largamos el auto se vuelca, tú, que sabes nadar, abrázalo a Dick y no lo sueltes!

—¡Eso es, papá!

—Pero mientras el auto no se vuelque, no se muevan de la capota.

—¡Muy bien, papá!

Quitóse el cinturón de cuero, lo enganchó en el de su primo y cerró la hebilla.

—Yo también sé nadar, tío — dijo Dick, afirmando su voluntad de vivir.

Entonces el padre se apoderó de los dos chicos más asustados. Con la derecha abrazó a Baica, a Jaime con la izquierda; dió la espalda a la creciente y con infinita cautela comenzó a deslizarse de flanco hacia el islote, pisando en el movedizo lecho del torrente, que por el fondo arrastraba pedrones tumbadores. Uno de ellos al chocar con una pierna de Pangalos lo arrojó de espaldas; el trío de naufragos zambulló de golpe, y la violencia de la caída fué tal, que el pequeño Jaime, zafándose del brazo paterno, se marchó solo, como marlo por acequia. La angustia del profesor fué mortal, incorporándose y gritó:

—¡Tírate a la orilla, tírate a la orilla, Jaime!

Volvió a caer, dió unas vueltas sobre sí mismo y llegó a la barranca con Baica en los brazos.

—¡Salió a la orilla, papá! — gritó Arturo, que desde la capota del auto aguardaba el fin.

—¡Aquí estoy, papacito!

El chiquillo, aterrorizado, lloraba. Pangalos llegó a él corriendo, lo palpó:

—¡Te has golpeado?

—Sí, papá.

—¿Estás sano?

—¡Sano, papá!

—No llores, entonces. Como sabes nadar, te has salvado.

—¿Y Dick y Arturo? — preguntaron a una voz Baica y Jaime.

—Ahora hay que salvarlos a ellos. En esta isla, por ahora, ustedes no corren peligro. Esperen.

Iba a arrojarse de nuevo al agua, para llegar al automóvil, cuando distinguió en la orilla del lado de Salta, un grupo de peones, la luz de un auto y una linterna. Vió que un criollo a caballo se lanzaba al río, para salvar a los chicos. El jinete, con el agua a las ancas del caballo, atracó junto al coche. Arturo saltó a la grupa y Dick se prendió a dos manos de un brazo del hombre.

Aquella noche los peones hospedaron a los pequeños naufragos en su campamento, les proporcionaron abrigo, camas y ropa seca. Despues el animoso salvador repasó el río alzó en su caballo a Baica y a Jaime y los condujo hasta la casa paterna. Luego, el profesor Pangalos, solo, abrumado por su negra estrella acabó de pasar el río a pie y llegó a su casa. Encontró a doña Lina Colonna — sacerdote del término de la aventura — ya un tanto calmada y le dijo:

—Abrázame. ¡Haz cuenta que hemos resucitado!

—Pero, ¿por qué pasaste? ¿Por que no se fueron a dormir a Salta?

—Los chicos y yo teníamos que comer contigo esta noche. ¡Qué quieras! ¡Por volver a verte, yo hubiera pasado el Aqueronte!

—¡Ah, farsante! ¡Cuándo vas a ser más formal? Al reírte de mí, te ríes de ti mismo. ¡Cuándo vas a tomar la vida en serio?

—¡La vida! — respondió el profesor quitándose las botas llenas de agua, — me gusta como juego peligroso. ¡Tomarla en serio es más sensato, pero también mucho más aburrido!

ALBINO ROCUANT

(Viene de la Pág. 19)

—Tómalo tú... A mi ¿para qué me sirven?

Se fué con pasos resueltos y la cabeza muy erguida. Sentíase que su actitud externa en nada concordaba con el estado de su ánimo.

Lo miraba irse. Después de algún trecho sacó un pañuelo...

Durante un rato permanecí junto al molino, inágnime. Rocuant apenas se divisaba, no tenía ningún medio de hacerlo volver, me atormentaba la zozobra. ¿Llevaría un funesto propósito?

¿Qué haría si por ejemplo se suicidara? ¿Me volvería? ¿Debía seguir sus pasos? ¿Iría al reten de policía? ¿Daría aviso a su vieja pariente? Sentíame, de cierta manera, determinador de su suerte.

Estaban en mis manos sus papeles. Eran aquellas láminas resquebrajadas y grasiencias que, en otra ocasión, solía mostrarme para hacer resaltar la belleza de la Andaluza.

Regresé desalentado.

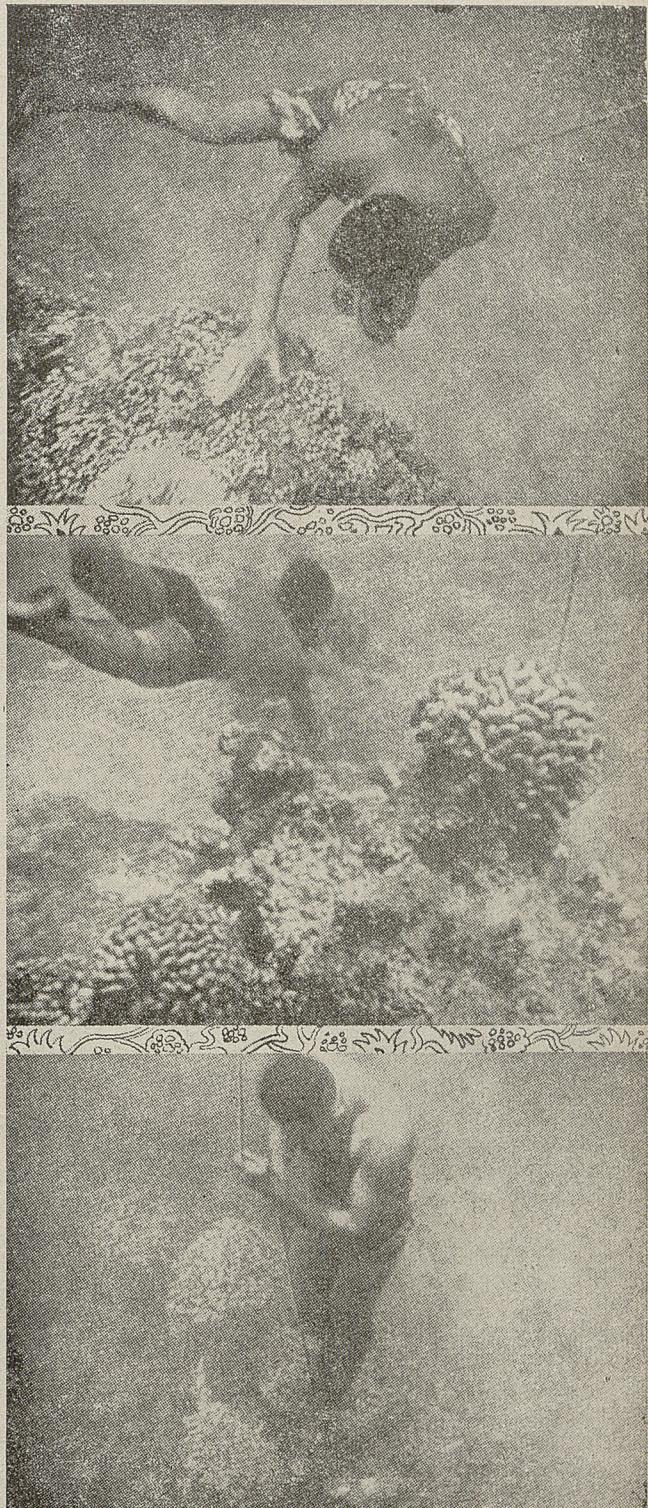
González Vera.

LOS PESCADORES DE PERLAS

A veces hemos visto sobre el albo pecho de una mujer elegante, destacarse transparentes, delicadas perlas. Ante la belleza y la armonía de esa piel y esas perlas, nunca hemos pensado que en latitudes distantes hay hombres cuya dura vida no tiene otro objeto que arrancar de los reinos submarinos esas perlas que más tarde irán a posarse como blancos pétalos en la garganta de las mujeres bonitas.

Según los cálculos más recientes hay alrededor de 107.000 personas ocupadas en la pesca de perlas; la tercera parte de ellas trabaja en el Golfo Pérsico donde se hallan los bancos de perlas más valiosos del mundo. Siguen en importancia los de Ceylán, las costas orientales del Asia, Norteamérica e islas del mar del Sur. La producción mundial fluctúa entre 160 y 200 millones de pesos chilenos; dos tercios de esta suma corresponden a las perlas; un tercio, a las valvas que se aprovechan en la industria del nácar.

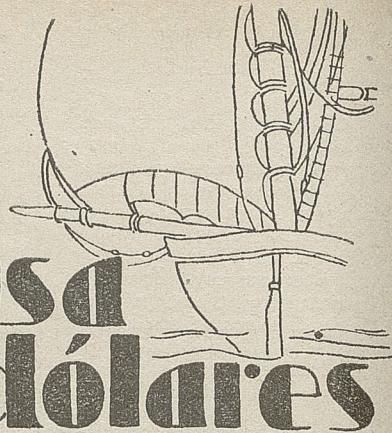
Los bancos de ostras más ricos se encuentran a una profundidad de 60 a 70 m. Pero los pescadores de perlas nativos rara vez bajan a tales profundidades. Los del Golfo de Persia apenas alcanzan a los 20 m. No así los pescadores del Mar del Sur, que, por su constitución física generalmente más fuerte, pueden soportar presiones mucho mayores. Por regla general van desnudos o sólo con sus caderas cubiertas y un canasto colgado de la cintura. Descienden a las profundidades sujetos de una cuerda que lleva una piedra como lastre. De ordinario permanecen (más o menos) 80 segundos bajo el agua, pero no es raro encontrar pescadores excepcionalmente fuertes, que suelen permanecer 2 y 3 minutos bajo agua.





por causa de los dólares

NOVELA DE JOSE CONRAD



ILUSTRACIONES
DE HONORIO

(Continuación)

PRIMERO LEA ESTO:

Dos hombres vagan por un puerto de Oriente, cuando acierta a pasar un marino, en cuyo rostro simpático no deja de advertirse un dejo de melancolía. Uno de ellos interroga a su amigo, y éste, que conoce al marino, llamado el Capitán Davidson, invita a su compañero a un restaurante chino y sentados juntó a una mesa, se dispone a relatarle la historia de Davidson.

Davidson — comienza a narrar Hollis — es un hombre bueno. En los tiempos en que comienza esta historia, mandaba la "Sissie", pequeño barco de un armador chino, que tenía depositada toda su confianza en él. El capitán conocía aquellos mares y aquellos puertos como la palma de su mano y estaba calificado como un excelente marino, a pesar de la pequeñez de su navío.

Cuando el Gobierno ordenó recoger los dólares, se pensó que la "Sissie" muy bien podría servir para este objeto, recogiendo las monedas de los pequeños comerciantes instalados en los sitios más desiertos del archi-

piélago. A pesar de los temores de su esposa, que consideraba peligroso el viaje, — por causa de los dólares — Davidson hubo de partir y hacer escala en una ensenada donde habitaba un tal Bamtz, vagabundo de la peor especie, explotador y desvergonzado, conocido a través de todo el mar de Java, por su hermosa y larga barba negra y por sus oscuros negocios. Bamtz había trabado amores con una muchacha llamada Ana La Risa, por sus espléndidas y transparentes carcajadas, mujer que había rodado de un lado para otro y que llegó a aquellos contornos traída por un aventurero que luego la abandonó. De fracaso en fracaso, aquella mujer — que tenía un hijo en Saigón, encargado a un matrimonio francés — había descendido hasta el punto de unirse a Bamtz, que, por otra parte, era un hombre amable.

AHORA SIGA LEYENDO:

LA desesperación y la fortuna conducen a tratar conocimiento con extraños compañeros de lecho. Es probable que se hallara desesperada, porque ya no era joven.

En lo que se refiere al hombre, aquella unión era más difícil de explicar. Bamtz se había mantenido siempre a distancia de las mujeres indígenas. Como no puede atribuirse el hecho a una delicadeza especial, hay que suponer que esto era debido a su prudencia. Tampoco era ya joven. Tenía bastante poblada de canas su magnífica barba negra. Quizás experimentó necesidad de compañía en su extraña y envilecida existencia. Fueron los que fuesen los mo-

tivos, el caso es que ambos, y el niño, desaparecieron. Es innecesario consignar que en Saigón nadie se preocupó de lo que pudiera haberles sucedido.

Seis meses después, Davidson fué a la aldea de Mirrah. Era la primera vez que se aventuraba hasta aquel recodo marítimo, donde nunca habían visto un barco europeo.

Un pasajero de Java que iba a bordo del barco de Davidson, ofreció a éste cincuenta dólares por desembarcar allí, y alguna razón tendría el pasajero para ello.

Davidson trató de contentarlo. No por los cincuenta dólares — me dijo, — sino porque resultaría curioso ver aquel lugar, para con-

vencérse de que su pequeña embarcación podía ocuparse allí donde fuera capaz de flotar un plato vacío.

Davidson desembarcó a su plutócrata javanes, y como tenía que esperar cerca de dos horas a que subiera la marea, bajó a tierra para estirar las piernas.

Era una pequeña aldea formada por unas sesenta casas construidas casi todas sobre pilastras, a la orilla, y el resto esparcidas sobre la hierba, con el acostumbrado sendero en su parte trasera. La selva ocupaba el resto y absorbía el aire que quedaba libre en aquel calor asfixiante y mortal.

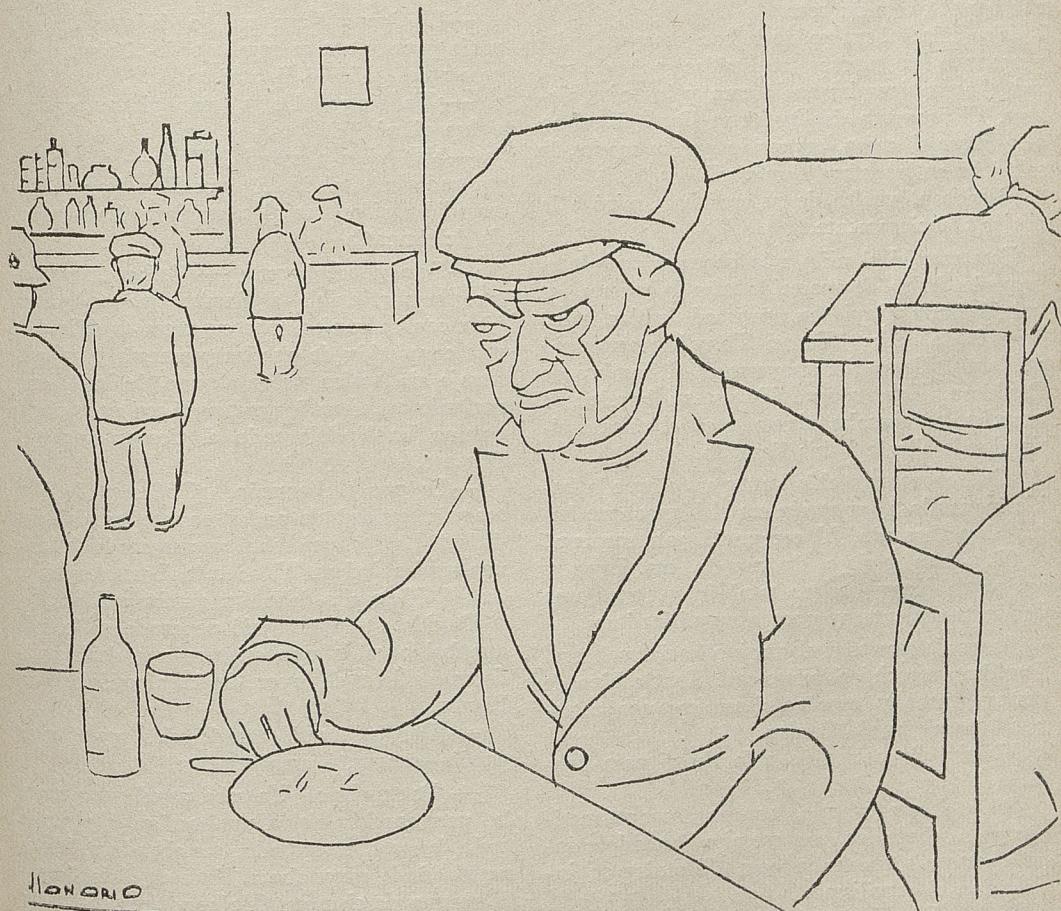
Todo el poblado salió a la orilla a contemplar silenciosamente, como lo hacen los malayos, a la *Sissie* anclada.

Los viajeros sólo conocían de oídas los barcos de vapor y casi nadie entre la gente joven había visto ninguno en su vida. Davidson discurría solitario por el sendero cuando a causa de un olor fétido interrumpió su paseo.

Estaba secándose el sudor de la frente cuando oyó una exclamación de ignorada procedencia: "¡Dios mío — dijo una voz, — si es Davy!"

Al oír el sonido de esa voz, Davidson estuvo a punto de caer al suelo asombrado.

Davy era el nombre que le daban sus camaradas de juventud. Hacía muchos años que no le llamaban así. Quedó absorto y con la boca abierta. Figúrese usted la escena: de la alta hierba donde se escondía casi hasta el techo una cabanía, surgió una mujer blanca, en este paraje selvático, que ustedes no encontrarán en ningún mapa, y más miserable que la más miserable de las aldeas malacas. Esta mujer europea surgió de la hierba, y llevaba una especie de vestido interior de fantasía, de satén rosa, adornado de encajes. Tenía la mujer dos ojos ardientes como brasas que resplandecían en su rostro, que era de una blancura perfecta. Davidson pensó que deliraba o soñaba. De la charca de la aldea, dos búfalos repugnantes



Fector, pequeño, seco, gesticulante...

salieron resoplando ruidosamente y se metieron en los matorrales corriendo, llenos de pánico al ver a Davidson.

La mujer se adelantó con los brazos abiertos y puso las manos en el hombro de Davidson, gritando: "¡Dios mío! ¡Si casi está usted lo mismo! Es el mismo y bondadoso Davy." Y se echó a reír un poco históricamente.

El sonido de su voz hizo sobre Davidson el efecto de una corriente galvánica en un cadáver. Tembló de pies a cabeza: Ana la Risa — dijo él con voz aterrorizada casi.

—Lo que queda de ella, Davy, lo que queda de ella.

Dávidson miró hacia arriba, pero no vió ningún vehículo aéreo del que ella hubiera podido caer. Cuando bajó la vista vió a un niño que tenía las piernas tostadas por el sol y que se aproximaba a la falda de satén. Surgió de entre los matorrales detrás de su madre.

Ni que Davidson hubiese visto un duende no se hubiesen abierto tanto sus ojos como los abrió al ver al pequeñuelo de la blusa blanca y sucia y el pantalón roto.

Tenía la cabeza redonda con espesos bucles morenos, las piernas renegridas por el sol, manchas rubicundas en la cara y los ojos alegres. El asombro de Davidson llegó al colmo al ver que el rapaz, requerido por su madre, le saludaba en francés: "Bonjour".

Davidson, vuelto de su asombro, miró a la mujer silenciosamente.

Esta mandó el niño a la choza y cuando el pequeño hubo desaparecido tras la puerta, se volvió hacia Davidson, procuró hablar, pero después de decir: "Es mi Tony" prorrumpió en llanto. Tuvo que apoyarse en el hombro de Davidson. Este, conmovido en su bondadoso corazón, continuaba plantado en el mismo sitio donde ella le había llamado.

¡Qué encuentro, eh! Bamtz era el que la había mandado a ver quién era el blanco que había desembarcado. Y reconoció ¡oh sorpresa! al Davidson perlero de cuando era joven y amigo de Harry perlero también y otros; una banda turbulenta y poco tranquilizadora.

Antes de reanudar el camino hacia su barco, Davidson escuchó el relato que Ana le hizo de sus aventuras, y tuvo en el sendero una entrevista con el propio Bamtz.

Volvió ella corriendo a la choza para buscársela.

Salío despreocupado, con las manos metidas en los bolsillos, con ese aire aburrido e indiferente que empleaba para disimular su inclinación al servilismo.

Sí... Pensaba poder establecerse allí con la mujer. Y diciendo esto designaba a Ana la

Risa que, inmóvil, tenía un aspecto huraño y terrible de ansiedad, con los cabellos negros revueltos, echados sobre la espalda.

—Se acabaron para mí las pinturas y los afeites, Davy, — dijo — con tal que tú hagas lo que mi hombre te pide. Ya sabes que estoy siempre dispuesta a ayudar a mis hombres con tal de que ellos me dejen hacer a mí.

Davidson no dudaba de su sinceridad; pero sí de la buena fe de Bamtz.

Este deseaba que Davidson recalase de vez en cuando en Mirrah, con más o menos regularidad. Veía en esto la posibilidad de hacer negocio con la caña de rótén y de contar con un barco para exportar sus mercancías.

—Dispongo de algunos dólares para empezar y es fácil entenderse con las gentes de aquí — dijo.

Había llegado al lugar, donde nadie le conocía, en una *prau* indígena, y con sus maneras dignas en apariencia y su charlatanería con los indígenas, había sabido conquistarse la benevolencia del jefe local.

—El Orang Kaya me ha dado esa cabaña vacía para que viva en ella todo el tiempo que pase aquí — añadió Bamtz.

—¡Te ruego, Davy, que pienses en este pobre niño!

—¡Ha visto a ese diablillo? — dijo el vagabundo con tal interés que Davidson se sorprendió a sí mismo al tener para él una mirada de simpatía.

—Esto puede hacerse — declaró. Pero antes pensaba exigir a Bamtz que se portara bien con su mujer, mas su excesiva delicadeza y la convicción de que las promesas de tal personaje no tenían valor alguno, le impidieron decírselo así. Ana le acompañó un poco por el camino hablándole todo el tiempo angustiosamente.

—Es por el pequeño. ¡Qué será de él si tengo necesidad de andar errante por las ciudades? Aquí nunca sabrá que su madre ha sido una mujer dudosa. Y, además, Bamtz es bueno con él. Y de ello debo dar gracias a Dios.

Davidson se estremeció pensando en lo bajo que había caído una criatura que debía agradecer a Dios el favor de la afección de un Bamtz.

—¡Piensa usted arreglárselas para vivir aquí? — preguntó amablemente.

—¡Por qué no? Ya sabe usted que siempre he permanecido fiel a un hombre, a pesar de todo, hasta que, cansado, me abandona. Ya ve usted dónde estoy ahora. Pues en el fondo soy la misma de siempre. Me conduzco con todos de buena fe, uno tras otro. Ellos son los que por una razón cualquiera se cansan.

¡Oh Davy, Harry no debiera haberme abandonado! El fué quien me perdió.

Davidson le dijo que Harry el perlero había muerto hacía años. Tal vez no lo sabía.

Ana, haciéndole señas, le dió a entender que ya lo sabía y echó a andar silenciosamente al lado de Davidson, acompañándole hasta cerca del ribazo. Una vez allí le dijo que el encuentro había removido su pasado. Hacía años que no lloraba. No era mujer que llorase fácilmente. Cuando oyó que la llamaban Ana la Risa, prorrumpió en sollozos como una tonta. Harry había sido su único amor; los otros...

Se encogió de hombros. Podía envanecerse de haber sido leal con sus dueños de turno en sus tristes aventuras. Nunca había jugado una mala partida a nadie. Había sido para ellos un camarada que tenía su mérito. Pero los hombres se cansan. No comprenden a las mujeres. Así lo suponía ella.

Davidson trató de darle veladamente un consejo acerca de Bamtz, pero Ana le interrumpió.

Sabía lo que eran los hombres. Sabía quién era éste. ¡Pero cómo quería al niño!

Y Davidson se calló pensando que, si hablaba, Ana perdería las últimas ilusiones.

Ana le estrechó la mano al despedirse.

Es por el pequeño, David; es por el pequeño, David. ¡Verdad que es guapo el niño?

II

Esto pasó dos años antes aproximadamente del día en que Davidson habló con mi amigo, sentados ambos en este mismo local.

Dentro de media hora verá usted llenarse este restaurante; no quedará un sitio vacío y como puede usted observar, las mesas están tan juntas que las sillas casi se tocan. Las conversaciones, a eso de la una de la tarde, son ruidosas.

—No creo que Davidson hablase muy alto, pero tendría necesidad de ahuecar la voz para hacerse oír de su amigo, sentado al otro lado de la mesa.

Y aquí fué donde la casualidad, y sólo la casualidad, tuvo la culpa de que detrás de la silla que ocupaba Davidson escucharan un par de oídos de los más finos que soñarse pueden lo que el capitán decía. Podía apostar diez contra uno que el dueño de esos oídos no tenía con qué pagar su almuerzo. Sin embargo, algo tenía. Debió improvisar la víspera, jugando a cartas, algunos dólares. Se trataba de un individuo famoso, absurdo, llamado Fector, pequeño, seco, gesticulante, que tenía la tez bermeja y los ojos turbios. Se hacía pasar por

periodista, como ciertas mujeres se presentan como artistas en el banquillo de los acusados.

Acostumbraba a presentarse en el trato social como hombre a quien ha sido encomendada la misión de corregir los abusos y perseguirlos implacablemente dondequiera que los encontrase. Se presentaba también como un mártir.

Lo cierto es que como maestro cantor había sido molido a golpes, pisoteado, encarcelado y arrojado vergonzosamente de todas partes, desde Ceilán hasta Shangai.

—Yo supongo que esa profesión reclama un espíritu despierto y buen oído. No es probable que pudiera oír todo lo que dijo Davidson acerca de la travesía en la que había de recoger los dólares, pero oyó bastante para echar sus cuentas.

Cuando Davidson hubo salido, se marchó inmediatamente al barrio indígena; llegó a un hotel de mala nota explotado a medias por un portugués y un chino, ambos de la peor reputación.

Se llamaba el Hotel Macao, pero era más bien un garito contra el cual se prevenía a los camaradas.

—Se acuerda usted de esa chirlata?

La víspera por la noche, Fector había encontrado allí una pareja interesante, una sociedad más extraña aún que la del chino y el portugués.

Uno de estos sujetos era Niclaus, ya le co-



Uno de estos sujetos era Niclaus

noce usted, ese que tenía un bigote de tártaro y la tez amarilla como un mongol, excepto los ojos que no los tenía oblicuos, y la cara que era un tanto aplastada. No podía definirse la raza a que pertenecía. En cierto aspecto parecía un europeo muy bilioso; y creo no equivocarme al opinar así.

Era dueño de una *prau* malaya y se llamaba a sí mismo *Nakhoda*, como si dijéramos el capitán. Ahora le debe usted recordar. Parecía no saber otra lengua europea que la inglesa. Enarbolaba la bandera británica en su barco.

El otro era aquél francés sin manos, ¿recuerda usted?, que conocimos el año 79, en Sidney, al frente de un despacho de tabaco en la parte baja de George Street. Se acordará usted de su enorme masa corpórea, detrás del mostrador, con su cara grande y amarillenta y una larga mecha de cabellos echados hacia atrás como un bardo. Intentaba siempre doblar cigarrillos sobre sus rodillas, con los muñones, a falta de las manos, contando interminables cuentos de Oceanía, gimiendo y blasfemando, acerca de su "desgracia", como él decía. Un cartucho de dinamita le había arrancado las manos pescando en una laguna. Yo creo que este accidente le había hecho más malo de lo que era. Hablaba siempre de reanudar su vida activa, caso de encontrar un camarada inteligente. Seguro que la tiendecilla era campo estrecho para sus actividades y que la mujer enfermiza, enfundada en unos mitones, que se veía tras la puerta del fondo, no era evidentemente el compañero que necesitaba para sus hazañas.

A decir verdad, había desaparecido de Sidney a consecuencia de dificultades surgidas con la Administración sobre unos aprovisionamientos. Se trataba de unas mercancías robadas en un hangar o cosa parecida. Dejó a la mujer allí, pero necesitaba un compañero, pues no podía desenvolverse solo. ¿Con quién se

fué? ¿Y adónde? Acerca de los compañeros que encontró para sus asuntos es imposible hacer la más vaga conjectura.

Yo no sé cómo pasó eso. Cuando faltaba poco para mi regreso a Inglaterra, comenzaba a hablarse de un francés mutilado, a quien se veía en todas partes, pero nadie sabía que estaba de acuerdo con Niclaus y que vivía en su barco. Había empujado a Niclaus a uno o dos negocios. Seguramente estaban asociados. Niclaus tenía miedo al francés a causa de su terrible carácter colérico. Cuando perdía los estribos parecía un endemoniado; pero un hombre sin manos, incapaz de manejar un arma, puede, a lo más servirse de sus dientes y, en esta forma, Niclaus estaba en condiciones de defenderse bien.

La pareja estaba sola, pasando el tiempo, cuando Fector llegó al hotel de mala nota.



Después de algunos rodeos, pues desconfiaba de los dos sujetos, repitió lo que había oido en el restaurante.

Su confidencia no tuvo mucho éxito hasta que no habló de la ensenada y de Bamtz. Niclaus había navegado por allí como indígena en una *prau* y dijo que conocía muy bien el lugar. El enorme francés, con los muñones en los bolsillos, se detuvo bruscamente estupefacto, y exclamó: "¿Cómo? ¡Bamtz? ¡Bamtz?"

Le había encontrado varias veces en el camino de su existencia, y añadió: "Bamtz, ¡pero si no conozco otra cosa!"

Y aplicó a Bamtz un epíteto inconveniente y desdiososo, al punto que después de ponerle como un trapo, pareció que aún le hacía un cumplido.

—Se puede hacer de él lo que se quiera — declaró convencido. — Desde luego debemos



darnos prisa a visitar a ese... (y aquí otro epíteto descriptivo imposible de repetir). El demonio me lleve si no damos un buen golpe, que nos remienda por mucho tiempo. Y al decir esto parecía que veía un montón de dólares fundidos en barras y vendidos en cualquier parte de la costa china.

En cuanto a la huída después del golpe, estaba seguro de que sería airosa y de que la *prau* de Niclaus serviría admirablemente para ello. En su entusiasmo sacó los muñones del bolsillo y los agitaba al aire. Despues los miró y los puso ante sus ojos jurando, echando pestes por la boca y lamentando su desgracia e impotencia, hasta que Niclaus consiguió calmármel.

El fué quien tuvo la idea del negocio y embarcó a los otros dos, pues ni el uno ni el otro pertenecían a la raza de los bravos bucaneros, y Fector en el transcurso de su vida aventurera no había empleado otras armas que la calumnia y la mentira.

Aquella misma tarde partieron en la *prau* de Niclaus, que había sido amarrada bajo el puente del canal, después de haber descargado una provisión de cocos, días antes.

Tuvieron que pasar cerca de la *Sissie* que estaba allí anclada, e indudablemente la observaron con ansiedad y vivo interés como futura escena de sus proezas; del gran golpe.

La mujer de Davidson vió con sorpresa que éste se enfadaba con frecuencia los días que precedieron a la salida del barco. Yo no sé si es que él advertía que, a pesar de su perfil angelical, era una mujer enormemente testaruda, a la que no le gustaban los trópicos. La había traído a un sitio donde no conocía a nadie y ya no tenía las atenciones que al principio con ella. La mujer abrigaba el presentimiento de una desgracia, a pesar de las explicaciones que Davidson le daba, y no comprendía por qué su marido no hacía caso de sus presentimientos.

La víspera de la partida, le preguntó con aire sospechoso —¿Por qué deseas tanto marcharte esta vez?

(Esta novela continuará en nuestro próximo número).

4 DE JUNIO: FESTIN DE LOS AUDACES

PRECIO \$ 3.—

Nadie mejor que el autor de este libro: Alfredo Guillermo Bravo, Ministro de Educación del último Gabinete de don Juan Esteban Montero, podía referir en toda su desnudez los angustiosos momentos que precedieron a la caída del Presidente y del Régimen constitucionales el 4 de Junio de 1932, ante el asalto perpetrado por un grupo de audaces.

Un libro de crítica - levantada y valiente - que encierra al mismo tiempo una documentación tan interesante, que seguramente los lectores lanzarán exclamaciones de asombro al conocerla.

**Sepa hoy mismo como se fraguó el
cuartelazo del cuatro de Junio**

En venta en las buenas librerías y puestos de revistas del país, se atienden pedidos, contra envío del valor en estampillas de correo, giro o letra. Diríjase a:

EMPRESA LETRAS
CASILLA 3327 — HUERFANOS 1041 — SANTIAGO

AGENCIA EN VALPARAISO: COCHRANE 585 —
TEL. 2548 — CASILLA 55 V.

La risa ha desaparecido del mundo

Por JULIO ROMANO

¿Dónde está, se pregunta Grock, el más famoso payaso de los tiempos modernos? Un hombre que no ríe fuera de las pistas y que es un buen burgués, afectado profundamente por la baja del franco. Un periodista español entrevista a Grock.

GROCK! Voy detrás del payaso, y al llamarlo, remedo el croar de las ranas: "¡Grock, Grock!" El clown vuelve el rostro, y yo me quedo atónito. ¡Allí está, en aquella cara flácida, intacta e incólume, toda la estupidez humana! Grock arrastra por la pista su prolífica indumentaria de payaso, y por la manga holgadísima de su chachetón asoma su pequeño y mágico violín. Su cabeza monda tiene la forma de una robusta carcajada, y la cara enharinada del clown es un espejo que refleja el candor, la memez, la ingenuidad y la picardía.

¡Cuánta sabiduría le hace falta al hombre de talento para ser tonto! ¡Y qué nobleza y valentía la del payaso! Mientras los demás hombres hacemos heroicos esfuerzos por encubrir y tapar los residuos de idiotez que for-



El Grock del Circo y el Grock de la calle. Dos rostros profundamente distintos. Nadie reconocería en el hombre de la vida común al payaso que hace luego reír a las gentes en doce idiomas.

man nuestro dramático bagaje humano, el *clown* trabaja por descubrirlo. Y nos dice, con su gesto bobalicón y su pasiva sonrisa, lo que todos sabemos: "Ser tonto es un buen negocio".

Yo he visto a Grock de payaso y de ciudadano. Cuando recoge con su media luna de plata de bufón las estrellas titilantes del circo y cuando dialoga en la sobremesa del hotel, como un *gentleman*, sobre temas cosmopolitas, o afanes filosóficos. Grock no hace, ni en el café, ni en el salón, ni en la calle, una mueca grotesca, ni un gesto pueril, ni dice una trivialidad, ni una bufonada. Parece que le pesa la risa, que la lleva como una carga. Y al verlo serio, preocupado y cejijunto, uno está tentado de decirle: "A usted le conviene distraerse, señor Grock; hacer una vida más alegre y riueña que la que hace. ¡Diviértase usted, señor Grock!"

En este payaso hay, como ocurre frecuentemente con los grandes artistas, dos hombres: uno, el de la calle; otro, el del circo. ¿Cuál es el más verdadero?

Este bufón, doctor *honoris causa* de la Universidad de Budapest, cuando pierde su personalidad grotesca de *clown*, casi no se acuerda de ella. Deja su alma cándida y tímida en el cuarto del circo, envuelta en los guñapos que forman su atavío circense, junto a su violín y sus blancos y enormes cuellos de pajarita. Allí queda, con sus menjurjes faciales, la alegría del payaso, su dulzura infantil, sus deliciosas muecas. Por eso, cuando el fotógrafo, le ha dicho a Grock, en el hotel: "¿Tiene usted la bondad de hacer una de sus muecas características?", el genial mimo ha respondido, apesadumbrado: "No puedo; me es muy difícil hacer esos gestos sin estar vestido de *clown*. No lo hago bien".

Grock, que hace reír a las gentes en "doce idiomas", habla difícilmente el español. Cuando dice unas palabras en castellano, en la mitad de su charla se queda en silencio, y busca con sus ojos en el espacio el vocablo que necesita; pero si no lo encuentra, lo suple con su mimética sorprendente. Así como una línea de un jeroglífico polinesio, al ser interpretada llena un libro de doscientas páginas, así también el gesto del payaso es de una fecundidad admirable de sugerencias y de "literatura".

El *clown* come con su señora en el hotel. Ha bebido una copa de buen vino español, y su calva se ha enrojecido, como hierro en la lumbre. Los camareros espían, a distancia, los gestos del payaso. Hay en todas las caras un aire de complacencia. Todo están predisuestos para el estallido jocundó. Un "botones", vivaracho e inquieto, no quita los ojos de la cara de Grock. El chiquillo tiene a flor de labio una carcajada, pero el payaso está triste. Yo pongo junto al plato de verduras y los vasos mi puñado de cuartillas.

—¿Es la primera vez que viene usted a España, señor Grock?

—No, no. Estuve hace... hace... veinticinco años.

Y añade con acento heroico:

—Grock mató en España un toro con cuernos. Era un bichío que ambestía, ¡buf!, ¡buf!, y quería pincharme. Yo tanía larga tela en la mano; pero el bichío tanía cuernos. Toro corría; yo más. Público gritaba: "¡Arrímate!" Yo decía al público: "Me quiere hacer daño. ¡No lo ven ustedes?" Y yo me iba siempre al rabo... Tocó corneta. Me dieron espada. Me eché a llorar. Público chilló: "¡Mátalo!" Yo decía al público: "Este bichío morirá dentro de quince o veinte años. ¿Por qué no aguardan?" "¡Mátalo tú!" Yo dije: "Si él tiene dos cuernos, yo quiero dos espadas". Pinché en el rabo. "¡No, no, en el morillo!" "¡No tiene morillo!" "¡Sí tiene!" "¡No tiene!" Público y yo discutimos. Y como no tenía morillo, lo maté por el rabo.

—¿Es usted, señor Grock, un hombre serio en su vida particular?

—Yo no puedo reírme por nada. Estoy alegre cuando estoy triste. Grock hace reír a las gentes; pero él no quiere reír más.

—¿Está la gente ahora menos predisposta para la risa? ¿Está el mundo más serio?

—Sí, sí... Mundo triste. Usted — me dice poniéndome un dedo en la pechera — está loco, y yo estoy loco, y este hombre — por el camarero — también está loco. Hay una locura universal. Nadie sabe lo que debe hacer. Grock tiene que trabajar ahora más fuerte, soñar mocho para sacar risa. Pero Grock vence. Yo conozco el mundo. Sé trabajar en doce lenguas: alemán, francés, suizo, italiano, húngaro, holandés... He hecho reír a niños de dos años y a hombres de ochenta. Hoy la vida es más... más...

—Sombría.

—Sí, sí; sombría. Gente tener mal humor, y la risa está profunda, honda, y el payaso tiene que buscarla allí, descubrirla y decir a las gentes que no la pierdan, porque risa es tesoro.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

—Usted que tiene fama universal, ¿qué especialidad posee?

—Yo no hago nada. Truco ninguno. Personalidad. Grock sale, mira, toca el violín, se pasea... Muchos *clowns* han querido copiar.

—¿Es cierto, señor Grock, que tiene usted un palacio principesco en Italia y una fortuna grande?

—¡No *mon dieu!* Me cortan cuello esas palabras. Todo mi capital lo he perdido. Se lo llevó la trompa.

—La trampa.

—Eso es. ¡No tengo dinero!

Y se mete, desolado, las manos en los bolsillos. Su cara es un papel arrugado. Insiste, desdenoso:

—He perdido en la baja de un papel dos millones de francos. ¡Dos millones!

Desvío la charla, que no es agradable al famoso payaso.

—¿De dónde es usted, Grock?

—De Suiza.

—¿A qué edad comenzó usted a trabajar en los circos?

—A los doce años. Llevo cuarenta de trabajo.

—¿Es usted de familia de artistas?

—No. A mí me gustó desde pequeño el trabajo de circo.

—¿Tiene usted alguna tristeza recóndita, algún drama íntimo?

—No. Yo no tengo tristeza escondida — dice, registrándose.

—¿Qué concepto tiene usted de la vida?

—Pch... Vivo.

—¿Y su opinión acerca de las mujeres?

—No puedo responderle a esa pregunta estando delante de mi señora.

Y Grock sonríe dulce y tiernamente. La raya afilada de su boca le corta la cara hasta las orejas. Su gesto paternal, bondadoso y pueril, despierta en nuestra alma todos los buenos deseos. Y es que este payaso genial sabe descubrir en nosotros al niño que han enterrado los años; sabe que debajo de la dura corteza humana pervive el fantasma de la niñez, y él nos lo descubre y saca a la superficie con el mágico talismán de sus prodigiosas muecas.

Julio Romano.

En la PLAYA no Hace Calor

VAYA LOS DOMINGOS A
VALPARAISO, VIÑA, PAPUDO,
CARTAGENA, LLOLLEO O
SAN ANTONIO

Los pasajes de Fin de Semana y de Excursionistas están al alcance de todo el mundo.

BOLETOS DE FIN DE SEMANA

(Se venden los Sábados y Domingos y sirven para regresar hasta el Lunes inclusive).

Ida y vuelta

A VALPARAISO	1. ^a expreso	\$ 40.00
	2. ^a expreso o 1. ^a ordinario	32.00
O VIÑA	ordinario	15.00
	3. ^a ordinario	

A PAPUDO	1. ^a cualquier tren	\$ 51.00
	2. ^a	

A CARTAGENA, LLOLLEO O SAN ANTONIO	1. ^a cualquier tren	\$ 20.40
	2. ^a	

EXCURSIONISTAS

Ida y vuelta 1.^a 3.^a

A Valparaíso o Viña	\$ 28	\$ 13
A Quillota	24	12
A Papudo	32	15
A Cartagena, Lolleo		
o San Antonio	15	10

Los boletos de excursionista son válidos sólo en esos trenes.

Pida más datos en las estaciones y en la Oficina de Informaciones, Bandera esquina Agustinas, Teléfono 85675.

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO

UN BARCO EN LA SELVA

Cuento por LAWRENCE G. GREEN

Ilustraciones de Honorio

BAJO el doble toldo de popa, en el 'Bélgica', barco de ruedas, sentábanse dos hombres hastiados del sol, de los matorrales y del río: hastiados ya del Africa.

Extrañas islas surgían frente a ellos, mostrando al pasar los mangos y los perezosos cocodrilos y, perdido el misterio que las envolvía, desaparecían en la distancia. A veces el vapor se acercaba a la ribera. Allí divisábanse unas cuantas cabañas bajo las altas caobas, algún hombre blanco expatriado y grupos de nativos acarreando a bordo leña para las máquinas. O una aldea con canoas de troncos varadas a la orilla del río y un penetrante olor a pescado seco flotando en el ambiente. O cruzaban junto a un puesto mercantil con hordas de negros ansiosos de cambalache; o ante alguna misión remota donde habría frailes de larga barba, de blanco ropaje, muy graves bajo sus cascos de corcho. Y después nada más que la extensión larga y desolada de la ribera en donde ningún hombre, blanco o negro, jamás se estableciera.

Pero esto no impresionaba a los dos hombres de cubierta. Grindley solamente deseaba llevar sin contratiempos los colmillos de elefante a los comerciantes de Leopoldville. Y Hansen había agotado su paciencia en el país de los gorilas, ocultándose tras de los árboles y haciendo funcionar la cámara cinematográfica en las raras ocasiones en que los monos se ponían a su alcance. Después de una cacería incesante, lejos de toda civilización, el panorama de Africa pesaba en el espíritu. Para los dos hombres el viaje por el río no significaba otra cosa sino el camino que los llevaría hacia la costa, a los transatlánticos, a Londres, a Nueva York.

En el Congo, sin embargo, es imposible determinar rutas con horario fijo anticipadamente: una campana de alarma vibró en la sala de máquinas y el 'Bélgica' perdió velocidad, se detuvo, en tanto que las paletas de las ruedas seguían agitando el agua cenagosa.

Grindley que conocía el río miró hacia proa, renegando:

—Isla flotante. El condenado pasto de papiro todo lo detiene cuando crece muy tupido. El año pasado estuve retenido durante una quincena.

El estrecho canal entre las islas se encontraba obstruido por una maleza tan sólida que un hombre podría haber caminado sobre ella.

La tripulación negra trabajó toda la abrasadora mañana con anclas y huinchos tratando de romper el obstáculo. El pasto cedía un poco, el vapor avanzaba un trecho y de nuevo la barrera se cerraba haciendo imposible el avance hacia el agua libre.

En el puente, el capitán belga consultaba ansiosamente las cartas de navegación. Era un joven recién llegado de los canales de Flandes y por ello dependía casi por completo de los timoneles negros. Las cartas mostraban docenas de pasos donde había un hilo de agua navegable, pero el único canal explorado que usaban ordinariamente los grandes vapores se encontraba bloqueado por la maleza.

Miles de islas surgen en el río a lo largo de las mil millas comprendidas entre Stanleyville y Stanley Pool. Lejos de la ruta acostumbrada sólo había pantanos y bancos de arena inexploreados. Grindley y Hansen, atisbando por sobre el hombro del capitán, recibieron desanimados la noticia: era el jaque-mate a sus esperanzas de alcanzar rápidamente la costa.

—Sólo un camino queda, anunció finalmente el capitán. En la orilla francesa hay un canal de poco fondo y puede que la maleza no sea allí tan espesa. Pero hace años que nadie sigue esa ruta. Tal vez Stanley fuera el último.

Cuando el 'Bélgica' retrocedió desprendiéndose del pasto y siguió oscilando el nuevo curso, todo rastro humano fué dejado atrás. No había ni un claro en la manigua. Sólo la charla de los monos rompía la calma ribereña. Pero el canal tenía agua suficiente para que un vapor de poco calado como éste avanzara a tientas, rozando los arbustos de las orillas. El barco se movía cautelosamente, hora tras hora, como enorme monstruo de hierro en el Africa primitiva que jamás da la bienvenida al invasor, siempre dispuesta a aniquilar al hombre blanco junto con sus máquinas poderosas cuando el momento llega.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO**

En la proa, un indígena que media la profundidad del agua con una larga caña de bambú, se puso a gritar frenéticamente.

—Este es el fin de nuestro viaje de exploración, dijo Grindley. Hemos encallado.

Así era, en efecto. El "Bélgica" tocó fondo con tal sacudida que el rebaño de pasajeros negros de la cubierta baja salió aullando su alarma. Antes que las máquinas detuvieran su marcha, la popa se balanceó violentamente y se estrelló en la ribera.

—Las paletas rotas, el barco en la arena, el río cerrado por la maleza: adiós viaje, renegó Grindley, adicionando los contratiempos.

—Pues entonces sacaré la cámara cinematográfica a la orilla, propuso Hansen. Así sabrán en el terruño lo que sucede cuando el tráfico se detiene en la Avenida Principal del África.

Treparon a la baranda y saltaron sobre los espesos arbustos que franjeaban el río. En un minuto perdieron de vista al vapor, rodeados por la vegetación tropical. El sol llegaba a ellos débilmente, aquí y allá, rasgando el fo-

llaje en flechas que caían sobre el pasto. ¡Qué de ocultos peligros acecharían entre la yerba, entre las copas de los árboles, por todas partes!

—¡Hola! éste parece un sendero, exclamó de pronto Hansen.

El ojo experimentado de Grindley confirmó el hallazgo.

—Un antiguo rastro indígena, anunció el cazador. Desenfundó el revólver y avanzó escondiendo a su alrededor con la atención que debe poner el hombre blanco en la selva si quiere que la suerte le sea propicia.

Lucharon con las enredaderas gomosas y las plantas rastreras que crecían en la casi borraida senda. A través de los árboles vislumbraban el río.

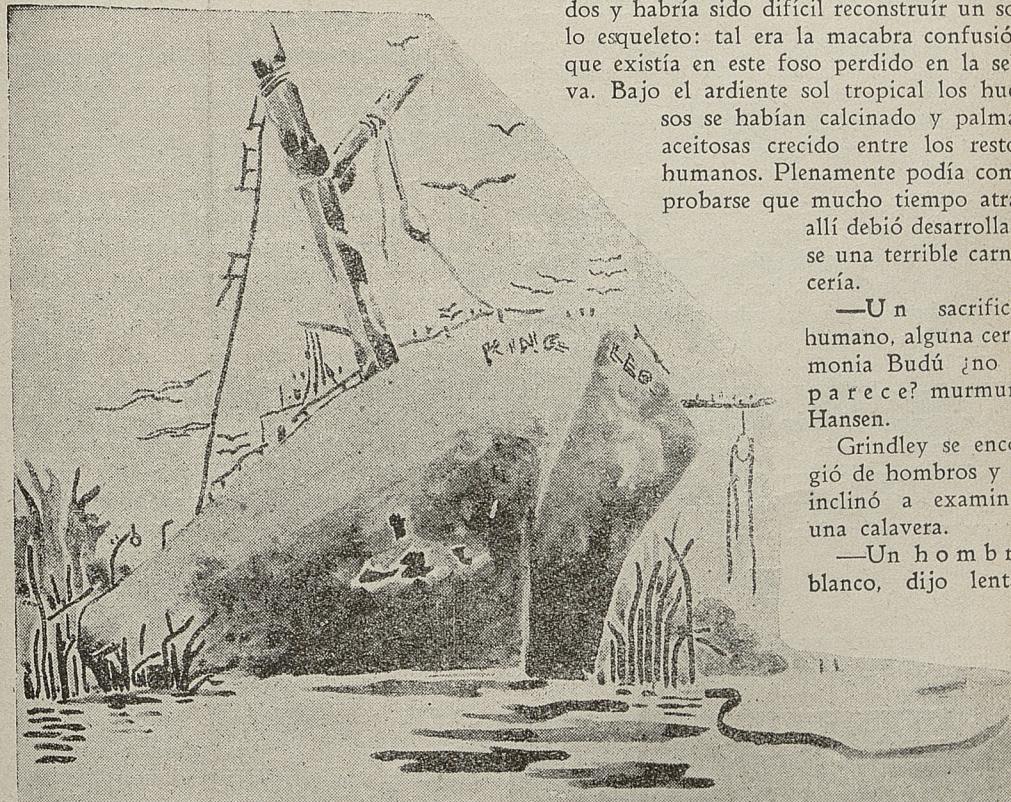
—El rastro corre paralelo a la ribera, así que no podemos perdernos, alcanzó a jadear Grindley, rompiendo a través de una espesa muralla de ramas; luego cayó, desapareciendo cabeza abajo.

Había dado en una gran depresión del terreno, no muy honda pero horrible de ver. La muerte la llenaba: huesos y calaveras de personas que parecían no haber tenido un fin muy dulce. Todos los cráneos estaban hendidos y habría sido difícil reconstruir un solo esqueleto: tal era la macabra confusión que existía en este foso perdido en la selva. Bajo el ardiente sol tropical los huesos se habían calcinado y palmas aceitosas crecido entre los restos humanos. Plenamente podía comprobarse que mucho tiempo atrás allí debió desarrollarse una terrible carnicería.

—Un sacrificio humano, alguna ceremonia Budú ¿no le parece? murmuró Hansen.

Grindley se encogió de hombros y se inclinó a examinar una calavera.

—Un hombre blanco, dijo lenta-



El casco abandonado de un buque...

mente. Sí, algunos de éstos eran de raza blanca.

Sus pies tocaron algo en el pasto:

—Un frasco de perfume... femenino. Los demonios deben haber asesinado algún funcionario con su mujer y todos los guías. Es lo único que puedo deducir de ésto.

Buscaron un claro en la maleza y salieron del foso. Enfrentaron una ciénaga o afluente del río y ya estaban a punto de retroceder cuando Hansen tomó a Grindley del brazo.

—¡Un buque! dijo, roncamente. ¡Hay un buque en este pantano!

Efectivamente; un barco sin vida, con la pintura descascarándose de sus costados, a medias ahogado por la selva y lleno de pájaros anidados en la obra de cubierta. Aún podían distinguirse en la proa las letras semi borradadas de su nombre.

—“King Leopold”, leyó Grindley con tono opaco. Este fué entonces el fin del “King Leopold”. Cinco años hace que desapareció. Todos pensaron que un tornado lo habría hecho zozobrar en alguna parte profunda del río junto con todos sus tripulantes. Y acaso hubiera sido lo mejor...

Se volvió a mirar los esqueletos y un temblor sacudió su cuerpo. Contemplando el viejo barco, Grindley contó toda la historia: como el buque había sido traído desde el Mississippi para el servicio del Congo; cómo un día había salido de Leopoldville hacia la parte alta del río y luego desaparecido misteriosamente. Todos los vapores habían estado al aviso; en vano fué buscado por las lanchas. Resultaba imposible inspeccionar todas las entradas y afluentes en un trecho de mil millas y si algo sabían los indígenas jamás lo habrían dicho. El hombre blanco es todavía un enemigo en las regiones salvajes del África.

Así pues, en esa ciénaga ignorada yacía el “King Leopold”. Allí habría permanecido con su misterio indescifrable, mientras cada año que pasara lo vería desaparecer más y más bajo el inexorable desarrollo del bosque hasta llegar a formar parte integrante de la sombría masa que lo absorbía.

Era fácil penetrar al barco. Sonaba a hueco al pisar sobre los tablones sembrados de yer-

bajos como si hasta el alma que cada buque parece poseer lo hubiera abandonado. Apenas una muerta ruina con una impresionante atmósfera de tragedia vagando en torno. Con los nervios tirantes los hombres subieron al entrepuente por la carcomida escala.

Allí existía una hilera de camarotes y en ellos las puertas que aún quedaban se balanceaban flojamente en las bisagras. Grindley y Hansen los visitaron uno tras otro. Frazadas y trozos de mosquiteros desparramábanse por las literas tomadas de orín, libros percanes, pedazos apolillados de vestidos, hasta una muñeca en una de ellas. Las entalladuras de metal habían sido arrancadas de los cabezales. No quedaba ni una lámpara, ni una caja, silla ni espejo.

En la cocina algunas ollas de fierro estaban diseminadas por el suelo, pero como en todas partes allí reinaba la misma desolación y la misma ruina. Polillas y mariposas iban y venían a través de los agujeros. Todo era siniestro, extraño, casi increíble.

Visitaron los camarotes del lado opuesto en busca de un indicio que resolviera el misterio. De pronto Grindley se inclinó lanzando un grito de sorpresa y trajo a la luz un objeto retorcido y golpeado.

—Un microscopio, dijo pensativamente. Ahora recuerdo... Había un famoso sabio francés a bordo del “King Leopold” cuando desapareció. Era un tipo excéntrico y lo bastante loco para ser un genio. El profesor Bossier... ese era su nombre. Dicen que no se preocupaba ni de hombre ni de bestia cuando estaba comprobando una teoría. El resultado justifica los medios, era su lema. Todo esto me lo contó un doctor en Leopoldville en aquella época en que no se hablaba sino del desaparecimiento de este barco.

El profesor había abandonado Francia precipitadamente después de un escándalo promovido por una de sus audaces investigaciones: una operación con glándulas de mono que transformaría al hombre en algo menos que hombre. Debe haber sido un malvado inteligente este Bossier. Le indicaron que en el Congo encontraría materia para sus experimentos sin el temor de ser molestado por las autoridades. Después de todo, acaso el mundo haya salido ganando con su muerte... Siento, sí, las pobres almas que desaparecieron con él. Mujeres, además, y probablemente muertas en tortura.

El camarote parecía haber escapado al saqueo. Estaba desordenado pero quedaba un montón de libros y papeles hacinados en un armario. Grindley y Hansen les fueron limpiando el polvo de uno en uno y por último

PISOS RELUCIENTES
CERA “PRESERVOL”
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

encontraron una libreta que el profesor había usado como diario.

Volviendo rápidamente las páginas en busca de alguna revelación, Grindley encontró una extraña mezcla de datos científicos y hechos sorprendentes. Cosa rara en un francés, el profesor parecía haber sido el hombre más flemático del mundo. La libreta contenía un registro de las dificultades y peligros que rodearon al buque, escrito con una indiferencia fría y fatalista que sorprendía.

"Hemos encallado en un lugar solitario de la ribera francesa", había escrito el profesor. "Tomando un corto atajo, el capitán nos ha hundido en una ensenada donde un barco puede quedar para siempre sin esperanzas de ser socorrido. Observo con interés los efectos que este aislamiento produce en mis compañeros. ¿Llegaremos todos a convertirnos algún día en salvajes? Ya las mujeres se enojan cuando bromeo acerca de los caníbales. Sus nervios están empezando a ceder. A una le dije que ella podría ser una reina blanca entre los pigmeos del bosque y abandonó el salón malhumorada. Cuando la quinina se agote habrá mucha fie-

bre a bordo... Si alguien dura lo bastante como para caer enfermo".

El profesor había llenado varias páginas con argumentos para probar que los indígenas del Congo no estaban inmunes contra la insolación. Luego Grindley tradujo la segunda etapa de la trágica aventura del "King Leo-pold".

"Han fracasado todos los esfuerzos por reflotar el buque. Los pasajeros negros se divierten tocando sus tambores. Está claro que han elaborado una clave telegráfica, un sistema inalámbrico primitivo. Los tambores hablan. Llaman a alguna tribu del interior. Anoche oí una respuesta venida de un matorral lejano. Bien pueden mis colegas envidiar las oportunidades de investigación científica que me ofrecerán estos salvajes. Yo creo que el mundo civilizado tiene mucho que aprender de la medicina indígena. Remedios y tratamientos que ahora son una novedad en Europa, estos hombres primitivos los conocen desde hace siglos. Para estudiarlos convenientemente debo convertirme en salvaje. Acaso todos vol-

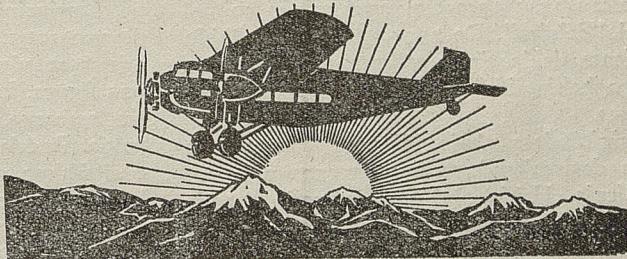
SERVICIO AEREO
INTERNACIONAL
PARA LAS TRES
AMERICAS

pasajeros

Correspondencia

Carga

PANAGRA



A Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Estados Unidos e intermedios. —

Salidas: Jueves y Domingos.

A Argentina, Uruguay y Brasil.—Salidas: Martes y Sábados.

PAN AMERICAN - GRACE AIRWAYS, INC.

Informes: GRACE & CIA. (Chile) S. A.

Huérfanos 1189 -:- Teléfono 63145

V. 8.—O. 231

vamos al barbarismo. Nuestra situación es, pues, de singular interés".

Así terminaba el diario.

—A pesar de su sabiduría este profesor no era sino un bruto con bastante sangre fría, comentó Grindley. Parece ser que sus estudios han terminado en forma repentina... allí en aquel foso.

Encendieron sus cigarrillos tratando de sacudir la sensación opresora que producía este barco de almas asesinadas. Después recorrieron el salón. Desde los árboles fronteros, las enredaderas penetraban a través de las ventanas. El gran espejo del aparador estaba roto, el esterado del piso había sido devorado por los insectos. En el puente y en el camarote del capitán existía la misma desolación. El buque entero se pudría dentro de su tumba desierta.

Hansen se acordó de la cámara cinematográfica:

—Filmaré algunas escenas del barco abandonado. No habrá acción pero los subtítulos dirán la historia.

Fijó el trípode en la cubierta, enfocó cuidadosamente y oprimió la palanca que hacía pasar automáticamente la cinta por la cámara. El cuadro, pensó, representaría el vacío del buque muerto, el triunfo de la selva sobre la civilización.

En ese momento con el viento del río llegó el tono agudo de una sirena. Los dos hombres se apresuraron a averiguar el significado de la señal subiendo a cubierta. A través de los árboles alcanzaban apenas a distinguir la chimenea del "Bélgica". De nuevo oyeron el silbido impaciente de la sirena y comprendieron que el barco había sido reflotado y llamaba a los pasajeros.

Precipitándose abajo, Hansen encontró la cámara desarrollando todavía trozos y trozos de película. Había olvidado detenerla cuando se lanzó a la cubierta superior. Ahora ya no era tiempo de seguir filmando.

Esforzándose entre el entredicho tropical de la maleza, orillaron el foso donde se realizara la masacre y siguieron al lugar en que dejaron al "Bélgica" que sólo a ellos esperaba. Pocos minutos más tarde el barco se arrastraba junto a la ensenada en que yacía el infeliz "King Leopold". Allí quedaba, en el lejano y oculto

lugar de la tragedia, pudriéndose bajo los inexorables rayos del sol, succionado por la irresistible avalancha de la selva africana.



Algunos días más tarde el "Bélgica" atra cabía al muelle de Leopoldville. Grindley y Hansen perdieron el transatlántico pero estaban agradecidos de encontrarse de nuevo en tierra, después de las molestias y demoras del viaje fluvial.

—Aquí voy a desarrollar las películas antes que la humedad las estropee. Luego podemos proyectarlas en el hotel, dijo Hansen, deseoso de ver el resultado de su trabajo en los bosques del gorila.

Muchos funcionarios belgas, doctores y comerciantes asistieron a la primera representación de la película en el hotel. Rollo tras rollo de paisajes agrestes y vida salvaje proyectábase en la pantalla. Apareció por último el cuadro de la cubierta del buque abandonado. Las noticias que el "Bélgica" trajera a Leopoldville habían causado sensación. Muchas de las personas que presenciaban la exhibición habían visto partir al "King Leopold" en su primer y último viaje por el Congo y habían conocido al profesor Bossier y a algunos de sus acompañantes desaparecidos como él. Y ahora la pantalla les daba un dramático vislumbre de la tragedia.

Al principio el cuadro sólo mostraba la fila de camarotes. Después, rígidos de sorpresa, los asistentes vieron abrirse una puerta. Surgió una figura. La criatura desnuda era humana y, sin embargo, extrañamente semejante a una bestia. Podría haber sido el primer hombre... o el último mono. Un largo cabello le cubría la cabeza y la cara. Tenía la piel llena de mugre de la selva. Apoyaba las manos en el suelo y andaba a tientas por la cubierta lo mismo que un gorila.

Uno de los doctores saltó de su asiento gritando excitado:

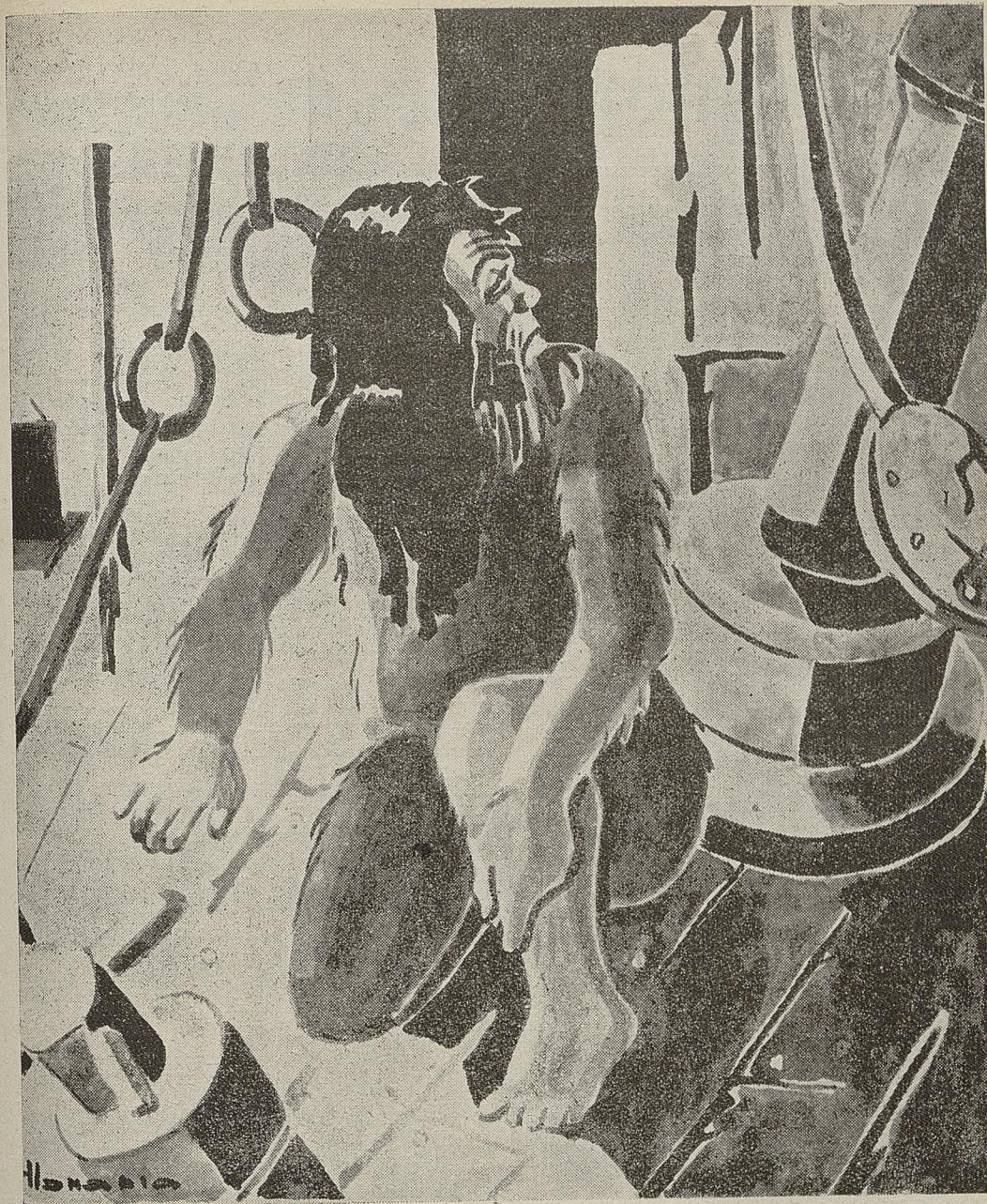
—¡Miren, la mano izquierda! Sólo el pulgar y el índice!

Algunos que comprendieron el significado de ese detalle asintieron a gritos, fijos los ojos en la figura de la pantalla.

—Por un olvido la cámara quedó funcionando cuando oímos la sirena del "Bélgica", explicó Hansen. Este animal debe haber salido cuando nosotros estábamos en la cubierta superior.

—¿Animal? Sí, tal vez tenga razón, dijo el doctor que primero había hablado. Sólo

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.



Podría haber sido el primer hombre... o el último mono

que este animal es el profesor Bossier. Y no hay error posible: tiene sólo el pulgar y el índice en la mano izquierda. El profesor ha probado

su propia teoría: se ha convertido en un ejemplar de hombre primario.

Y relampagueó la pantalla cuando el último trozo de película rodó a través de la máquina.

Lawrence G. Green.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

(Traducido especialmente para "Lecturas", por Reinaldo Lomboy).

Los Hemofílicos de Tenna

He aquí la historia de una triste ciudad montañesa, cuyos 170 habitantes son hemofílicos, o sea, su sangre, sin capacidad para coagularse, brota a raudales a la más ligera herida.

TENNA es una pequeña aldea situada en la montaña en el valle del Safier, más arriba de Chur. Se encuentra a 1.650 metros sobre el nivel del mar y cuenta, según las estadísticas más recientes, con 170 habitantes, los que se dedican a la crianza de animales y a la labranza.

En la literatura médico-biológica ha adquirido esta población aislada una fama singular y triste. Es el lugar de origen de aquella generación europea tan extendida y conocida bajo el nombre de los "hemofílicos de Tenna".

Los hemofílicos son personas cuya sangre ha perdido, en grado mayor o menor, la capacidad para coagularse. El resultado es que a consecuencias de las más insignificantes lesiones corporales se producen hemorragias difíciles de retener y que a menudo ocasionan la muerte. Pero también, debido a causas desconocidas, puede, repentinamente, sobrevenir a una persona una fuerte hemorragia, interna o externa y que, bajo las circunstancias desfavorables llega a ser mortal. Lo peor es que con la muerte de su víctima la enfermedad misma no desaparece. Pues se hereda de acuerdo con un ritmo complicado, en el que llama la atención el hecho de que personas aparentemente sanas propagan el mal, sin saberlo, a generaciones posteriores. Sucede así que se convierte en la maldición de generaciones enteras.

En la persona sana basta un acto de defensa propia del cuerpo para que se cierre una herida externa después de un tiempo relativamente corto.

Los fisiólogos han comprobado que en este acto de defensa propia se presentan dos fenómenos distintos inconscientes: uno es la contracción vascular y consiste en la inmediata y fuerte contracción de los vasos capilares ocasionada por la irritación de la herida. De este modo se detiene el flujo de la sangre hacia ella.

El segundo fenómeno consiste en que la fibrina, materia que se encuentra disuelta en la sangre, se coagula convirtiéndose en una masa fibrosa, que constituye algo así como un tapón para la herida.

Hay que poner de relieve que el mecanismo de contracción vascular suele funcionar normalmente. El resultado es que una operación sencilla, como ser la extracción de una muela, no produce por el momento una hemorragia más fuerte que en una persona sana. Pero en cuanto los vasos dejan de contraerse, lo que a veces sucede al cabo de algunas horas, empieza a fluir y filtrarse la sangre durante días y semanas. Sin una intervención médica oportuna, puede perder el cuerpo todo su contenido sanguíneo sobreviniendo inevitablemente la muerte del paciente.

El origen de esta enfermedad es completamente desconocido. Sólo se sabe que se puede presentar en los lugares más diversos y en familias que hasta ese momento han sido completamente sanas. Desde el momento en que aparece queda, según parece, como algo hereditario. De esta aparición espontánea de la enfermedad existen pruebas que se remontan muy lejos en el pasado. El documento más antiguo en que se mencionan sus síntomas data del Rabbi Ben Gamaliel en el siglo II de nuestra era. Prohibe la circuncisión de los niños en los casos en que en su respectiva familia se hayan desangrado niños o primos a consecuencias de la misma operación.

En el siglo XII se presenta esta enfermedad en una aldea española, en el siglo XVII en Baviera y más tarde ocurren innumerables casos en Inglaterra, Norte América y sur de Alemania. En el siglo XIX se presenta también sorpresivamente en la casa real de Inglaterra y se trasmite, por el matrimonio, a la familia rusa de los Zares y a los Borbones de España. Se ha comprobado que Leopoldo, duque de Albania, cuarto hijo de la reina Victoria, fué un hemofílico. Murió a los 14 años de edad. A través de su hermana Alicia, que aparentemente gozaba de buena salud y que se casó con el príncipe Luis de Hessen llegando a ser la madre de la que fué la Zarina Alejandra, pasó la enfermedad al heredero del trono ruso, Alexis, que fué asesinado por los bolcheviques. Por uniones matrimoniales pasó la enfermedad

a la corte española y fué impuesta por la naturaleza a varios niños del rey Alfonso.

Estos hechos hacen suponer que en la hemofilia se trata de una desviación de la constitución de las células germinales (esporos), que hoy día se designa con el nombre de cambios intermitentes o mutaciones. Puede volver a surgir constantemente y sin causas reconocidas.

Por falta de documentos no es posible comprobar si la aldea suiza de Tenna fué un foco espontáneo de esta enfermedad. Sólo se ha podido constatar, mediante las meritorias investigaciones de la doctora Gertrudis Tabitha Hoessly-Haerle, que el origen de los hemofílicos de Tenna se remonta a un solo matrimonio, cuyos nombres son bien conocidos en esa región. Se trata del alcalde Albrecht Walter y de Urschla Buchleri de Tenna, que contrajeron matrimonio en 1669. Tres de sus niños, dos hijas y un hijo alcanzaron a la edad del matrimonio. De éstos han habido, hasta ahora, 866 descendientes. Para sólo 10 generaciones es esta una descendencia muy numerosa. Afortunadamente únicamente 47 personas de ella han sido hemofílicos, de modo que la proporción es de 1 enfermo por cada 17 sanos.

¿Cuál es el origen de esta distribución en sanos y enfermos?

La contestación a este problema es la siguiente: la trasmisión de la enfermedad está íntimamente ligada con el sexo del individuo. Sólo los individuos del sexo masculino pueden ser atacados por los síntomas típicos de esta enfermedad. Efectivamente, entre las 866 personas del árbol genealógico de Tenna no hay ningún caso femenino de hemofilia. Los 47 casos son hombres. Si uno de estos hemofílicos se casa con una mujer normal, todos los hijos resultan sanos. No sucede lo mismo con las hijas de tales uniones. Aparentemente son sanas, pero llevan el germe de la hemofilia. El resultado es que, aun cuando se unen con hombres sanos, la enfermedad vuelve a aparecer, de acuerdo con la ley de Mendelson, en una parte de sus hijos, de tal manera que la mitad de sus hijos será sana, mientras que la otra mitad se compondrá de verdaderos hemofílicos. También la mitad de sus hijas será sana. La otra mitad, en cambio, trasmisirá invisiblemente la propensión a la hemofilia a su descendencia de acuerdo con las mismas leyes por las cuales su madre les trasmitió la enfermedad.

(Traducido especialmente para "Lecturas" por Elsa Sylvester).

NUNCA HAY QUE PARECER VIEJA

UNA mujer no corre nunca el peligro de perder su cutis juvenil si todas las noches, antes de acostarse, se aplica cera mercolizada pura. Esta cera, al hacer que de la tez se desprenda la cutícula vieja, conserva el cutis constantemente fresco y juvenil. No hay nada que pueda compararse con este acreditado remedio. Buena cera mercolizada puede ser obtenida en toda farmacia, perfumería o tienda.



CERA MERCOLIZADA

NOTICIARIO BIBLIOGRAFICO DE LA

EMPRESA LETRAS

Editores — Distribuidores — Libreros

ULTIMAS EDICIONES:

EL DELATOR

Por Liam O'Flaherty.—Grandes escritores, N.º 6.
PRECIO: \$ 5.—

En el período revolucionario irlandés se desarrolla esta apasionante novela, cuya acción a pesar de lo extendida y nerviosa transcurre en el plazo de veinticuatro horas.

PUEBLO CHICO . . .

Por Manuel J. Ortiz.—Col. Autores Chilenos, N.º 7.
PRECIO: \$ 3.60

Bien dice el refrán chileno: "Pueblo chico, infierno grande". El ambiente de aldea, en que todos viven pendientes de lo que hacen todos se hace insopportable para el sacerdote joven y espiritual enviado a servir una parroquia provinciana.

La maledicencia, el odio, la envidia toman por blanco de sus envenenadas flechas a un hombre bueno y de sanos principios.

Su alma atormentada se ve arrastrada a un amor loco y desventurado. Y el drama se produce...

ALESSANDRI: Evocaciones y Resonancias

Por IRIS.
PRECIO: \$ 2.—

En los momentos en que asume el mando de un país, azotado por todas las desventuras, no puede ser más interesante conocer la vida y los antecedentes biográficos del Presidente Alessandri.

Trozos selectos del diario de Iris nos ponen en íntimo contacto con la figura del gran político chileno.

TODAS ESTAS OBRAS Y DEMAS DEL FONDO GENERAL DE LA EDITORIAL ESTAN EN VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS Y AGENCIAS DE REVISTAS DEL PAIS.

Pedidos directos se atienden contra envío del valor en estampillas de correo, giro o letra, sin recargo por franqueo.—Diríjase a:

EMPRESA LETRAS

Casilla 3327 — Teléfono 82028 — Huérfanos 1041 — Santiago
Casilla 55 V — Teléfono 2548 — Cochrane 585 — Valparaíso

Belatrix, la joven que murió de amor

Por ALBERTO FRANCO

Dibujo de Jorge Larco

PERSONAJES

Belatrix, La madre, Abuelo Tibaldo, Donébola, Algenib, Canope, Una enfermera, Tres hombres y Un desconocido.

ESCENA I

Calle de aldea, en una noche de primavera. Verja, tras de la cual se ven el jardín y la casa. Hablan Donébola, Canope y Algenib.

DONEBOLA.—Están buscando a Belatrix. Salió al atardecer, con su cesta, y no regresó todavía.

ALGENIB.—Abuelo Tibaldo fué a recorrer toda la aldea.

CANOPE.—La han visto pasar con la cesta cargada de fresas.

DONEBOLA.—Todas las tardes iba a buscar fresas.

ALGENIB.—Cantaba.

CANOPE.—Ahí viene abuelo Tibaldo.

DONEBOLA.—Abuelo Tibaldo.

Pasa el abuelo Tibaldo apoyándose en su nudoso bastón. Las miradas interrogantes convergen hacia él y se le quedan prendidas como alfileres. No dice nada. Todos le oyen callar y comprenden. Abuelo Tibaldo entra en la casa.

ALGENIB.—Nada.

DONEBOLA.—No ha sabido nada.

CANOPE.—¡La quiere tanto!

ALGENIB.—¡Y es tan pequeña y tan linda! Se van. Por el camino contrario llega Belatrix. Tiene los ojos perdidos en la lejanía de un pensamiento. Trae el cabello suelto, las ropas ajadas, la color desvaída. Habla consigo.

BELATRIX.—Es el amor. El amor que cruzó la aldea; el humo de mi sueño... Es el mismo amor que llamaba a la alcoba en las horas largas de la noche... ¡Qué dirán de mí!... ¡Qué pensará abuelo Tibaldo!...

Donébola, que regresó al oír los pasos de Belatrix, está tras ella escuchándola. La toca en el hombro. Belatrix se asusta.

DONEBOLA.—No te asustes. Soy yo.

BELATRIX.—Donébola...

Se echa en sus brazos, llorando...

DONEBOLA.—¿Quién era?

BELATRIX.—Un desconocido. Yo no había visto nunca un desconocido. Ahora me quemó las entrañas. Llevaba un violín. ¡Vieras cómo tocaba! Si daban ganas de llorar...

DONEBOLA.—Sería un músico ambulante...

BELATRIX.—Nó. No era un músico.

DONEBOLA.—Un mendigo, tal vez.



BELATRIX.—Nó. No era un músico ni un mendigo. Era un desconocido.

Caminan lentamente hacia la casa. La noche está llena de estrellas.

ESCENA II

Taberna. Abuelo Tibaldo, apoyado en su bastón conversa con tres hombres.

ABUELO TIBALDO.—Hace varios días que le busco. He recorrido la aldea, el pueblo, los caminos. ¿No le vieron ustedes? Tiene los ojos muy claros y una cicatriz en la mejilla. Toca el violín... ¿No le vieron ustedes? Porque ella se muere...

UN HOMBRE.—Yo no he visto ningún desconocido desde hace mucho tiempo.

OTRO.—Ni yo.

OTRO.—¿Para qué le buscas? Si está escrito que vuelva, volverá. No lo dudes. Además, si le buscas es porque le tienes.

ABUELO TIBALDO.—Y ella se muere... se muere. Cien años no consiguieron doblarme, y ahora un solo dolor, no me deja levantar los ojos de la tierra. Porque ella se muere... se muere...

ESCENA III

Jardín, en un anochecer de la misma primavera. A un lado se ve la ventana de la alcoba de Belatrix; al otro, más lejos, la verja, la calle. La enfermera conversa con los niños. Dentro se oyen a ratos las palabras entrecortadas de Belatrix y la madre.

DONEBOLA.—¿Es cierto que se muere?

LA ENFERMERA.—Dios no lo querrá. ¡Es tan pequeña!

ALGENIB.—¡Y tan linda!

CANOPE.—Iba todos los días a coger fresas en su cesta.

DONEBOLA.—Hasta aquel día...

LA ENFERMERA.—Mejor es no recordarlo.

CANOPE.—Jugábamos a las estrellas. Teníamos los mismos nombres de las estrellas.

DONEBOLA.—Y... ¿no lo encontraron?

ALGENIB.—¿Verdad que lo encontrarán?

LA ENFERMERA.—¡Quién sabe! Abuelo Tibaldo no regresó todavía.

Dentro se oyen voces. Todos callan y escuchan.

BELATRIX.—Madre...

LA VOZ DE LA MADRE.—Aquí estoy, hijita, a tu lado. Siempre estoy a tu lado.

LA VOZ DE BELATRIX.—¿Verdad que me muero, madre?

LA VOZ DE LA MADRE.—No. ¿Por qué habías de morirte?

LA VOZ DE BELATRIX.—Me parece escuchar una música... lejos... muy lejos...

LA VOZ DE LA MADRE.—Duérmete, hija mía, descansa...

LA VOZ DE BELATRIX.—¿Y abuelo?

LA VOZ DE LA MADRE.—Ya volverá. Fué a buscar una cosa para tí.

LA VOZ DE BELATRIX.—Me ahogo, madre, ¡me ahogo! Veo sus ojos... claros... claros... claros...

LA VOZ DE LA MADRE.—Duerme, hijita mía...

* Llega abuelo Tibaldo. Mueve la cabeza en un gesto desolado. Sobre su barba blanca tiembla la lámpara de una lágrima. Todos le siguen hacia la casa. Después no se ve nada. Se oyen pasos y la voz débil de Belatrix.

LA VOZ DE BELATRIX.—Abuelo...

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO.—Hijita...

LA VOZ DE BELATRIX.—¿Verdad que me muero, abuelo?

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO.—No, hija. Abuelo no quiere. Abuelo Tibaldo no te dejará morir.

LA VOZ DE LA MADRE.—Aquí están los niños... Mira: Donébola... Canope... Algenib... Mira. Traen flores. Pronto estarás bien e irás con ellos a coger flores y fresas.

LA VOZ DE BELATRIX.—No. Ya no iré más con ellos.

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO.—(Se asoma a la ventana y habla como para sí). ¡Ah, si viniera!... Volverá si está escrito... ¿Y si no?... Pero... ¡Dios no lo quiera!

LA VOZ DE BELATRIX.—¡Madre!

LA VOZ DE LA MADRE.—¡Belatrix!

LA VOZ DE BELATRIX.—Madre... sus ojos... ¡sus ojos!... ¡Me ahogo, madre, me ahogo!...

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO.—¡Hijita! ¡Hija mía!

LA VOZ DE LA MADRE.—Mi pequeña...

LA VOZ DE BELATRIX.—Ma... dre... Me... mue... ro...

Se oyen sollozos y gritos. La enfermera cierra la ventana. Por la calle ha pasado un hombre. Tiene los ojos claros y una cicatriz en la mejilla. Debajo del brazo lleva el ataúd de un violín. Se detuvo un instante, indeciso, ante la verja. Luego se encogió de hombros y siguió su camino. La noche está llena de estrellas.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**



CINE

El desencanto de Clara Bow

CLARA es en sí un torbellino. Se puede decir que no conoce la moralidad. No es tampoco inmoral en su conducta privada. El viento no es inmoral, el rayo tampoco, los truenos tampoco. Y Clara es todo eso reunido. Es una tempestad. Y las tempestades son "amorales". Luego Clara es "amoral". Esto es tan claró como su propio nombre, que es lo más diáfano que quizá tenga.

¿Qué importa que cambie de novio como de casaca, o mejor dicho de camisa? ¿Y qué más nos da que tenga amistad íntima con Baco y con Sileno el de los pies capriformes, en cuyo honor libe y sacrifique sus mejores lozanías noche a noche?

Sobre todas estas realidades triunfarán sus espléndidos 25 años de hermoso animal hembra, arquetipo del flaperismo yanqui, irguiente, retadora y alegre, mientras en la sombra de las ciudades del mundo

una teoría enorme de niñas cloróticas contemplan su arrollador encanto de modernidad rebeldé e inquieta en la pantalla.

A Clara Bow ya no se la puede medir con la vara con que mediríamos a la perfecta doncella. Clara Bow pertenece a ese mundo loco, efímero, que revolotea como las mariposas alrededor de la llama de una inmensa popularidad... sin quemarse. Clara Bow es esa diableza pízpireta y jocunda con la cual soñamos las bacanales más atrevidas y más refinadas. Es la sacerdotisa inconsciente de un rito perpetuo de nuestra señora la vida,

que no tiene principio ni fin, ni desfallecimientos, que no toma en cuenta las pequeñeces de lo cotidiano.

Como vive, así es Clara Bow en la escena de los estudios cinematográficos. Aturdida, absorta en una catarata de pasiones y de sentimientos que apenas dan paz a su cuerpo de amazona. Representa sus papeles casi sin darse cuenta, sin el menor esfuerzo. Tiene un talento in-



**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.**

discutible de actriz. Así lo han reconocido autoridades en la materia como un Emil Jannings por ejemplo.

Podría ser una Ruth Chatterton, una Greta Garbo, con la diferencia de que estas actrices gobiernan sus actos, los más mínimos, con su inteligencia, con su aplicación y conocimientos, mientras que Clara es todo espontaneidad, toda frescura, todo entusiasmo. Y sin embargo, Clara que empezó con tan brillante porvenir en el cine, no ha avanzado todo lo que debía, porque ha sido presa de ese torrente de lujos, placeres, fama inflada artificialmente y falsa estabilidad peculiar del medio que es Hollywood.

Se pasa la existencia embriagada por esa atmósfera enrarecida y capitosa que embota las conciencias más despiertas. Es una víctima del aparato estruendoso y de oro dublé que es, en definitiva, la maquinaria sobre la que descansan las fábricas de hacer películas. Fué tomada sin madurar, en plena juventud, con una potencialidad de talento y con una exuberancia de vida animal, notables; y el vaho envilecido de Hollywood acabó pronto con la frescura de su adolescencia y con la generosidad de su dinamismo creador.

Clara Bow está condenada por la distribución del trabajo y de la fama a ser lo que es, una especie de bacante moderna, de pelo alborotado, de cuerpo tentador, de palabra ardiente y aterciopelada por las libaciones, de mirada turbadora... por arriba del Bien y del Mal.

Como es natural, Clara no es feliz. Porque la felicidad no va nunca vinculada a esa vida de continuos arrebatos y de eterno paroxismo. Los paroxismos deben sentirse, como dice el refrán, de pascuas a San Juan. Pero prodigada esa droga, a diario, da origen al hastío, porque todo hábito engendra el desaliento, la tristeza, el cansancio.

Ella no es feliz. Lo ha confesado mil veces. Y lo que es peor es que "ya" no puede alcanzar esa felicidad que ella entrevé en la bruma de las posibilidades, por lo que apuntamos más arriba; porque ha llegado a ser el tornillo de la organización monstruosa y terrible que demanda, cada vez con más urgencia, el no abandonar el papel real o fingido que se representa en su estrategia gigantesca.

para apoderarse y conservar el favor de los públicos.

Su infancia no fué tampoco feliz. Transcurrió en Brooklyn, en una casa sórdida, pobre de medios y pobre de espíritu; una casa sin ningún espíritu. Solo materia.

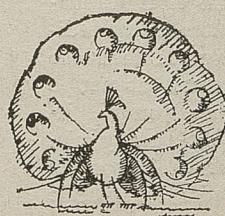
No conoció la ternura, no conoció la dulzura caliente y encantadora del hogar. Su madre murió prematuramente, loca. Su padre pasaba los días y las noches fuera, en el taller y en el foro de la encrucijada, tratando de mal vivir. Clara pasó días de pesadilla, alimentada poderosamente por vigilias terribles y ayunos prolongados. No tuvo educación de ningún género; ni nadie que la guiara. Una pobre niña, perdida en el maremagnus de una gran ciudad. De pronto el magazine Motion Picture lanzó un concurso de belleza. Ella salió triunfadora. Y de la noche a la mañana fué transportada, de un medio raquíctico y sórdido, al centro del vórtice de remolinos de luz, tinieblas, ruido y oropel, que la proyectó hasta la cima de una gloriola, fácilmente ganada con sus indiscutibles atractivos físicos.

Está desilusionada del cine mismo, sin embargo. En el principio de su rápida carrera, trató de romper con el cerco de hierro que se le iba cerrando; trató de sugerir a los productores cierta clase diferente de obras en las que ella pudiera poner de manifiesto su talento. Pero la omnipotente fuerza anónima no se conmovió ni un ápice. Se había resuelto ya que Clara Bow fuera un "tipo". Y Clara Bow fué un tipo, el tipo de la *flapper* loca y horra de responsabilidades. El tipo de la muchacha alocada y coqueta, con toneladas de picardía y de intención.

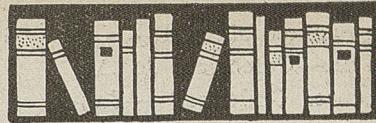
En cuestiones de amor tampoco Clara está satisfecha. Dice que aún no conoce lo que es amor. Creyó estar enamorada varias veces, pero se arrepintió de haberlo creído. Se dió cuenta de que había entregado su corazón y su cariño a seres que sólo perseguían notoriedad, o algo peor, el disfrute de su generosidad, inagotable en todos sentidos.

Clara es una desencantada; una escéptica. Quizá eso sea el secreto de esa existencia de vorágine, en que trata de sepultar sus inquietudes y sus añoranzas.

J. S. E.



leyendo para el lector



ALESSANDRI. — Evocaciones y Resonancias, por Iris.

He aquí un libro oportuno. Aparece en los momentos precisos en que el Presidente Electo llega al sitio que le han designado sus compatriotas.

Aspectos interesantes, muchos de ellos desconocidos, de la vida del gran político, han sido recopilados sabiamente por Iris, quién los entrega al público a través de su estilo, siempre vibrante, siempre nervioso, siempre agradable y fácil.

La juventud de don Arturo Alessandri, sus tiempos de estudiante, sus comienzos políticos, su llegada por primera vez a la Cámara, sus luchas, sus varoniles campañas, su dedicación a ayudar a las clases populares, la batalla presidencial de 1920, todos estos temas han dado motivo a Iris para construir un libro que no es por cierto la



Don Arturo Alessandri, en su adolescencia. (Uno de los retratos que aparecen en el libro de Iris).

biografía política vulgar a que estamos acostumbrados, sino un ensayo notable, fino,

escrito en bello estilo y digno de caer en las manos de las personas cultas.

Específicos del Laboratorio Chile



Los más seguros — Los más baratos — Los mejores

Jabón Boraxol, Agua Colonia Quimera

PIDALOS EN TODAS LAS BOTICAS

V. 14.—O. 226

PUEBLO CHICO.—Novela de Manuel J. Ortiz.—Colección de Autores Chilenos. — Santiago.

Ha hecho bien la Empresa Letras en resucitar en su Colección de Autores Chilenos, "Pueblo Chico", la breve y simpática novela de Manuel J. Ortiz, que fué publicada hace ya muchos años, alcanzando un éxito rotundo de crítica y librería. Se trata, en realidad, de un relato que tiene todas las condiciones para triunfar: es movido, rápido, nervioso, emocionante, con rudos perfiles dramáticos, con ternura, y escrito en bello estilo. Sus personajes, chilenos, y su acción que se desarrolla en nuestro país, dan mayor encanto a este libro, que relata la a tormentada vida de un cura de aldea, que no puede desarro-

llar la labor que desea, porque se estrella con un ambiente de calumnias, murmuraciones y oscuridades. Empujado por ese mismo ambiente a una pasión, termina en la locura su trágica vida.

Estamos seguros de que será la novela de Manuel J. Ortiz uno de los mayores éxitos bibliográficos de este año.

"HISTORIA TRISTE DE UNA MUJER ALEGRE". novela de Neel Doff. — Empresa Letras. — Santiago, 1932.

Pocas veces podrá leerse un libro tan delicado como lo es la novela de Neel Doff "Historia triste de una mujer alegre" que parece haber sido escrita por una mano de flores a través de todos los paisajes.

La obra está hecha a base de una mujer que recuerda su vida mirando su corazón y el mundo. Nada más. Y sin embargo, he aquí una obra bella y humana.

"Historia triste de una mujer alegre", es un libro que hacía falta en una colección popular, y que debían leer todas las mujeres que empiezan a vivir y todos los hombres que han sufrido.

Los canales de Amsterdam, los bosques de Bélgica, los campos de Holanda y la miseria de las ciudades de esos dos países, viviremos leyendo este libro de Neel Doff. En estas páginas está contada la vida tal como es. No falta ni la sombra ni la luz, ni lo feo ni lo bello. Está todo. La alegría, la tristeza y el amor; el odio, la vida, la muerte. Es una novela que se escribió al compás de una vida: la de Keetje, heroína de esta "historia". Keetje vi-

vió una juventud de miseria y tuvo que venderse y revolcarse en el vicio para alimentar unos padres alcohólicos y unos hermanos hambrientos, una historia vulgar y eterna entre los pobres; después Keetje fué modelo de muchos pintores que hacían obras de arte de sus hombros débiles y de su cabecita rubia; más tarde, Keetje, fué mujer galante y tuvo muchos amores, entregándose ya en los brazos de cariño de un estudiante, o ya en el deseo de un hombre con francos en el bolsillo. En esta forma Keetje apuraba el licor de la vida, hasta que encontró un hombre que fué como el Príncipe Encantado de los sueños: rico, bello y bueno. Se amaron quince años, y este amor fué más grande que la vida. Entonces Keetje volvió a ayudar a su familia que nunca pudo escapar de la miseria; vistió elegantemente y fué una dama distinguida que estudiaba idiomas, música, y que leía ávidamente a Hugo, Dostoiewsky y Zola; que admiraba las obras de arte; que amaba los jardines y los bosques, y que pasaba las temporadas de verano en las playas azules del mediodía, regalando con el mar y los solos su cuerpo blanco y nervioso. Hasta ese lujo llegó Keetje, la muchacha desolada que tuvo una juventud miserable, la mujer galante que vendió sus besos. Keetje debía gozar los dones de la vida porque era un alma superior y una inteligencia vitoriosa.

Pocos libros tienen un fin tan noble: una mujer que con la misma vida ha muerto al pasado, y que vive esperando los años y mirando los cielos lentos, sin llorar, sin desesperarse, esperando a la muerte en una casa de flores y jugando con los niños. Todo un ejemplo de serenidad.

Es preciso leer lo que dice don

**ALFREDO
GUILLERMO
BRAVO**

Literato, ex-parlamentario y Ministro de Educación del último Gabinete de don Juan Esteban Montero, sobre los acontecimientos que derribaron el Gobierno Constitucional, en su libro:

**4 DE JUNIO, FESTIN
DE LOS AUDACES**

PRECIO: \$ 3.—

EMPRESA LETRAS

Casilla 3327 - Santiago

una laguna de quietud para el baño del espíritu.

Leer esta novela es caminar por la avenida de una larga existencia. — Esa es la novela que Neel Doff supo escribir con tanto corazón, — el libro que es como una guitarra de pasión.

Antes de leer este libro yo creía que las mujeres tenían muy poco corazón para escribir novelas. Casi todas las mujeres que escriben, son tan sensibleras, y sus novelas casi nunca pasan más allá del marco de la "novela rosa", de la "lectura femenina" . . . Pero en el libro de Neel Doff no es lo mismo: desde la primera a la última página está el flamear luminoso de las banderas inconfundibles de una obra de valor, bella y buena, que como una esencia llenará de aromas tanto al hombre como a la mujer. Eso es la "Historia triste de una mujer alegre", de Neel Doff.

Jenaro Winet.

HISTORIAS MARAVILLOSAS, por Edgar A. Poe.—Biblioteca Letras N.º 2.—Santiago.

La Biblioteca Letras, que ha iniciado su publicación con "El Pesador de Almas", la fantástica y bella novela

de André Maurois, continúa hoy con otro tomo de no menos interés: "Historias Maravillosas", selección de las más hermosas novelas breves del genio literario más grande que han dado los Estados Unidos: Edgar Allan Poe.

Tanto aquellas obras en que Poe se mete en lo sobrenatural, como aquellas historias de amor, todas ternura y delicadeza, y esos otros relatos humorísticos de buena ley, han sido reunidos en este volumen, que viene precedido de un prólogo que da a conocer a los lectores la vida bohemia, la muerte dramática y la obra extrahumana de este gran artista.

Es un buen comienzo el que lleva Biblioteca Letras. Si continúa por ese camino, su éxito está enteramente asegurado.

FUEGO A BORDO. —

Poemas de José María Souviron. — Nacimiento, Santiago 1932.

Souviron se ha preocupado de dar a conocer en Santiago, a través de algunas conferencias, a los jóvenes poetas de su patria, España, el mayor de los cuales parece ser García Lorca. Ahora se preocupa de darse a conocer él mismo, ya que se cuenta

POMPAS FÚNEBRES

Beneficencia Pública

LA MEJOR FABRICA
EN EL RAMO.—URNAS FINAS Y METALICAS.
ATAUDES DE TODOS

PRECIOS

Servicios completos, fuera de toda competencia.

Abierto día y noche

San Antonio N.º 456,

Teléfono N.º 89274

V. 19.—O. 232

también Souviron entre esas nuevas hornadas.

"Fuego a bordo" es una especie de diario de viaje de su travesía del Gran Charco. Así como otros escriben su bitácora en prosa, Souviron lo hace en versos, en versos simpáticos, sencillos, que nada tienen del alarido de los recalcitrantes poetas de avanzada.

COMPRE CAFE LEGITIMO

DESCONFIE DE LOS CAFES MOLIDOS

El rendimiento en la taza de los substitutos o mezclas con substitutos es varias veces menor que el café legítimo fresco y recién molido, trocándose así la supuesta economía en un mayor desembolso.

Las cualidades estimulantes, propias solamente del café y la satisfacción que se experimenta al tomar esta exquisita bebida, no se encuentra en ningún substituto o mezcla.

Lleve su café en grano, o hágalo moler a su vista.

Los Contratistas y Depósitos "TRES MONTES" venden café en grano absolutamente puro.

N. O.—230.

OFERTA ESPECIAL

A las personas que tomen una suscripción anual a

"LECTURAS"

desde la fecha hasta el 30 de enero se les observarán los números publicados de la revista.

Ordene su suscripción en las agencias de la "Empresa Letras" en todo el país o directamente a esta administración.

TARIFA:

Anual, 26 números \$ 23.—

Semestral, 13 Id. 12.—

Económica, 8 Id. 7.50

Las suscripciones directas deben ordenarse adjuntando el valor en letras, giro o estampillas de correo.

Diríjase a:

EMPRESA LETRAS

Huérfanos 1041

Casilla 3327 - Santiago

Así dice: "Al empezar la noche — después de tantos días — de no ver luces fuera — una ciudad alineada estaba — hecha de luces en el horizonte". Más sencillamente es imposible decir las cosas. Pero hay en esta sencillez algo oculto, que diferencia esta pequeña descripción de aquella que podría hacer un muchacho de 14 años. ¿Verdad que hay algo, quien sabe qué, algo oculto? Eso es el soplo que pone el poeta verdadero en sus versos, es el aliento de emoción, que en "Fuego a bordo" crece y se extiende magníficamente.

LAS PISTAS DE CHALUPA, por Romanángel.—Santiago, 1932.

Primera vez que se hace en nuestro país, en un libro, la vida de un tony, y uno de los más graciosos tonys chilenos: Chalupa, que es una especie de Grock chileno. Romanángel, empresario de Chalupa, ha recorrido con él todos los países de la costa del Pacífico y ha sido testigo de sus aventuras. Recoge así un eco de la gracia nacional repartida en otras tierras y la fija en un tomo, con la colaboración de Galvarino Lee (Bonsoir), Angel Cruchaga Santa María, Enrique Alfonso (Osnofla), Miguel Gómez, Benjamín Velasco Reyes, Elías Reynal (Reinaldo Eliazar), Pedro Sienna y Miguel Muñoz (Miguelín), un pequeño payaso que acompaña a Chalupa en sus salidas cómicas.

El libro está escrito con gracia, con ingenio (no me refiero por cierto a los chistes y juegos de palabras anotados al margen). Hay capítulos de emoción. Sobre todo el libro tiene el mérito de fijar la posición de un hom-

bre que practica el humorismo con éxito. En Francia, Grock y los Fratellini tienen ya la plataforma sobre la cual descansarán sus estatuas. Nosotros contentémonos con hacer para nuestro tony un libro que guarde el recuerdo de su gracia.

E.

NUESTRO PROBLEMA BIBLIOGRAFICO. — Raúl Silva Castro.—Santiago, 1932.

De 69 páginas consta este folleto, ensayo en el cual el crítico literario señor Raúl Silva Castro (Bibliófilo), intenta fijar las bases en que descansa nuestro problema bibliotecario.

Estudia en él las causas que influyen en que se lea poco en nuestro país y compara nuestros sistemas bibliotecarios con los de otros países. Incitado a realizar este trabajo, al ver en las calles miles de hombres portando diarios tontos, revistas estúpidas, o bastones, y no libros, y en el propio interior de la Biblioteca a lectores que vagan desorientados por la falta de unidad del servicio, advierte el señor Silva Castro que sólo realiza investigaciones respecto de algunos aspectos del problema, pero que no pierde la esperanza de estudiarlo más adelante en conjunto.



HOLLYWOOD EN GOTAS



Elissa Landi, Estrella de la Fox

SE DISFRAZA

Polly Moran se disfraza cuando asiste a exhibiciones preliminares de sus películas, para acercarse a los concurrentes a la salida y escuchar los comentarios acerca de su actuación.

EL CAMPEON MUNDIAL

Johnny Weissmuller, estrella de "Tarzan, el Hombre Mono", se encaminó hace pocos días a la playa, donde piensa pasar el invierno. Vivirá en una choza y podrá gozar de lo lindo zambulléndose por las mañanas en el océano... ¡si no pesca un resfriado antes!

BUEN MAQUILLAJE

Cuando John Miljan se presentó cierto día en los estudios con el rostro magullado a causa del contacto demasiado brusco con una puerta... ¡le felicitaron por su diestro maquillaje!

LARGAS BOQUILLAS

Lionel Barrymore, mientras estaba en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer caracterizado con toda la pelambre que usa en el rol de Rasputín, fumaba cigarrillos con una larga boquilla... ¡para evitar que se le incendiara la barba!

Ethel Barrymore y Norma Shearer son las únicas estrellas femeninas de la Metro-Goldwyn-Mayer que han conservado su propio nombre. Marion Davies, Greta Garbo y Helen Hayes cambiaron su apellido que era, respectivamente, Douras, Gustafson y Brown. Joan Crawford y Marie Dressler se llamaban en la vida privada Billie Cassin y Leila Koerber.

En "The Son Daughter", Helen Hayes lleva el pelo arreglado a la manera de las jóvenes chinas solteras, es decir, enrollado sobre la oreja izquierda. Y Louise Closser Hale despliega en la misma producción el estilo aceptado para las matronas chinas, o sea, el pelo echado completamente hacia atrás y anudado en un moño sobre la nuca.

LOS ESCRITORES EN RUSIA

sobre los que ejercen manifiesta influencia. Los que, a mi juicio, representan el sector más activo de los *poputchikis* son los que se titulan *Hermanos Serapion*. Componen dicho grupo Ivanov, Fedin, Tikhonov, Koverin, Zotchenko, Slonimsky y otros.

Desde el punto de vista de la técnica, la mayoría de los *Hermanos Serapion* han sido discípulos míos. Desde 1919 a 1922 funcionó en la Casa de las Artes, de Petersburgo, un estudio literario. Allí dí varios cursos de tecnología de prosa artística, y allí nació el grupo de los *Hermanos Serapion*. Yo fui el tocólogo que los trajo al mundo de las letras. Como usted verá, ello ha venido a constituir mi tercera profesión. Ya no la ejerzo oficialmente. Tengo en Leningrado mi *clínica* particular, desde la clausura de la Casa de las Artes. Y de ella han salido numerosos escritores jóvenes, además de los *hermanos Serapion*.

No quisimos dar por terminada la intervención sin que Zamiatiu nos dijera algo acerca de la posición espiritual de los escritores rusos. He aquí sus declaraciones:

—Fuera de Rusia, en Francia, por ejemplo, existe un núcleo de escritores que carecen de convicciones. Pues bien, en la U. R. S. S. son numerosos los escritores que no tienen duda alguna. No me negaré usted que es un estado espiritual envidiable. Lo digo con toda serie-

(Víene de la Pág. 10)

dad. Ello ocurre por lo menos en ese grupo de hombres de letras que profesan la ideología oficial. Mucho más difícil es la posición de los *poputchikis*, procedentes en su mayoría de los medios intelectuales. Porque, quiéranlo o no, tienen necesidad de transformarse radicalmente, de cambiar sus ideas y sus gustos, de *reconstruirse*, como decímos por allá. Esto no es difícil para algunos de ellos, acomodaticios de suyo, gentes que navegan con todos los vientos o a quienes no les importa nada de nada. Mas en el pecado llevan la penitencia, porque ni aún aquellos a que pretenden agradar les tienen estimación. Se les llama despectivamente *prisposoblenzi*, o sea, *los que se adaptan*. Respecto a los que quieren "reconstruirse" con entera sinceridad, el proceso evolutivo es con frecuencia penosísimo, doloroso, como ocurre en todas las grandes crisis espirituales. Es como si se pusieran a partir Anatole France, el gran escéptico, siempre amable y sonriente, y el vanguardista X, que cree estar en posesión de la verdad absoluta y que habla siempre en serio. Aun expresando ambos sus ideas en la lengua francesa, jamás podrían llegar a entenderse. Esa es la causa de que durante estos últimos años se hayan traducido en Rusia muy pocos autores franceses. Y diré más: en las escuelas de mi país no se estudia ya el francés, sino el inglés y el alemán; sobre todo el alemán, que es el idioma de moda. A pesar de la decadencia del francés en Rusia, se han hecho traducciones completas de Anatole France, de Henri de Régnier y de Jules Romains, y de la mayoría de las obras de Romain Rolland y de Proust. De Gide no se ha traducido al ruso más que *Caves du Vatican*. En cuanto a influencias literarias, puede advertirse en algunos *poputchikis* la de Giraudoux, y en Pasterнак, poeta y prosista eminentes, la de Proust.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.

IBSEN Y BJÖRNSEN, GENIOS RIVALES

Por RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Grandes figuras, personajes de resonancia mundial que juntos dan brillo y gloria a un país, a menudo se ven separados por ideologías, conceptos y también por envidias... Conocida es la enemistad que reinó entre dos conductores de multitudes: Carlos Marx y Bakunin. Veamos ahora las barreras que separaron a los dos más grandes artistas que ha producido Noruega: Ibsen y Björnson.

I

CUMPLESE el centenario del nacimiento de Bjornstjerne Björnson cuatro años después del de Enrique Ibsen.

Cuatro años separaron, también, el término de sus vidas igualmente largas. Noruega acuña en el mismo metal, honra en la misma medalla, el recuerdo de sus dos grandes escritores. Las letras universales reconocen esa alianza. Alternativamente unidos y distanciados en su batalladora existencia, son inseparables para la posteridad: el uno evoca al otro; sus contrastes destacan recíprocamente el relieve individual.

Aislado en Roma, habiendo roto hasta sus vínculos familiares y amargado por la incomprendión de sus críticos — “nada más amargo que el no ser comprendido”, dice Borkman — Ibsen escribía a su amigo, a fines de 1867, el año de ‘Peer Gynt’: “Querido Björnson; tú eres una naturaleza noble y generosa. Nunca podré devolverte el equivalente de todo lo grande y bello que me has dado... Continuemos unidos”. Pero ¿qué los unía? Condiscípulos en la universidad de Cristianía, poetas los dos, los dos amantes de su tierra, de sus sagas, de su folklore, los dos panescandinavistas, uno tras otro directores del mismo teatro y favorecidos por el mismo subsidio oficial que les permitió viajar por el extranjero, eran, sin embargo, temperamentos opuestos, espíritus antagónicos. Ibsen, solitario y desconfiado, taciturno y agresivo, llevaba en el fondo del alma la sombra angustiosa de sus primeros años: el hogar desbaratado, la caída social de los suyos, y luego, huérfano y pobre, la lucha ardua en un vilorio sórdido. Björnson, sociable y cordial, animador de multitudes, con un don de simpatía que le despejaba todos los caminos, había nutrido su salud moral, durante la infancia y la pubertad, en un paisaje sonriente, en la comunidad paradisíaca de los seres y las cosas, sin inquietudes, libre y puro como el aire de su montaña. Al escribir ‘Los pretendientes a la



Bjornstjerne Björnson

corona’ (1864) ¿no habíase inspirado el propio Ibsen en su amigo para componer su rey Hakon, el fascinador, el hijo de la suerte, aquél que tenía en si mismo “una confianza tan segura?”

“Continuemos unidos...” Pero cegado por su exasperada susceptibilidad y movido por su habitual suspicacia, muy pronto rompió también aquél vínculo el autor de ‘Peer Gynt’. Y en su obra siguiente — ‘La unión de los jóvenes’ (1869) — trazó con tintes cáusticos la semblanza política del sospechado compañero. Doce años más tarde, la prensa noruega condenaba, con aplastante unanimidad, las ideas “in-

FAJAS DE GOMA

CASA HEERWAGEN
SANTO DOMINGO
2048

morales" de "Los espectros". Una voz, una voz tranquila y vibrante — "el hombre más fuerte es el que está más solo" — se alzó en su defensa: la de Björnson. Profundamente conmovido por aquella nueva prueba de la generosidad de su antiguo camarada, Ibsen volvió a pensar en él para un próximo retrato escénico. Y en su obra inmediata — "Un enemigo del pueblo" (1882) — reconocieronse diversos rasgos del grande y noble hombre en la figura del protagonista...

Por aquellos días, Jorge Brandes, el providencial iniciador danés al que tanto debieron los dos poetas, estableció un primer paralelo entre ellos, acentuó las diferencias de su naturaleza y de su obra, los comparó a los reyes noruegos Sigurd y Eistein, personajes de un drama de Björnson, e hizo votos por que firmaran las paces y se dividieran el reinado literario de su patria. Las desemejanzas crecieron y se ahondaron con el tiempo, a pesar de algunas influencias recíprocas. La amistad no recobró su primitiva cohesión. Pero sobrevino un acontecimiento singular. Después de haber pasado una corta temporada en casa de su colega, el revolucionario de "La comedia del amor" partió con un pensamiento secreto. Lo comunicó a su esposa y a su hijo. Y un año después, éste pedía en matrimonio a la hija mayor de Björnson...

II

Ibsen, desde su primera producción hasta la última, desde su juvenil "Catilina" hasta el crepuscular "Cuando despertemos", a través de todos los períodos de su carrera, primera en verso, luego en prosa, fué, exclusivamente, autor teatral. Un solo volumen de poesías breves y pocas páginas episódicas, se suman al conjunto dramático. Trabajaba lentamente; solía madurar el asunto largos meses; retocaba, pulía; dió veintidós piezas en medio siglo de labor constante. Vivía para su arte, solitario, hurano, soñando en la acción y alejado de ella. Individualista, celoso siempre de su personalidad humana, tuvo horror a las muchedumbres, a la promiscuidad anuladora. Alimentó su arte con su "yo" profundo y absorbente; él mismo fué el protagonista múltiple de su escena. Toda su obra presenta una asombrosa unidad orgánica, como si hubiese sido integralmente concebida desde el comienzo.

Björnson, cuentista, novelista, lírico, dramaturgo, periodista, orador popular, fué un improvisador fogoso. Ser hombre de letras en un país como el suyo significaba, para él, ser hombre de acción. Comparaba a la literatura noruega con una flota comercial: cada barco llevaba su carga útil de ideas y sentimientos; no había, no debía haber en ella naves de lujo

para viajes de recreo. Capitán infatigable y optimista, hizo a la suya la más activa y grávida, y en rutas diversas. Se han recordado, para aplicárselas al escritor, palabras de uno de sus personajes: "Somos algo más que la continuación de nuestro "yo" primitivo. Cada nuevo elemento que se agrega a nuestra personalidad, nos transforma". Proteico sin versatilidad, en la nobleza del corazón y en su apostolado social se le halla siempre el mismo. La preferencia transitoria por determinado género literario, las oscilaciones de su técnica y su estética, no le apartaron jamás de la masa; para ella escribió en todo tiempo; para la "mayoría" que, en cualquier terreno, despreciara Ibsen. Perdió la fe recibida en el hogar paterno, mas no la austereidad religiosa. Renovábanse sus ideas sociales sin afectar su optimismo, su amor al bien, su voluntad de servir al pueblo. Un canto, una novela, un drama, eran para él "acciones"; tenían una finalidad práctica, iban destinados a remover, a sembrar, a esclarecer, a orientar. Por eso ha envejecido buena parte de su obra: aquella, sobre todo, que por obedecer y servir abnegadamente a una necesidad perentoria, fué sacrificada en los dones de la belleza que aseguran la juventud inmarcesible...

Noruega ha reconocido ampliamente su deuda y lleva en el corazón la imagen del gran poeta cuyos "lieder" son la oración nacional de su pueblo; del novelista que en luminosos idílicos enjóyó la gracia del paisaje familiar y de las almas "dominicales" o en estudios densos afrontó el análisis de los problemas vernáculos; del dramaturgo que vivificó la historia y la leyenda de su país y predicó en la escena su credo político y social; del tribuno, del conductor, del "apóstol", como se le llama por antonomasia. No olvida Noruega a quien vivió amorosamente consagrado a ella. No olvida, asimismo, su deuda con Ibsen. Pero éste fué el desterrado voluntario que prefirió alejarse de sus costas y la contempló desde larga distancia, durante muchos años, con un rencor inapagable para sus compatriotas; el "eider" ensangrentado que voló a través de la bruma, "en dirección al Mediodía, hacia una ribera soledad"...

Tres lustros después de haber esbozado su paralelo entre los dos "reyes" (1898), Jorge Brandes renunció a completarlo, puesto que la obra posterior de Ibsen elevaba a su creador a una altura inaccesible para cualquier otro. Hoy volvemos, sin embargo, a las conclusiones de su ensayo anterior, guiados por la justicia distributiva de un pueblo que honra en Sigurd al héroe local que civilizó la patria, y en Eistein al que vagó por el mundo dándole renombre con sus hazañas.

los poetas del mar

POEMA DE UN BAR DE PUERTO

Cuando yo desembarque, después de largo viaje
caminaré al azar por ese puerto amado.

No intentaré, por cierto, que alguien me reconozca
ni he de buscar a aquellos que ya me han olvidado.

Pero en un bar pequeño del muelle de Pineda
cuando llegue la sombra haré caer mis anclas
y junto al mostrador esperaré que venga
lo mismo que hace tiempo, en tardes ya lejanas.

Entraba y se sentaba en la sala desierta,
mirando, melancólico, a través de los vidrios,
los fanales del puerto perforando la niebla.
Su corazón latía con el de los navíos.

¿Espera Ud. a alguien?, preguntará el patrón.
Ando en busca de un joven, yo le responderé,

que venía a este sitio hace diez años justos.
Realmente no podría describírselo bien.

Se parecía un poco a un agente de aduana.
Hasta entrada la noche estaba junto al mar.
Lo conocí bastante y ahora sólo quiero
que aún me considere digno de su amistad.

Dulcemente el patrón me llevará a la puerta
y después marcharé por la calleja, solo
entre el barro. Llegando a las luces centrales
ya no hablaré de nada ni dudaré tampoco.

Benjamín Subercaseaux.

(Traducción del francés de Mortimer Gray).

RECURRA A LA

LIBRERIA LETRAS

para obtener

las MEJORES OBRAS

de LOS MEJORES AUTORES

por LOS MEJORES PRECIOS

Además, completo surtido de artículos en blanco y de escritorio.

Visite sin compromiso la

LIBRERIA LETRAS

Huérfanos 1041 — Santiago

"LECTURAS"

— 61 —

ENERO 5 1933.

GINGER ALE
C.C.U.

CIA CERVEZERIAS UNIDAS

André Antoine, animador del teatro

Hay figuras que merecen que el público las conozca. Jean Richard Bloch, el ilustre escritor francés, conocido de nuestros lectores a través de su libro *Destino del Siglo*, ha escrito el siguiente estudio sobre la personalidad de André Antoine, el hombre que dió un impulso definitivo al teatro europeo.

PEÑSAR que los teatros van a cerrar sus puertas es conocer mal el arte y la sociedad. La literatura es un órgano. Este órgano continúa su actividad aún cuando su función se haya suspendido. La gente de teatro necesita vivir; los dramaturgos, escribir; el público, salir en las tardes.

En 1887, André Antoine fundó el *Teatro Libre*. La finalidad de esta asociación no fué de orden estético. Gracias a Dios, Antoine no era un esteta puro, no era un teórico de los géneros literarios. Era un profesional, un obrero. Pretende reformar el teatro con obras. Encontraba que los comediantes trabajaban mal, que no trabajaban de verdad. Es que Antoine pertenecía, por su origen, a las clases sociales que, nueve años más tarde, iban a lanzar la ofensiva dreyfusiana. El *Teatro Libre* es el "affaire Dreyfus" del teatro. Es la insurrección contra la hegemonía de los principios burgueses.

Cuando Dumas hijo escribía esta máxima: "Un hombre sin ningún valor como pensador, como moralista, como filósofo, como escritor, puede ser un dramaturgo de primer orden",

caracterizó con una ingenuidad magnífica el automatismo mecánico a que, gradualmente, se había reducido, en cincuenta años, el oficio de autor dramático. Y los comediantes habían terminado por interpretar la comedia como los escritores la escribían.

La revolución teatral de Antoine tendría repercusiones mucho más profundas que las que previeron los espíritus superficiales. Por lo demás, la oposición violenta, encarnizada, que encontró, era una prueba segura que había tocado el punto sensible.

Obligando a los actores a trabajar en forma sencilla, directa, natural, Antoine hizo reventar como una burbuja la ficción pretenciosa, a que había ido a parar la vieja comedia oficial.

Mas, para estos comediantes nuevos hacia falta dramaturgos nuevos. El instrumento se había encontrado antes que alguien se presentara a usarlo. (1)

Lo trágico es que el destino de los grandes

(1) Eterna y trágica historia de los instrumentos que nacen antes que el genio que los utilizará. Cuando el "piano-forte" hizo su aparición, Bach lo ensayó y no se interesó en absoluto por él. Voltaire decía: "Es un instrumento que no vivirá. Al lado de nuestro maravilloso clavicordio, no produce más que un horrible ruido de calderería". Durante medio siglo, el piano ofreció su teclado y sus sonidos mágicos a compositores que no se encontraban. Mucho tiempo esperó al Maestro que descubriría este tesoro. Mas, un instrumento de madera y metal puede esperar sin gran perjuicio. Un instrumento de carne y hueso, un Antoine es perecedero y pasa: La pérdida irreparable se duplica aquí con una ofensa y una omisión injusta.

LOS DISCOS



QUE TOCA LA RADIO LETRAS
LOS ENCONTRARA UD. EN LA
CASA FAUST
Delicias 733 — Santiago

reformadores del teatro como Antoine, preceden a los talentos que sus esfuerzos harán surgir. Ha sucedido con Antoine como con esos insectos maravillosamente activos e ingeniosos que trabajan durante toda una estación para una descendencia de la cual el invierno mortal los separa para siempre.

La génesis de la obra dramática es difícil y lenta. Exige colaboraciones durables y la paciente elaboración de un ambiente favorable.

Al fundar el Teatro Libre, a fines del siglo XIX, Antoine fué el primero en constatar con una prescincia genial de obrero, que la forma teatral que hacia las delicias de sus contemporáneos estaba muerta. Aún antes que la historia de la sociedad le diera razón, llegó a la conclusión de que su fondo también estaba muerto.

Pero no estaba en su poder suscitar dramaturgos como había suscitado comediantes. El arte del teatro anticipó el arte del poeta".



Jean Richard Bloch

SERPENTINA DE INFANCIA

Sin duda alguna, aquel perro terrible y dulce le ladraba a la muerte, a mi propia muerte que rondaba mi lecho desde hacía ya tres meses.

Una niña débil de blanca, que jugaba con mi corazón, me tenía enferma la vida y mi enfermedad no tenía remedio. De nada servían el valor de los gestos sabios de los doctores, nada conseguían los llantos de mi madre. Mi enfermedad avanzaba como una negra nube sobre un campo liviano y florido. El mal se adentraba en mi corazón ahogado en los ojos de aquella que pudo quererme como a una flor o a un niño. Yo no le pedía más; pero ella estaba ciega en su egoísmo de amor, y mi enfermedad se posaba como una multitud en mi lecho solitario. Solamente mi perro, más negro y taciturno que en el buen tiempo, le ladraba a mi muerte heroicamente: él quería que yo viviera. ¡Pobre, qué habría sido de su vida sin la mía. Yo era el único que le quería, el único que le alargaba una mano de Cariño, el único que habría llorado su muerte: estábamos pagados!

Pero tenía a mis ojos el mar. Era el juguete de un moribundo, el amor de un viajero sin partida y sin retorno. El mar, con sus azules lentes, mecía mis sueños en las noches llenas de voces y músicas que llegaban de lugares alegres. En el día el mar encantaba mis ojos, y en las albas que aguzaban mi dolor, las olas deslizaban lamentos de difuntas campanas y danzas de precipitado ritmo.

JENARO WINET.

SEÑORES AUTOMOVILISTAS:

Acudan al GARAGE AURELIO POZO ROCUANT, situado en
Delicias 1659 -:- Teléfono 65271

Encontrarán atención esmerada y personal competente.—Abierto día y noche.

Conversando con el público

Francisco Santana.—**Temuco.**—Recibidos sus versos y su carta. Sus poemas Formas y Espejo Interior nos parecen aceptables. Hay en Ud. un temperamento que lucha por encontrar su verdadero camino. Trabaje. Busque, Lea. Adquiera una gran cultura. El mismo Neruda, de que Ud. nos habla en su carta, no habría alcanzado realizaciones como las más recientes, sin la cultura extensa y varia que posee. Tendremos gusto en leer su libro Balcón Nocturno.

Carlos Alberto Palacios.—**Santiago.**—He leído con el mayor interés su cuento, que me parece reúne algunas condiciones. Hay cierta agilidad y humorismo, pero existe también en él precipitación de los acontecimientos y redacción desordenada. Le aconsejo, no obstante, que siga escribiendo, pero que dé al tiempo papel de crítico. Si lee en seis meses más el cuento que ha enviado, encontrará seguramente en él los defectos que le anoto.

Luis Drago Gac.—Es posible que en Ud. haya un poeta, pero todavía no aparece al exterior... Estudie mucho, lea más, trabaje incesantemente por expresar con audacia, con verdad, con originalidad, su sentir y entonces dará a luz el poeta que se esconde en Ud.

M. Vergara Gallardo.—Acaso en el próximo número podamos responderle sobre su cuento La Danzadora de las Sombras. Le rogamos esperar.

Juan Rural.—**Presente.**—Los números de Biblioteca Zig-Zag que Ud. desea están. Pídalos en la forma acostumbrada a Empresas Letras. Gracias por sus felicitaciones.

O'Holley.—**Curicó.**—Pronto podremos darle la agradable sorpresa de un libro de ese autor. Aguarde.

S. H. M.—**Valdivia.**—Hay una cierta visión literaria, facilidad de versificación, pero aún no hay belleza grande, no hay ese aliento poderoso de poesía. Trabaje y espere.

Rivden Dudienovich.—Desde luego estamos muy agradecidos de sus felicitaciones por "Lecturas". Cualquier palabra de aliento es para nosotros muy grata, más que eso, es necesaria en la obra que estamos empeñados. Su dibujo de Lloyd George nos parece bien logrado. Lo publicaremos en alguna ocasión. En cuanto a las insinuaciones que Ud. nos hace sobre un concurso de dibujos entre los artistas desconocidos y que no pueden ser considerados como principiantes, esta Dirección las ha acogido y estudia unas bases para ese concurso. Gracias.

Licinio Musiano.—**Quilpué.**—Profundo su artículo y admirable si no estuviese destinado a publicarse en una revista de divulgación. Es demasiado condensado para ésta. Recuerde que sólo la minoría selecta de lectores tiene dientes capaces de triturar el alimento intelectual. A los más, hay que dárselo desmenuzado o en papilla.

Aclare Ud. cada párrafo de su artículo con comentarios explicativos y la Dirección se lo agradecerá.

LA REDACCION.

